

# Los Virreyes

Del Río de la Plata

Ensayo

**Daniel Migone**

2009

## PROLOGO

Los nombramos casi a diario, especialmente si vivimos o transitamos por el barrio de Belgrano de Buenos Aires. Imaginamos sus figuras engoladas, con peluca, vistiendo ricos trajes y con cara de circunstancias; pero en realidad es muy poco lo que sabemos de ellos o del tiempo en que les tocó vivir aquí como gobernantes coloniales absolutos del país que se gestaba en las mentes o en los actos de otros muchos.

Fueron doce, hombres de alcurnia, nobles algunos, déspotas o corruptos otros, que actuaron como sucesores de una serie de gobernadores, capitanes generales o simples aventureros que les precedieron en la administración de estos lejanos parajes por más de doscientos años. Parajes lejanos de la capital colonial, Lima, y más lejanos aún de la metrópoli imperial, Madrid.

En el siglo XVIII, llevaba más o menos dos meses trasladarse por tierra desde Perú al Plata y un poco más de tres navegar desde Cádiz a Buenos Aires. Todo llegaba tarde y mal, y los territorios, que hoy cruzamos en horas a bordo de veloces automóviles o de aviones a reacción, eran extensiones inhóspitas, coto casi exclusivo de contrabandistas, bandoleros o malandras que aprovechaban esta circunstancia para medrar a costa de los impuestos que circulaban en metálico y que el gobierno central no recibiría casi nunca.

Esta lejanía de los centros de poder ha sido, quizás, la causa inicial del descompromiso político que nuestras sociedades americanas criaron en su seno desde el inicio. Poder lejano... viva la pepa... Total, nadie te controla, y cuando el control llega, ya es tarde...

En Europa se vivían horas difíciles a mediados de ese siglo XVIII, el “de las luces”, diría alguien, el de los cambios radicales, prefiero pensar yo.

Absolutismo, despotismo Ilustrado, guerras de sucesión, peleas de familia y conflictos varios ocupaban el tiempo de los monarcas y vaciaban las arcas de los reinos aumentando la cada vez mayor necesidad de proveerse de fondos frescos que financiasen tanto despilfarro.

Para peor, algunos personajes educados, pensantes, encumbrados y poco amigos del absolutismo reinante, habían comenzado a sembrar la semilla de una inevitable rebelión, utilizando la fatídica arma de las letras y la inteligencia. Diderot, D’Alembert, Voltaire, con la colaboración de Rousseau en Francia, no tienen mejor idea que publicar un gigantesco y subversivo trabajo llamado “La Enciclopedia” donde se animan a describir todo lo que tiene que ver con el comportamiento humano, la ciencia, las cosas naturales y el lenguaje, provocando la culturización de ciertos estamentos de la sociedad que, hasta entonces, permanecían en la más sana ignorancia.

Cuentan que los personajes de marras le regalaron a María Antonieta varios tomos de este libraco. Entusiasmada, la reina armaba reuniones para discutir los tópicos. Luis XV jamás leyó ninguno y, enojado, prohibió la circulación de los libros en su propio palacio.

Es que ni siquiera los nobles tenían acceso a la cultura. El pensamiento era: Si soy poderoso, para que es necesario que sepa?

Otro personaje, escocés él, despabila la mente de muchos nobles, comerciantes y burgueses haciéndoles notar que “*La riqueza es, solamente, un producto del trabajo*”... Para que!... Ellos que no habían trabajado nunca... se envararon y comenzaron a preocuparse por que esas estrafalarias teorías económicas no trascendiesen... especialmente en Francia o España donde el absolutismo era más duro que en las islas británicas. Adam Smith era quien con su “Ensayo sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones”, sienta las bases del liberalismo económico, bases que junto a los experimentos de otros dos gringos avisados (Watt y Fulton), desencadenan la mayor revolución que haya ocurrido jamás en el planeta: La revolución industrial.

Mozart cruza el siglo como un fugaz cometa, dejando las bases de otra sólida cultura: la de la música. Desde la filosofía y las ciencias, James Cook le da la vuelta al mundo demostrando que todo es posible. Figuras como las de Goethe, Pascal, Leibnitz, Jefferson, Paine o el mismo Jovellanos, consolidan las bases de una "Ilustración" que no tendrá retroceso (debido a las increíbles mejoras en el arte de la gráfica e imprenta), convirtiendo a estos personajes en modelos de pensamiento universal y lográndose una difusión hacia abajo por medio de la cual serán cada vez más y más activas las personas que, disconformes, hambrientas o desesperadas, comienzan a cuestionar seriamente todo lo que hace al poder y a la forma de gobernar.

Difícilísimo tema para la Corona Española, (la primera potencia mundial de entonces) representada por atildados caballeros de la más alta alcurnia real europea, enquistados en el más rancio e irreducible absolutismo.

El borbón Carlos III no cesa de buscar y rebuscar métodos, sistemas y poderes que le permitan explotar y mantener en regla los extensísimos territorios que conforman su imperio.

Pero la suerte está echada. Los de 1776 y 1789 serán los años clave. El mundo cambiará para siempre en esas fechas y ya nada volverá a ser igual.

En 1776, precisamente en el mismo año en que George Washington entra en Nueva York produciendo un hecho que fundará el imperio por venir, Carlos III decreta la creación del "Virreinato del Río de la Plata", pretendiendo lograr un mayor control sobre la puerta de atrás de los territorios coloniales de América y cerrando el puño sobre caudales que se le escurrían entre los dedos por acción de corruptos, bandoleros, contrabandistas o piratas.

Doce hombres, decía, fueron investidos con las galas de representantes directos del Rey - Virreyes - y enviados a estas costas para hacer la voluntad de S. Majestad, desde 1776 hasta 1811.

Treinta y cinco años exactos en los que Cevallos, Vértiz, Loreto, Arredondo, Melo, Olaguer, Avilés, del Pino, Sobremonte, Liniers, Cisneros y de Elío, protagonizaron intensas historias de guerra de amor y de intriga; abonando, sin querer, otro hecho irreversible: La emancipación.

Esta es la historia de cada uno de ellos, de sus momentos, de sus personalidades y de su circunstancia; enmarcadas en la vida cotidiana, las costumbres y los mitos de una ciudadela que comenzaba a despertar al mundo para dejar de ser la puerta de atrás del Imperio y convertirse en la entrada principal a estos caros e insólitos territorios que son los del sur de una América que nunca ha dejado de ser hispana - con todo lo que eso conlleva -

**1**

## **Buenos Aires antes de 1776.**

**U**n poco antes de 1580 y ante la efectiva falta de control de los colonizadores sobre esta región del mundo, las autoridades de Lima - capital colonial de todo el cono sur - comisionan al gobernador de Guayrá (Paraguay) a expedicionar hacia el sur y echar un vistazo a los territorios que habían quedado abandonados durante más de cuarenta años: los del Río de la Plata, descubiertos por Solís y colonizados, en un principio, por Pedro de Mendoza.

Juan de Garay se encarga de armar la expedición y parte acompañado de varios oficiales, treinta asistentes y dos mujeres. Todos paraguayos, mestizos y no demasiado convencidos de la aventura, aunque tentados por una paga que difícilmente llegaría a enriquecerlos.

Es esta gente la que refunda la "Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María de los Buenos Aires" en junio de 1580.

Quedarán atrás algunos, encargados de poner en marcha la obra del nuevo puerto de Santa Fe sobre el Río Paraná y los que finalmente llegan deben abocarse a la tarea de reconstruir el desatino de la debacle de Mendoza.

La zona contaba con importantes defensas naturales, las aguas poco profundas del estuario del Río de la Plata no permitían la llegada directa de naves enemigas, mientras que las barrancas que bordeaban el territorio entre el Riachuelo y el Arroyo Maldonado hacían fácil controlar a quienes se acercaran por el mismo río. A pesar de esto, la ciudad debía permanecer constantemente alerta durante los primeros años de su formación, ya que los piratas ingleses y flamencos solían navegar la zona, más por molestar a los españoles que por encontrar unas riquezas casi inexistentes.

El clima era (es) inestable, lluvioso en otoño y primavera, caluroso y húmedo en los veranos y, aunque no nevara (no nieva) en invierno, el frío húmedo y el fuerte viento arrachado del SE desagradaban profundamente a los colonos, más interesados en las voluptuosidades climáticas del Caribe que en el de esos planos terrenos que no ofrecían nada.

Durante los casi dos siglos siguientes los porteños sufrirían todo tipo de necesidades. El poblado más austral de América estaba alejado de todo centro comercial importante, no existían ninguno de los elementos necesarios para sobrevivir dignamente y no podían fabricarlos en la ciudad.

España privilegiaba los puertos sobre el Pacífico y por lo tanto marginaba a Buenos Aires, que sólo recibía dos "navíos de registro" por año (hubo años en que no llegó ninguno). Esto llevó a que los habitantes (apenas unos 500 en 1610) buscaran burlar la ley y vivir de la rapiña y el contrabando.

Una enorme e intimidante llanura se extendía (se extiende) hacia el Sur y Este, espacio de pastos frescos y abundantes que habían logrado que las pocas cabezas de ganado abandonadas por Mendoza se multiplicasen y creciesen muy saludables, vigiladas y "rodeadas" por bandas de salvajes trashumantes que migraban de aquí para allá viviendo un transcurrir intenso pero pacífico, observando a esos extraños personajes de barba y vestidos de manera extraña que se afanaban por construir un poblado junto al "Tuchán Leufú" (Gran Río).

Así, sin pena ni gloria, sumidos en la difícil tarea de sobrevivir e integrados a la tierra como nunca lo han estado los porteños, desarrollando una estafalaria relación con los pueblos de las pampas, acostumbrándose a la cría del ganado y a realizar algunas tareas de corte agrario, pasaron los 200 años de la etapa colonial temprana, sin demasiados temas para comentar.

De todas maneras, la importancia de la ciudad iba aumentando lentamente debido principalmente a su situación geográfica, sobre todo cuando sus habitantes (y la corona) empezaron a percibir que la riqueza no estaba dada exclusivamente en las piedras preciosas o el oro y comenzaron a valorizar más otros productos, como el cuero y la sal.

En 1680 los portugueses, separados hacía poco de España, llegaron con una expedición a Colonia del Sacramento, en la costa opuesta del Río de La Plata, pretendiendo establecerse en este dominio hasta entonces otorgado a España por el famoso Tratado de las Tordesillas. El gobernador de Buenos Aires, José de Garro, después de enviarle un ultimátum para que se retiraran (rechazado por los portugueses), reunió a los habitantes y, ayudado por aborígenes y hombres venidos de las ciudades más cercanas obtuvo una contundente victoria, que le permitió a Buenos Aires adquirir un mayor prestigio aún.

Al finalizar el siglo XVII y comenzar el XVIII, Buenos Aires no debía contar con más de 6 o 7 mil habitantes. Muchos de ellos rehenes de la distancia, culpables de delitos inconfesables en la Madre Patria, aventureros que preferían la lejanía del poder y la civilización para poder medrar sin ley en medio de la imponente naturaleza, o mestizos nacidos de las excelentes relaciones de los colonos con los indios, más algunos (no muchos) esclavos negros que, por esas cosas de la soledad y la lujuria, también se mezclaban sin demasiados problemas. La villa se organizó según el modelo utilizado en muchas de las ciudades establecidas en el nuevo continente: Un trazado en damero alrededor de una plaza mayor. El nuevo poblado estaba constituido por 135 "cuadras", cubriendo la superficie delimitada por las actuales calles Balcarce - 25 de mayo hasta la Av. Independencia, y por las calles San Martín - Bolívar hasta Corrientes. También se consideran como límites el Zanjón de Granados al sur, que desembocaba por la actual calle Chile; la orilla del Río de la Plata al este; las actuales calles Salta y Libertad al oeste; y el Zanjón de Matorras hacia el norte, que desagaba en el río por donde corre la calle Viamonte y el pasaje Tres Sargentos. Cada manzana medía 140 varas de lado, y si bien muchas eran urbanas, el resto estaba destinado a la instalación de "chácaras" o "suertes", distribuidas aleatoriamente entre oficiales y notables.

No se preocupaban demasiado los porteños por utilizar los dos arroyos que flanqueaban la ciudad. A menos de media milla al sur uno (el mayor, el

Riachuelo) y a casi una al NO el otro (el Maldonado - actualmente entubado sobre el que corre la Av. Juan B. Justo), enmarcaban la ciudadela convirtiéndose ambos en puntos de fuga para el ocio dominical de los aldeanos. Esto hacía que la vegetación y la fauna del entorno fuesen exuberantes, potentes, intensas.

Especies autóctonas como chañares, algarrobos, sauces colorados, ceibos, plátanos, y gomeros salpicaban el paisaje, llenando las calles de la aldea de aromas dulces y penetrantes que convertían el aire en una vigorizante delicia respirable (los impresionantes gomeros de La Recoleta y el Parque Lezama, ya estaban allí entonces). Las aves locales, el hornero, el cardenal, el benteveo, el martín pescador, el carancho y el águila mora, o las migratorias (zorzales y golondrinas) arreciaban en bandadas durante la primavera, llenando de trinos y guano los jardines de las fincas donde - descubrieron los colonos - crecía de todo lo que uno se dignara plantar. Algún ñandú se aventuraba a curiosear por las fincas alejadas y las nutrias, carpinchos y el lobito de río, de tupido pelaje color oscuro muy lustroso, que nada y bucea con gran destreza en busca de peces, moluscos y crustáceos. Los densos pajonales y la selva ribereña brindaban refugio al ciervo de los pantanos, de color general rojizo, patas negras y gruesa cornamenta que se paseaba por los alrededores como inocente víctima de cacerías implacables que terminaron diezmándolo.

Había armonía, paz, alimento suficiente y mucha, pero mucha, impunidad.

El dinero fluía a los tropezones, aventado por los vaivenes de una economía rústica y dependiente del campo. No había mucho que hacer ni industrias que ocuparan el tiempo ocioso de los lugareños. Todo el devenir económico se basaba en los tácitos acuerdos conseguidos con los indígenas que aportaron su habilidad y experiencia en la captura y faena de la hacienda cimarrona a lo que los europeos agregaron su tecnología del salado la curtiembre y el ordeño, produciendo cueros y pieles que partían al Viejo Mundo. El resto de las partes de los animales, se tiraba.

Las "chácaras" de extramuros proveían la verdura y las frutas que, por obra de la exuberante naturaleza, se daban en abundancia y excelente calidad. Ni telares había. Algunas telas rústicas fabricadas por los indios se intercambiaban por legumbres, productos de granja o labores de hierro (armas o herramientas). Otros productos (vino, yerba mate, carros o

materiales de construcción, venían "importados" desde Cuyo, Tucumán o la Guayra mesopotámica (Corrientes - Paraguay).

Las industrias no existían y a España tampoco le interesaban demasiado. América proveía de la materia prima que se pasaba a otros países (Inglaterra, Francia) y la re-adquiría manufacturada. El imperio era un intermediario y su objetivo era evitar a toda costa que la demanda de productos españoles decayera en función, precisamente, de esas materias primas. Una ordenanza real establecía lo siguiente:

*"Su Majestad no puede permitir que se multipliquen o aumenten ni aún que subsistan dichos establecimientos fabriles. Lo estima contrario al bien y a la felicidad de todos sus vasallos y dominios y recela que acostumbrados sus vasallos a los calores y trabajos de dichos rehusaran después volver a las minas de oro y plata y al cultivo de los preciosos frutos y efectos de esos reinos que tienen seguro consumo en esta península. Así que quiere S. M. de V. E. se dedique con todo celo ,y la preferencia correspondiente a examinar cuántos y cuáles son los establecimientos de fábricas y manufacturas que se hallan en todo el distrito de su mando, y a procurar la destrucción de ellos por los medios que estime más conveniente.."*

Muy inteligente recomendación. Fueron necesarios más de 150 años para que Argentina pudiese tener una cierta capacidad industrial y comenzar a bastarse a si misma.

Unos vagos. Eso es lo que eran los porteños. Unos vagos irredentos que se hacían traer todo lo necesario para sobrevivir del interior o de Europa (telas, muebles, libros, orfebrería, especias, etc.) dejándose tiempo suficiente para el ocio y el contrabando como forma de subsistencia. Barcos ingleses, franceses, holandeses y portugueses atracaban en sus orillas trayendo mercaderías a menos de la mitad del precio que las que llegaban de Lima.

Treinta y dos gobernadores y capitanes generales se hicieron cargo del lugar, dependiendo de Lima, desde 1617 hasta 1776, más de ciento cincuenta años. Conocidos algunos por el homenaje de los nombres de calles (Céspedes, Cabrera, Arce, Zabala, Andonaegui...) (*ver Anexo II*) y desconocidos otros simplemente porque la historia los olvidó. Los dos últimos se engarzan firmemente en la historia del virreinato: Cevallos y

Vértiz. Pero antes de entrar de lleno en la etapa de los Virreyes posteriores, permítanme contar una pequeña historia:

*Antonio Arregui era un vasco ceñudo, malhumorado y gigantesco, fuerte como un roble y obstinado como el que más que a sus treinta años decidió desertar y quedarse acá.*

*Una noche de agosto de 1765 se escabulló del barco donde cubría la plaza de carpintero y robándose las herramientas de a bordo, asaltó una pequeña chalupa, la que luego abandonó a la deriva, para caminar sobre el fondo barroso y con el agua a la cintura cargando su pesado petate hasta recalar en la costa al este del poblado que se avizoraba unos 300 metros más allá, jadeante pero satisfecho. No toleraba más la absurda tiranía del capitán, un mequetrefe menor que él, soberbio e inútil que había permitido que casi la mitad de la tripulación muriese de escorbuto durante los tres largos meses de travesía desde Cádiz, por no cargar un par de barriles de limones verdes aduciendo falta de espacio por la cantidad de baúles de rica seda, muebles y objetos que suponía iba a vender a los despistados y ávidos habitantes de Buenos Aires.*

*Los barcos, entonces, debían recalar a varios cientos de metros de la costa donde chalupas de fondo plano, primero y carretas de gigantescas ruedas tiradas por bueyes, después, trasbordaban la carga y los pasajeros hasta arrimarlos directamente a la costa, debajo del Fuerte, una construcción que parecía no se iba a terminar nunca (llevaba casi 100 años en obra) y que había comenzado un tal Andrés Robles - gobernador - un gallego bruto como una hoja de arado, incapaz de entender la idiosincrasia de las gentes que pretendía gobernar y muy ansioso de retornar a la cómoda vida de la Lima colonial.*

*Antonio se quitó toda la ropa mojada, la escurrió y tendido sobre los ásperos pastos de la barranca, dejó que el cansancio se transformase en sueño profundo. El sol lo despertó. Brillando desde el este, se reflejaba en las aguas del río describiendo con su dorada luz su vasta anchura y mostrando, sobre las aguas, ese reflejo denso y brillante como una colada de plata fundida que inspiró su nombre. Vio, a lo lejos, como su barco izaba velas y, empujado por una suave brisa del NE, comenzaba a navegar hacia el oriente en procura del mar distante. Sintió alegría. Se irguió desnudo y*

*saltando, gritando y haciendo cortes de manga se despidió para siempre de la civilización que le había educado para internarse entre los juncos y las espadañas del nuevo mundo que había decidido adoptar en procura de un futuro que, si no venturoso, al menos sería pacífico y diferente.*

Dejemos a Antonio, por el momento, deambulando y rebuscando hasta instalarse en una pequeña casa abandonada (usurpada) a algunas cuadras al sur del primitivo edificio de la Aduana (hoy Manzana de Las Luces) y saltemos al momento en que Carlos III decide, a instancias del inefable José de Gálvez y Gallardo (ministro de Indias) crear - en forma provisoria - el Virreinato del Río de la Plata.

**2**

## **El Virreinato como idea frente a los problemas de Carlos III**

**M**uchos problemas tenía por entonces el pequeñín de Carlos III, esa figura engalanada, de peluca empolvada que hemos visto tantas veces en el famoso retrato de Goya. De voz aflautada, gesto serio y preocupado, pudo ser un gran rey ya que estaba entrenado en el arte de gobernar por haber sido monarca de Nápoles y Sicilia. Asesorado por un sombrío ladero llamado Bernardo Tannucci, arremetió de firme contra todo aquello que pudiese ensombrecer su poder y le impidiese obtener la mayor cantidad de beneficio económico posible. Muchas buenas obras quedaron en su haber para la España del XVIII. Creó la actual bandera (roja gualda roja, para diferenciarla de las de Francia y otros países que usaban la de la flor de lis), se construyeron los actuales edificios del Palacio Real, El Prado, La Puerta de Alcalá, pero, sobre todo, se enfrentó al poder papal quitándole a la iglesia muchas de las prerrogativas de las que había gozado hasta entonces. Quizás lo más significativo (y lo que más afectó a las colonias) en esta batalla política, esté representado por la expulsión de los Jesuitas de todo el territorio español y la confiscación de todos sus bienes. En 1766,

2.700 jesuitas se van de España y 2.600 de América, quedando vacías 20 casas y 72 colegios, incluyendo las misiones que como las de San Ignacio, permanecen en ruinas como mudos testigos de esa curiosa lucha de poder.

Otro de sus dolores de cabeza eran los avances insolentes de sus vecinos portugueses que fomentan el contrabando, irrumpen en los dominios más alejados y le impiden recibir las mercaderías y los fondos que - magramente, por cierto - se despachan desde esas latitudes.

Carlos III fue un rey muy activo y guerrero, pero quizás muy mal estratega a la hora de decidir lo mejor para el futuro de su vasto dominio. Impulsó, apoyó y hasta colaboró con tropas y armas en la Gesta Norteamericana que colocó a Washington en la ruta de fundar las bases del gran Imperio de hoy.

Sus enemigos (como los de Washington) eran Inglaterra y Portugal. Su amiga era Francia (por el Pacto de Familia, lógico pues en ambos países gobernaba la misma familia, los Borbones). Su karma fue el Vaticano, su desgracia la Masonería y su dolor de cabeza el contrabando.

Es importante que aclare aquí lo que se entendía por contrabando. Muy simple. Para las Colonias no estaba permitido comerciar con ningún otro puerto que no fuese Cádiz ni con ningún barco de otra bandera que no fuese la española. Todo comercio diferente se consideraba contrabando y era castigado con la muerte. Los "piratas" eran, en realidad una especie de comerciantes guerreros que no estaban muy de acuerdo con esto, especialmente si eran de origen inglés u holandés e insistían con confiscar las mercaderías hispanas y ofrecer las suyas en pingües intercambios que, si se quiere, eran bastante bien recibidos por los de acá.

Carlos no tiene más remedio que comenzar a liberalizar tímidamente un comercio que se le escurría de entre las manos, abriendo puertos alternativos al comercio y permitiendo que actores privados fletasen o recibiesen barcos mercantes lo que del otro lado (el inglés) era contrarrestado con la emisión de más y más patentes de corso que provocaban la exasperación de marinos y comerciantes españoles y la riqueza rápida de los inefables piratas.

El comercio era complicado. De América del Sur los productos debían recorrer la llamada Ruta del Galeón; penosa travesía que comenzaba en el

Río de la Plata, se viajaba por tierra hasta Lima, allí se embarcaba todo hasta Panamá donde se desembarcaba, se cruzaba por tierra el istmo panameño, se volvía a embarcar todo hacia Cuba, donde se transbordaba a los barcos que, finalmente llegaban a Cádiz cruzando el Atlántico. Total: casi 8 meses.

Desde el Plata a Cádiz, por mar, solo tres meses... siempre y cuando los piratas o los portugueses no incautasen la carga...

No faltó quien, imbuido de una mejor visión de futuro y atento a lo que se estaba preparando en otras latitudes, propone algo diferente: El Conde de Aranda, crítico e inteligente, insta a dividir las posesiones americanas en tres reinos independientes (gobernados por los Infantes), erigiendo a la corona al rango de Imperio. México, Perú y Tierra Firme, imagina, quedando para la metrópoli Cuba, Puerto Rico y el Río de la Plata... Algo parecido a lo que mucho más tarde hicieran los ingleses con su imperio del que se deriva el Commonwealth.

Nadie le hizo caso. Estados Unidos se hizo soberano, Inglaterra creció, Francia se derrumbó y América hispana comenzó su camino de independencia con el actual estado de oprobio y desigualdad que supimos conseguir ...

La corte de Madrid tenía dos grandes preocupaciones: Una era determinar cual era el sistema ideal para mejorar la administración indiana; y la otra era decidir cuál sería la estructura política más adecuada a las necesidades del Río de la Plata, y a las amenazas que se cernían sobre esta región.

Respondiendo a la primera cuestión se decidió por el sistema de intendencias. Con respecto a la segunda, ya en 1770, el fiscal de la Audiencia de Charcas había remitido un informe sobre la situación administrativa del Tucumán que era lapidario, proponiendo un año después que se separase a Buenos Aires, Tucumán, Cuyo y Paraguay de la dependencia de Lima para constituir a la ciudad de Buenos Aires una nueva Real Audiencia de un nuevo Virreinato. A esto se le sumo la opinión de un conspicuo general, Cevallos, quien también propuso extender un mando político que abarcara toda la zona del Alto Perú. Esto termino por decidir al Rey, quien decreta, en forma provisoria la creación del Virreinato del Río de la Plata.

El nuevo virreinato queda constituido por ocho intendencias: La Paz, Cochabamba, Charcas, Potosí, Paraguay, Salta, Córdoba y Buenos Aires y cuatro gobernaciones dependientes en forma directa de Buenos Aires: Montevideo, Misiones, Chiquitos y Moxos (Bolivia), varios cuerpos administrativos y un cúmulo de cargos que pretendían ordenar y controlar el burocrático desorden y la incipiente corrupción.

*"... para que se tome satisfacción de los portugueses por los insultos cometidos en el Río de la Plata"*

Dice una parte del decreto de la fundación provisional. El rey firmó y llamaron al hombre que parecía el indicado para poner la cosa en marcha ...

**3**

**1776**

**Don Pedro Antonio de Cevallos  
Cortés y Calderón**

...El primero

**S***anturrón, avaro y despótico, amigo de los Jesuitas hasta el perjurio y enemigo de otros hasta la crueldad -*, dijo Paul Groussac de este militar solterón y sexagenario que ya había gobernado Buenos Aires entre 1757 y 1766, convirtiéndose en el artífice de hechos que aún nos duelen y nos amargan: Entregó, por primera vez, las Malvinas a los ingleses, en una movida confusa y desgraciada que nunca se ha podido aclarar del todo.

Cuales fueron los motivos de Cevallos para tomar una decisión así, es motivo de polémicas. Podría ser que hubiese habido quejas de los colonos (parecidas a las de Floridablanca, años después) debidas al clima hostil o la futilidad del enclave, puede ser que haya recibido instrucciones para

hacerlo, o bien pudo ser un movimiento de dudoso valor estratégico determinado por una administración virreinal que se caracterizó por este tipo de malas decisiones. Los ingleses pasaron gran parte del siglo intentando tener bases en el Atlántico que les permitiese doblar el Cabo de Hornos con ciertas seguridades, pero España nunca le dio demasiada importancia a esto ... al menos hasta que fue demasiado tarde

La historia de Las Malvinas, sabemos, es tan complicada como trágica y, desde su primera ocupación por franceses en 1763, han sido constante motivo de conflicto. Primero entre Inglaterra, Francia y España y después entre el Reino Unido y la Argentina, que al considerarnos herederos de los derechos españoles sobre el territorio, ejercimos en éste su soberanía efectiva hasta que se produjo la definitiva invasión británica de las Malvinas en 1833 (con la anuencia de Rosas) ya que habían permanecido casi desiertas desde 1811 por obra y gracia de otro virrey, el último, Francisco Javier de Elío.

El resto es silencio...

El título de Cevallos decía así:

*Don Pedro Antonio de Cevallos, Cortés, Hoyos, Calderón, Cos, Arévalo, Barreda, La Vega, Porras, Estrada y Escalante y Caballero de la Real Orden de San Genaro, Comendador de Sagra, y Senet en la de Santiago, Gentilhombre de Cámara de Su Majestad con entrada. Capitán General de los Reales Ejércitos, Gobernador y Comandante General de Madrid, y su distrito en el Consejo de Su Majestad en el Supremo de Guerra, Comandante General de las Fuerzas de Tierra y Mar, destinadas a la América Meridional, Virrey, Gobernador y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata, Buenos Aires, Paraguay, Tucumán, Potosí, Santa Cruz de la Sierra, Charcas, y de las ciudades y pueblos de Mendoza y San Juan, Superior Presidente de la Real Audiencia de Charcas, y Superintendente General de la Real Hacienda en todos los ramos y productos de ella.*

Tan conspicuo individuo nació en junio de 1715, hizo su carrera militar en España, convirtiéndose en un adusto general muy proclive a decisiones intempestivas y a crueldades innecesarias. Carlos III confió en él por su capacidad y experiencia y, con la cédula de nombramiento bajo el brazo, partió de Cádiz el 12 de octubre de 1776 al mando de una flota que conducía a 9300 hombres de armas y pertrechos. Recaló primero en Santa

Catalina, les pegó cuatro gritos y dos cachetazos a los portugueses y continuó hacia el sur para desembarcar en Montevideo donde al frente de su numeroso ejército se dirige a Colonia del Sacramento y la toma con inusitada brutalidad.

Colonia, la bella y apacible Colonia, era la piedra del escándalo. Diez años antes, siendo gobernador de Buenos Aires, ya le había tocado desalojar a portugueses e ingleses del enclave en el que los portugueses se habían re-instalado en virtud del Tratado de Permuta que congelaba todas las posesiones en manos de quien las hubiese tenido a mediados de 1750.

Ahora regresaba para volver a poner las cosas en su lugar...

La llamada en un principio *Nova Colonia do Santíssimo Sacramento* fue el primer asentamiento en lo que hoy es territorio uruguayo, realizado en el año 1680 por un grupo de portugueses comandados por el Maestre de Campo Manuel de Lobo. El asentamiento se ubicó frente a Buenos Aires, en el territorio de la Gobernación del Río de la Plata (perteneciente a España) durante la gobernación de José de Garro. Ya el mismo año de su fundación fue asaltada y ocupada por el gobernador de Buenos Aires, pero se devolvió a Portugal en 1681, en espera de negociaciones posteriores, que no llegaron a buen término. El tratado de Lisboa de 1701 incluyó la devolución de Colonia a Portugal, pero su ruptura dos años después provocó nuevamente su ocupación por las tropas españolas. Por el tratado de Utrecht (1713) su posesión quedó en manos de Portugal.

Bajo soberanía portuguesa la colonia se convirtió en un foco de contrabando portugués y británico hacia las posesiones españolas. España intentó firmar un acuerdo de límites con Portugal, que estipulaba que se quedara con la Colonia del Sacramento cediendo a cambio a Portugal las reducciones jesuíticas llamadas "Los Siete Pueblos de las Misiones" (en el actual Río Grande do Sul, Brasil) y el enclave de Guinea Ecuatorial. La entrada de España en la Guerra de los Siete Años (1762) interrumpe las conversaciones y Pedro de Cevallos ocupa de nuevo la colonia. No obstante, la guerra termina con la firma del Tratado de Permuta (1763), en el que se fija el retorno de la disputada colonia a Portugal.

Finalmente el mismo Cevallos, ocupa definitivamente la colonia, conquista que es refrendada mediante el tratado de San Ildefonso, firmado ese mismo año y concluyendo, por el momento, la disputa

Lo de Colonia era grave, no solo porque le ponía una piedra en el zapato a la alianza anglo-lusitana sino que además, el pequeño puerto representaba un importante hito en uno de los rubros comerciales más importante de la época: La trata de esclavos.

No eran estas tierras demasiado demandantes de ese insumo. Las tareas del campo no requerían de gran cantidad de mano de obra y con la ayuda de los indígenas se bastaba para proveer las escasas artesanías que se comerciaban. Pero en las plantaciones del sur de lo que es hoy Brasil, en las industrias de Lima o en los campos sembrados de las ex misiones jesuíticas, eran muy necesario. Y el comercio muy provechoso. Capturar a un negro, trasladarlo a la costa americana, alojarlo en una barraca inmunda y maloliente y explotarlo de sol a sol calzaba perfectamente en las teorías de Adam Smith ya que el trabajo de los desgraciados negros generaba montañas de riqueza ... para hacendados o terratenientes ...

Esta combinación de fuerza bruta, mano de obra barata y un suelo que no dejaba de ser magnánimo en sus frutos, pronto comenzó a rendir buenos dividendos inspirando más aventuras para cortesanos españoles tanto como para ingleses, portugueses, franceses u holandeses. Todos querían su tajada ...

De todas maneras, los conflictos de la región se movían por tres carriles principales:

- 1 - El problema del contrabando y la libre internación de mercaderías.
- 2 - Los intentos de otras potencias por usurpar territorios españoles.
- 3- El problema del indio, que se subdivide entre el problema de las fronteras y la perdida actividad misional de los jesuitas. En 1741 un tratado entre los españoles y pampas estableció el Río Salado como la divisoria entre ambas naciones, sin embargo nuevos malones llevaron al establecimiento de fortines que mantendrían la frontera más o menos tranquila.

El "problema" del indio no era para tanto. Las misiones jesuíticas de las zonas guaraníes y del Chaco / Tucumán y la disposición y capacidad de los aborígenes norteños, habían logrado una cierta pacificación en esos territorios. En Buenos Aires, con una extensísima frontera sur, habitada por pocos individuos nómades y muy pobres (Aucas), las cosas se presentaban

un poco más difíciles, principalmente debido a la migración desde el sur (Chile) de corrientes mapuches (Araucanos) más civilizados, más aguerridos y menos dispuestos al diálogo que operaban a expensas de los pacíficos y magros Aucas.

Asimismo, a diferencia de los de Norte América, no tenían asentamientos fijos ni recursos naturales que los sustentaran (como el búfalo en EEUU), estaban de paso y sus ancestros no se remontaban más allá de la época de la caída del imperio incaico (los del norte vivían allí desde miles de años atrás).

El sistema de los indios era el siguiente: Los araucanos, hábiles comerciantes, obtenían bienes (por trueque, especialmente ganado manso) del robo que ellos mismos promovían (con elementos de artesanías o artículos de subsistencia básica) por parte de los "pampas" o aucas a las haciendas coloniales, bienes estos que cruzaban a Chile intercambiándolos por mercaderías a los propios españoles de allí!, cerrando un círculo casi perfecto ...

Cevallos tiene la intención de terminar con esto con una acción ejemplar - o sea, matarlos - y, aunque llega a recibirlos en Buenos Aires con honores militares y la pompa de representantes extranjeros (en una especie de burla ofensiva que no pasa desapercibida a los inteligentes caciques mapuches), planea una acción militar punitiva que por suerte nunca se llevará a cabo, convencido por un tal Pedro Andrés García, hombre de su confianza y subordinado en la expedición a Colonia.

Cevallos acepta a regañadientes y, haciendo gala de su "magnanimidad" lo manda, como premio, a recorrer la Patagonia y las líneas de frontera. García, como buen soldado, cumple la orden y levanta uno de los primeros informes completos sobre la realidad de la región.

Vértiz, a su turno, tiene otro enfoque de la cuestión:

*"Mi antecesor (Cevallos) proyectó y se figuró que para batir los indios bárbaros enemigos, bastaba que se hiciese una entrada general, que propuso y pintó muy fácil a la Corte, y no obstante de que recibió la aprobación en tiempo oportuno, se ignora la causa de su dilación y que, dilatándola, se contentase con dejármela encargada, sin adelantar la menor providencia para su verificación ... Mandé poner en cada fuerte una*

*compañía de dotación compuesta de un capitán , un teniente, un alférez, un capellán, cuatro sargentos, ocho cabos, dos baquianos, un tambor, ochenta y cinco plazas de blandengues, un total de 100 plazas, con uniforme propio para la fatiga del campo, armados con carabina, dos pistolas y espada, con lo que ejercitados en el fuego, así a pié como a caballo al paso, al trote o al galope, con subordinación, policía y gobierno interior, a cargo de un comandante subinspector de toda la frontera, con dos ayudantes mayores colocados a la derecha, izquierda y centro de la línea, con una dilatada instrucción y debidas órdenes particulares Se ha logrado poner a este cuerpo en estado respetable, para algo más que indios...”.*

Se establecieron, entonces, fortines o asentamientos en línea, como defensa y contención de los bárbaros malones.

El esfuerzo de las autoridades coloniales fue inmenso. En la Pampa no había madera ni piedras. Todo debía ser llevado en carretas desde la costa del Paraná-Plata hasta los poblados o fortines cubriendo las enormes distancias a lomo de caballo o en carretas de bueyes

La hipótesis de defensa que prevaleció - idea de un tal Betzabé Ducós - era que el malón indio no podía ser detectado salvo delaciones, que las había ni atajado cuando entraban en el territorio de las estancias. Pero cuando se retiraban con el ganado robado la velocidad de marcha se reducía a 30 km. por día y a ese ritmo se los podía alcanzar antes que ganasen el Desierto. El malón operaba sobre varias estancias a la vez y los avisos de los damnificados permitían reunir las tropas de Blandengues (jinetes de lanza que toman su nombre por la forma en que blandían el arma al salir de patrulla) y las milicias que se le sumaban. La línea de fronteras, ya avisada, se movilizaba hacia los lugares por los cuales se suponía que el malón trataría de cruzar el Salado. Los malones eran siempre en verano y en esa época del año el río no tenía muchos pasos apropiados para grandes cantidades de ganado - chúcaros y astados, muy distintos a los dóciles vacunos de hoy día -. En esos pasos buscaban al malón y allí lo peleaban, vencéndolos casi todas las veces, recuperando lo robado, liberando las cautivas y matando a los hombres.

Pero la aventura más insólita que le toca vivir al soberbio virrey fue la de Guinea Ecuatorial:

Alguna vez, el Río de la Plata tuvo una colonia propia... En África! ... Así como lo oyen. Guinea Ecuatorial dependió en algún momento del Río de la Plata...

Resulta que Cevallos, imbuido de la energía que le brindó el éxito en Colonia del Sacramento y de la excelente base de operaciones que significaba estar radicado en Buenos Aires, la emprendió por el Atlántico desembarcando en la Guinea, entregada por los portugueses a España por el mismo Tratado de Permuta. La tomó a nombre de SU Virreinato y dejó allí a un tal Primo de Rivera, (pariente directo del que mucho más tarde fuera dictador español) pretendiendo organizarla como colonia virreinal.

Hoy, no solo no se conocen detalles de ese episodio, sino que Guinea Ecuatorial - que es el único país africano en el que se habla castellano - no cuenta siquiera con una embajada argentina en su territorio...

Ahora entiendo aquella copla que recitaba sonriente un pícaro tío-abuelo mío:

*"Boga que boga, marinerito  
Cala en la isa Fernando Poo  
Y si en la ruta comes viruta,  
vete a la puta que te parió..."*

Fernando Poo (actualmente: Bioko) es la isla que alberga a la actual capital de Guinea Ecuatorial - Malabo - frente a la costa de uno de los países más pobres y desconocidos del mundo... a no ser por el petróleo que acaban de descubrir allí... y el mal trato de nuestra actual Presidenta al dictador Guineano en su visita oficial de 2008.

Además de ser solterón y casi anciano, Cevallos era un tipo bastante enfermo. Padecía de desarreglos gástricos y le costaba mucho moverse por sus provincianos dominios por lo que debía confiar en sus segundos todo lo cotidiano o administrativo.

Uno de ellos, oriundo de México, más joven e inteligente, sería el llamado a sucederle en 1778: Juan José de Vértiz y Salcedo.

Poco se sabe de la vida de Cevallos en Buenos Aires. Sabemos que tenía una familia (hermanas) en España, una de las cuales, a su muerte, heredó

el título de Marquesa de la Colonia del Sacramento... algo que el virrey no debe de haber siquiera imaginado.

Cuentan, sin embargo, que recorriendo las afueras de la ciudad; controlando quizás los efectos del bando que prohibía fumar en los caminos a fin de evitar incendios en los sembrados; se sintió aquejado de uno de sus retorcijones y tuvo que pedir asilo en la quinta de un tal Valente.

Valente era un portugués adinerado que vivía en un predio de 18 hectáreas ubicadas en un solar que hoy demarcan las calles Billinghamurst, Diaz Velez, Castro Barros e Hipólito Irigoyen. Don Pedro fue su huésped por varios días en los que deben de haber conversado sobre las dificultades del comercio de esclavos en esta parte del mundo y las complicaciones de un contrabando que no aflojaba un ápice.

*Antonio Arregui hace ya más de diez años que desertó y goza de una actividad muy rentable ejerciendo su oficio de carpintero junto a una pequeña y amorosa familia que le acompaña en la casa que finalmente ha logrado alquilar por menos de 180 pesos anuales. Queda a pocas cuadras de la Casa del Virrey (hoy demolida) en el barrio de Montserrat. La casa consiste (como casi todas las de su estilo) en un par de habitaciones grandes y de techos altos que comunican a un patio angosto protegido, en parte por un alero sostenido por columnas de hierro. El mismo patio o galería, conduce hacia un fondo despejado en el que se instala la letrina, el horno de barro y la estancia de cocina. Las habitaciones se comunican por dentro y están separadas por un pequeño cuarto que hace las veces de despensa o depósito. Nada ostentoso, pero muy práctico para la actividad de carpintero pues él ha instalado en el fondo libre su taller y ha comenzado a experimentar con la reparación de carros y construcción de algunos muebles lo que le representa más de 70 pesos mensuales (700 reales) que, de todas maneras le alcanzan justito para vivir decorosamente.*

*Conoció a su esposa a poco de llegar cuando, hambriento y aburrido deambulaba internándose, a veces, más allá del caserío, armado de su pistola, en procura de algún conejo que cazar o de alguna gallina que robar.*

*Ella, aquel día, marchaba por el sendero cargando un enorme bulto de ropas sobre la cabeza. Le conmovió la frágil figura, la belleza de sus líneas y le intrigó la expresión alegre, casi risueña, así como el oscuro color de la piel, sus ojos vivaces y sus cabellos renegridos y brillantes. Se comedió en ayudarla con el petate, más como un gesto especulativo que por interés sexual, creyendo así poder ganarse un imprescindible almuerzo.*

*Ganó una esposa. Una dulce y fiel esposa, mestiza de un indígena Auca y una niña española "de abolengo", y muy descuidada ella, que fue obligada a entregar a la beba en adopción, como criada, a una familia que poseía una "chácara" en el Bajo (Barracas) y que, por semejante circunstancia, no hubo necesidad de comprarla.*

*Bastó que Antonio la pidiese en matrimonio al patrón - vasco como él - para que, mediante compromiso de pago de una dote efectuada en trabajos a futuro, le autorizaran a casarse. Buena gente los Yabar Ezpeleta. Hicieron fiesta y le ayudaron mucho publicitando su oficio, convirtiéndose en una especie de suegros adoptivos ya que nunca conoció a los verdaderos.*

*En virtud de su esfuerzo, su dedicación e inteligencia y la ayuda de los Yabar, pudo crecer, comer, afincarse y vivir feliz con Mariana (así se llamaba la mestiza) y los dos hijos que pronto le dio: Ángel y Carola, sanos fuertes y morenos pero de ojos celestes, como él.*

*Las características de su trabajo le permitían entrar en las casas de los habitantes más encumbrados de la Aldea, hablar con los dueños, escuchar algunas conversaciones y enterarse, en fin, de todo lo que ocurría dentro o fuera de las fronteras del virreinato. No entendía mucho de política o de conspiraciones, ni le interesaba demasiado, pero que las había, las había y esto hacía que se mantuviese atento, no fuera cosa que alguien descubriese su origen de desertor y le hiciese pasar un mal rato.*

*No entendía, por ejemplo, que el mismísimo Cevallos, aquel que gobernaba cuando él llegó, fuese ahora Virrey, desplazando a su sucesor en la gobernación, Vértiz, , criollo amable y movedizo a quien había tenido el gusto de repararle un coche y con quien había conversado largo, mate mediante, poco antes de que partiese para Cuyo.*

*Tampoco entendía como era que ese gordo coloradote y dispéptico que se abanicaba muerto de calor en el jardín de los Valente, era el tipo tan*

*temido y odiado por las personas, mayormente criollas, que le confiaban sus chismes sobre el autoritario virrey. En fin. No era su tema tratar de entender. Por eso ni se mosqueó ni se desconcentró de su trabajo cuando Valente se acercó al acalorado y emperifollado tipo, seguido por una esclava negra que portaba una bandeja con una jarra de fresco jugo y dos vasos.*

*- Que harás, Pedro? - preguntó Valente*

*- Nada... Que crees? Partiré en cuanto este malestar me deje un poco en paz ... y ya...*

*- Te escucharán?*

*- No lo creo. Eso de abrir más puertos... no es algo que en Madrid caiga demasiado bien... Tu sabes... No creo que haya otra manera de terminar con el contrabando...*

*- El contrabando es solo eso... Un problema de bando... Nada más...*

*- Ja! Eso es porque viene de un portugués amarrete como tu...*

*- Venga!*

*- Muy buenos tus duraznos... - concluyó, empujando el vaso de jugo.*

Cevallos partió a la metrópoli semanas después. Pasó por Fernando Poo, recogió novedades y llegó por fin a Cádiz.

En el camino a Madrid, en Córdoba, tuvo que ser internado en el Convento de los Capuchinos aquejado de unos fuertes dolores que le impedían continuar el viaje.. Murió pocas horas después dejando atrás un desordenado y joven virreinato.

Los asesores de Carlos III no eran tontos. Sabían de los conflictos marítimos con ingleses y portugueses, del afán de los primeros por disponer de estas colonias y de la ambición de los segundos por las tierras del Plata. Solo había, por entonces, un hombre capaz de poner un poco de orden en tanto lío. Lamentablemente era criollo, sano y muy inteligente. Lamentablemente, digo, porque esto podría llegar a provocar una especie de "síndrome de Washington", hecho que ningún funcionario español estaría dispuesto a tolerar.

Aún así, lo nombraron, por su experiencia anterior y por su incorruptible lealtad.

**4**

**1778**

**Juan José de Vértiz y Salcedo**

El "Virrey de las luminarias"

**C**uando Antonio Arregui se enteró del cambio, no entendió nada. No era Vértiz el gobernador cuando él llegó? ... O era Cevallos? ... Luego éste fue virrey y Vértiz pasó a otro cargo ... o era Vértiz quien gobernaba?

Si el vasco, que vivía allí no entendía, como pretendemos que un párvulo de escuela primaria entienda tales cambios?

Lo cierto es que ambos se sucedieron el uno al otro en el período que va de 1755 a 1778. Eran épocas de conflicto, marchas y contramarchas, movidas por los hilos distantes de una política que se cocinaba con muy poco conocimiento de la realidad local y cotidiana.

Cevallos fue gobernador (dependiente del virreinato del Perú) entre 1756 y 1764, Francisco de Paula Buccarelli le reemplazó en 1770 y a éste le sucedió Vértiz, quien gobernó hasta 1776 cuando le tocó entregar el flamante virreinato a Cevallos nuevamente. En 1778, confirmando la creación de la institución, Vértiz es ungido Virrey aunque, sospecha Antonio, siempre fue él quien en realidad gobernó estas tierras. Y por más de doce años en total.

Juan José nació en Mérida, México, en 1719 y fue enviado por sus padres a España a estudiar. Se hizo militar, es claro, y así comenzó una fulminante carrera que lo vio intervenir en varias campañas en Italia y Portugal. Llegó a ser Comendador de la Orden de Calatrava, lo que habla de su devoción católica y de cierto grado de ascetismo en su conducta privada. Era soltero

( y no se le conocieron historias amorosas... Si, ya sé... yo sospecho lo mismo...)

De todas maneras, era un tipo campechano, amable, inteligente y profundamente católico aunque, al igual que su jefe (Carlos III) resentía de los jesuitas y del Vaticano, apoyándose en el clero regular al que apoyaba de manera incondicional. (Más tarde, Sobremonte, padecerá el efecto de esta política por sus enfrentamientos con el Deán Gregorio Funes).

En 1770 la Corona lo envía al Río de la Plata, donde habrían de transcurrir sus años más prolíficos (políticamente hablando)

Fue, quizás, el gobernante que más se interesó por la vida económica, cultural y cotidiana de ésta comunidad, atendiendo diversos asuntos que, a no dudar, fundamentaron la base de lo que luego sería la República Argentina.

Vértiz (12), Rosas (21), Roca (10), Perón (9) y Menem (10), tienen el galardón de ser los hombres que más tiempo gobernaron estas tierras desde 1580 hasta hoy, aunque no todos con el mismo efecto y la misma dedicación, por cierto.

Vértiz fue el mejor, sin dudas, más allá del olvido de la historia oficial o del recelo de sus pares y superiores que, de todas maneras le reconocieron su valía eximiéndole del habitual "Juicio de Residencia" que todo funcionario de entonces debía padecer como prueba de honestidad en el cargo.

No bien llegó se abocó a la tarea de ordenar y limpiar Buenos Aires que se había convertido en una aldehuela sucia y maloliente debido a que sus anteriores gobernantes estaban más ocupados en pelearse con los portugueses o entre si que en resolver minucias de orden municipal.

La preocupación por la ciudad no tenía nada de "centralismo" ni de "porteñismo". Era simplemente porque ésta era la capital, el puerto principal y el foco de todas las cuestiones políticas o administrativas siendo que todas las mercaderías o las órdenes, debían pasar por aquí. Era importante que la "puerta" estuviese limpia y ordenada.

Quizás esto ha hecho que los porteños confundamos, muchas veces, la historia del país con la historia de nuestra capital y pensemos que Buenos Aires ES el país, cosa bastante incómoda para el resto, lo reconozco.

Lo cierto es que Juan José hizo limpiar las calles, las que comenzó a empedrar en toda la zona aledaña a la Plaza Mayor (Plaza de Mayo), iluminó las terroríficas esquinas (sin ochavas) haciendo poner faroles de cebo de caballo, primero y de velas de cera cuando logró fomentar la creación de una fábrica de esos elementos, convirtiéndose en "El Virrey de la Luminarias" y dando origen a uno de los personajes públicos más recordados del folklore virreinal: El Sereno.

Pasaban estos hombres al atardecer, encendiendo los fanales y entonando su grito característico: "Las ocho han dado y sereno ..." (o la hora que fuese). Por las mañanas, repetían el recorrido apagando las luces y entonando otra vez: "Las ocho (o lo que fuese) han dado y lluvioso ..." . Prendían la luz, cantaban la hora y te avisaban del tiempo. (Más o menos lo mismo que hacemos nosotros todos las mañanas cuando encendemos la radio o la televisión para ver la hora, conocer el clima y enterarnos de lo que está pasando)

A los serenos les pagaba la gente, interceptándolos y regalándoles algunas monedas o efectos que constituían su único salario.

Saneó las aguas servidas construyendo acequias y tapando los barriales de las plazas e instauró un servicio de agua a domicilio.

El aguatero era otro de los personajes clásicos del Buenos Aires virreinal. Recorría las calles durante todo el día en un carro tirado por un burro o una mula que cargaba vasijas de barro con agua fresca recogida de los saltarines y limpios arroyos que flanqueaban la ciudad (el Riachuelo y el Maldonado) pues, aunque no se crea, el tema del agua siempre fue un problema para la ciudad. Los pozos para los aljibes se hacían en cualquier napa, generalmente en la misma o en una superior a la que se utilizaba para las artesas o pozos ciegos, con la consecuente contaminación y posibilidad de enfermedades.

- No tomes agua del aljibe! - Era el grito más frecuente de las madres a los niños sedientos que buscaban refrescarse, grito que resonó hasta bien entrado el siglo XIX cuando se empezaron a construir cloacas y líneas de agua potable

Muchos otros vendedores ambulantes recorrían las calles ofreciendo mercancías de todo tipo.

Se vendía fruta y verduras frescas, se ofrecía miel, productos de granja o leche, con diferentes gritos y diferentes modalidades que hacían del matinal movimiento ciudadano una especie de desfile colorido y ruidoso por demás pintoresco.

Vértiz prefería esta forma a la tradicional del mercado abierto semanal. Quizás para mantener a los vecinos en sus casas y evitar traslados, aglomeraciones o peleas, o quizás para que las ferias no fuesen monopolizadas por inescrupulosos gerifaltes. Aún así, había ferias y mercados. Uno, el más conocido, quedaba en la actual calle Chacabuco, donde se vendía pescado del río.

La carne y los granos se adquirían en predios orilleros (los mataderos) y el carbón, la leña o las papas (importadas del Alto Perú) había que comprarlos en galpones destinados a su acopio y comercio.

El pan era escaso y caro. La falta de ríos correntosos o la flojedad de los vientos no habían inspirado a los porteños construir molinos harineros, por lo que la molienda debía hacerse en norias empujadas por burros o a mano por esclavos, además el trigo devengaba fuertes impuestos o "retenciones" pues se pretendía salvar lo máximo para su envío a la metrópoli (novedoso, no?).

El menú básico de los porteños consistía en guisos (de cerdo, cordero o - rara vez - de carne, con verduras y legumbres; la "carbonada" - guiso al que se le agregan choclos y duraznos - ; el "locro" ; el "tamal" - carne cortada envuelta en harina de mandioca o de maíz - y la humita. En las casas más adineradas se consumían fiambres, quesos o encurtidos. Las bebidas eran los jugos, el agua y, rara vez, vino o licores ya que estos eran caros y bastante malos (Las primeras vides de calidad llegaron al país alrededor de 1850)

Intentó Vértiz terminar el mamotreto de edificio que los porteños llamaban "El Fuerte", pero no lo logró, debido a la dificultad arquitectónica que la obra requería. El proyecto era por demás ambicioso y difícil de realizar en esa época. Consistía en delinear un edificio que albergase no solo a la administración virreinal sino también a una guarnición militar, las gentes de la Aduana y un depósito de las riquezas (una especie de Banco Central). No había forma de conciliar tantas ambiciones. La obra se demoraba, se

complicaba y se modificaba tanto que para lograr solo la base de lo que hoy es la Casa de Gobierno, se consumieron más de 100 años!

Ocupó la flamante Residencia Virreinal (que fue demolida en uno de los terrenos que hoy ocupa la Manzana de Las Luces), aunque en 1775 había hecho construir una lujosa residencia veraniega en pagos del Lanús actual. Esta residencia la ocupó la familia Ortiz de Rosas y aún se conserva como monumento histórico.

Desde allí gobernó con tino y energía, impulsando muchas obras más.

Ya antes de ser virrey, en su etapa de gobernador, le dio un fuerte impulso a la cultura con hechos que fueron trascendentales a la vida de los porteños:

Habilitó la Casa de Comedias - o Teatro de la Ranchería - que quedaba en la esquina de las actuales Perú y Alsina que terminó destruido por un incendio en 1792. Se llamó de la Ranchería porque se destinó a ello un antiguo galpón jesuita que servía de albergue a los esclavos que llegaban a Buenos Aires mientras no eran vendidos. Una "ranchería" en la jerga. Se emprolijó y arregló el local que consistía en una construcción baja con dos ambientes que alguna vez sirvieron de oficinas jesuíticas y un gran galpón trasero que duplicaba la altura, en el que se acomodó la sala (a la italiana) con un escenario bajo y sillas para los asistentes. Los techos eran de paja, funesta condición que permitió que el incendio no dejara ni rastros del edificio. Por suerte no hubo que lamentar víctimas.

Se representaron allí obras de autores nacionales y extranjeros y, se cree, que se inauguró con el estreno de "Siripo" de Labardén.

Pero Buenos Aires amaba la música. Tanto en los bajo fondos como en los ámbitos de la elite, la música era motivo de reuniones y alegría. Hubo personajes paradigmáticos especialmente conectados a la "gente de bien". Uno de ellos fue El Indio Ortiz, luthier y maestro de clave que se encargó de reclutar la primera (y pequeña) orquesta de la ciudad. Otro, Juan Bautista Goiburu llegó a Buenos Aires con tiernos 11 años y se convirtió en un émulo local de Mozart siendo el organista y cantante principal de la Catedral, cargo que ostentó durante casi treinta años.

Las danzas y los sonos preferidos de los porteños eran la gavota, el minué, los aires del terruño europeo y un nuevo paso, mezcla de esos sonos con

sonidos típicamente locales que comenzó a ponerse de moda en las tertulias : el "bailecito". Las clases bajas preferían el rítmico sonido de tambores y "pianos" (tambor de sonido grave) combinándolos en candombe y otros sones que podían parecerse a un fandango o "tango" andaluz. Los instrumentos eran: la guitarra, los tambores, la flauta, el violín y el clave, pequeño piano de sonido algo más agudo que el de su sucesor que no llegaría hasta principios del siglo XIX.

Vértiz fundó el Real Colegio de San Carlos (actual Colegio Nacional de Buenos Aires) e hizo traer desde Córdoba una imprenta destartalada que habían dejado abandonada los jesuitas y la instaló en las cercanías del Colegio haciéndola funcionar a beneficio de los Niños Expósitos, entidad que también fundó, junto a otras instituciones de beneficencia y médicas - el Protomedicato, entidad que regulaba el ejercicio de la medicina - , preocupado por los problemas de salud que afectaban a los vecinos. El estado de las aguas y el "caldo" del río permitían frecuentes ataques de epidemias como la disentería, el cólera o la malaria (dengue?) y los bruscos cambios climáticos permitían la propagación de la influenza (gripe). Sanear las aguas y fomentar la medicina fueron sus armas para mejorar la salud de toda la población.

La actividad y energía desplegada por el "indiano" virrey se basaban en dos de sus mejores cualidades: Una, su capacidad para convencer, revestida de una simpatía a toda prueba y una inteligencia insuperable; y dos, su habilidad para elegir colaboradores que llevaran a cabo sus proyectos, sin dudar y con solvencia, seleccionándolos entre los criollos más calificados y los españoles más dispuestos. El no hacía diferencias y le molestaba el absurdo trato que se propinaban entre ellos.

La población lo amaba y la sociedad y la jerarquía eclesiástica lo respetaban, de la misma manera que odiaban a Cevallos cuando vino a reemplazarlo en 1776. Esa "sociedad" se componía de españoles (maturrangos) y criollos (cholos, mezcla de español e indígena o simplemente hijos de españoles nacidos en el territorio), negros, mulatos (mezcla de español y negro), zambos (mezcla de indio y negro) e indígenas. Las mezclas (criollos, mulatos, zambos), que no eran pocos, muestran a las claras la ausencia casi total de xenofobias y la armonía (sexual?) en que vivían estas gentes. Casi no había esclavos aunque Buenos Aires era un puerto de distribución del comercio esclavista,

remitiéndolos a otros rincones del dominio ibérico y alargando el infernal viaje de las infelices víctimas. Algunos quedaban aquí, permitiéndoseles gozar de una vida bastante laxa que inclusive podía llevarles a la libertad (Aparece en el censo de 1780, en Magdalena, el dato de 213 negros esclavos y 13 libres).

De esta vida menos dura que en otros rincones del imperio surge la alegría del candombe, la base original del tango, el desenfrenado festejo del carnaval y algunos términos del lenguaje que han quedado insertados para siempre: mandinga (el diablo), mucama, quilombo, tango...

Evidentemente Vértiz era tan buen administrador como mal militar. Prueba de ello es la paliza que le dan los portugueses cuando intenta correrlos del Chui y Porto Alegre. Quizás por esto es que España manda a Cevallos a resolver el tema de Colonia del Sacramento.

Mejor así. La tarea de Cevallos iba a ser netamente militar y él, Juan José, no la iba del todo con esos menesteres.

De todas maneras, y ya ungido Virrey luego de la ida de Cevallos, organizó la primera incursión al "desierto", organizando los "blandengues" y poniendo en vereda a unos Aucas maltrechos que al mando de un cacique, hijo del afamado Galilán, hacían de las suyas en la zona de la frontera patagónica.

Vértiz creía que el desarrollo del virreinato estaba por ahí, no solo por la riqueza de esas tierras pampeanas sino porque dejarlas desamparadas eran una invitación a las potencias extranjeras a meterse por la puerta trasera. Por otra parte, la consolidación de las artes ganaderas requerían de cada vez más espacio y de mejores pasturas y, como bien sabemos, esa es la zona ganadera más extensa y rica del mundo.

No compartía la idea de la guerra ofensiva contra el indio. Propone y lleva a cabo, una política de defensa. Fija la frontera en la línea del Río Salado y establece inmediatamente al norte de la misma una serie de fuertes y fortines. Algunos en parajes ya ocupados por incipientes pueblos y otros en descampado.

De Noroeste a Sudeste los fuertes son Rojas, Salto, Guardia del Luján (hoy Mercedes), San Miguel del Monte, Ranchos (hoy General Belgrano) y Chascomús. Los fortines, en el mismo rumbo, son: Melincué, Mercedes

(hoy Colón), Guardia de Areco (hoy San Antonio de Areco), Navarro y Lobos; llegando a enviar expediciones que se aventuraron hasta San Julián, el Río Negro y el Colorado, fundando San José y Carmen de Patagones, al mando de los hermanos Viedma o de Villarino, todos criollos y de su confianza.

Los Viedma, jóvenes aventureros y muy dispuestos, protagonizaron incursiones de colonización que, aún con magro suceso, sentaron las bases para la apropiación definitiva de la Patagonia. Es muy interesante leer el inmenso trabajo de Francisco de Viedma quien informa al Virrey (Loreto) de los desatinos cometidos en la zona por otros funcionarios españoles tan aventureros como ellos pero menos prolijos.

En una de esas campañas de consolidación militar del territorio, pero en la zona del norte mesopotámico, encomienda la tarea a un oficial español de su total confianza que había llegado con Cevallos en su aventura de Colonia. Le encarga que le asegure el enclave de Yapeyú, lugar donde existía una de las importantes misiones abandonada por los jesuitas expulsados en 1770.

El hombre era Juan de San Martín quien parte con su esposa y sus tres hijos a poner en marcha el encargo. Allí, el matrimonio tendrá dos hijos más. Una mujer y un varón. El menor, bautizado José Francisco, nacerá en la misión el 25 de febrero de 1778.

Otro pariente de los San Martín, Jerónimo Matorras, tío del héroe, se encargó de cumplir la orden de llegar hasta El Chaco, intentando ver las posibilidades de navegabilidad del Bermejo y la posible conexión con el Paraná a fin de intentar llegar navegando a Salta desde Buenos Aires.

En ese sector geográfico, fundó las ciudades de Gualeguaychú, Gualeguay y Concepción de Uruguay, consolidando la vasta región mesopotámica y aislando las pretensiones portuguesas en toda esa extensión de territorio.

Estas no eran ideas unilaterales o algo descabelladas del activo Virrey. Respondían a un plan estratégico perfectamente coordinado con Madrid cuyo objetivo principal era la consolidación militar del territorio, la reconstrucción de los provechos de la finiquitada obra jesuítica (para lo que se basaba en la encumbrada Junta de Temporalidades una especie de derivación del Cabildo Eclesiástico - que él mismo presidía) y la

organización administrativa de todos esos pueblos y regiones que, poco a poco, se iban convirtiendo en puntos de gran importancia económica y respondían a arduas negociaciones con la Iglesia que, como en el caso de Luján (con el misterio de su Virgen y su santuario), influía decisivamente en la organización política del virreinato.

Si bien el sistema de Patronatos (concordatos entre la Corona y el Vaticano por medio del cual la organización, los nombramientos de clérigos u obispos y la administración de los fondos estaban a cargo de la Corona la cual, además, determinaba las zonas y oportunidades de evangelización) dejaba en manos del poder político el desarrollo de la Iglesia en América,, el hecho de apoyarse en el clero regular había derivado en una enorme cuota de poder para la Iglesia que se sostenía en tres pilares fundamentales: Era la rectora de la vida civil (al punto de ser la única institución que anotaba nacimientos, casamientos o defunciones), manejaba en forma directa la educación (la Universidad de Córdoba estaba bajo tutela del clero secular) y los avances territoriales debían contar con su concurso y participación.

Consolidado el territorio, ordenada la ciudad y embellecida con una alameda que bordeaba la costa del río (la Av. Paseo Colón), inaugurada la Plaza de Toros (en un predio que quedaba en la intersección de las calles Belgrano y 9 de Julio), se abocó a tareas más políticas.

Hizo levantar un censo de la ciudad y sus alrededores arrojando el número de 37.679 habitantes (29.757 en la ciudad y 12.925 en la campiña), razón suficiente como para presionar a la metrópoli y convencerla de que ya era hora de habilitar el puerto al comercio con el resto del Imperio. (Madrid, entonces, contaba con poco más de 50.000 habitantes). Y lo hizo.

Quizás esa acción de Vértiz convenció a los burócratas de Madrid que era mejor incorporar un poco de liberalismo en su comercio, pues el mercado lo merecía, que arriesgarse a una revuelta por razón de las carencias que sufría la población. Los convenció, y se abrieron 20 puertos en España y 33 en el resto de las colonias para el comercio directo y entre sí, permitiendo un intercambio desconocido hasta entonces y un verdadero "boom" económico para la colonia.

Y allí comienza la historia. Nuestra historia. Vértiz sonreiría satisfecho si viera en lo que SU ciudad se ha convertido hoy. Como americano, él

también amaba estas tierras y como hombre de acción sabía que la libertad para comerciar era la única manera de crecer. Y a eso apostó su obra.

Este incipiente pero creciente comercio virreinal se había convertido en algo más que un mero intercambio de mercaderías solo aptas para la subsistencia. Ahora se exportaban no solo cueros y cebo sino también productos desecados (de Tucumán, Salta o Santiago), vinos (de Cuyo), lino e índigo (de la Pampa y Córdoba) para la industria textil europea que requería cada vez más insumos, apurada y exigida por la maquinaria que había explotado en la "Revolución Industrial" que, como ya dije, fue la mayor revolución en la historia de la humanidad.

Pero el criollo virrey no se dejó sorprender. Previendo futuros líos y a fin de salvaguardar los derechos de artesanos y productores, creó una especie de organizaciones gremiales (una versión menos secular y bastante más personal de las Encomiendas), fijando calidades, precios y cuidados para cada actividad artesanal que, lejos de complicarle la vida como a los modernos gobernantes, le brindaron un mayor soporte, más producción y mejor calidad en los productos a la vez que mayor control y más recaudación impositiva.

El virreinato bullía y la sociedad comenzaba a gozar de la bonanza de ser una "colonia próspera" papel que, desde el fondo de nuestras almas, parece que no hemos abandonado nunca.

Quizás la etapa más negra de la gestión y la que lo aleja de terminar siendo el primer patriota (del "síndrome de Washington", como diría Godoy), fue su decidida participación en la represión de la revuelta de Tupac Amaru, quien terminó descuartizado en Bolivia en 1783.

En un gesto que lo coloca como férreo representante del poder colonial, despachó 2000 hombres armados ayudando a liquidar la primera insurrección importante en esta parte del territorio colonial.

No hay excusa histórica. Hizo lo que se suponía debía hacer. Pero lo cierto es que la represión fue brutal y las ansias de libertad debieron postergarse por mucho tiempo más.

Vértiz era criollo, es cierto; y progresista, también es cierto; y amaba esta tierra, no menos cierto; pero era extremadamente fiel a la institución que representaba: La Corona Española.

*Juan José entró en la cuadra y se quedó un instante observando como Antonio Arregui reemplazaba el rayo defectuoso de la rueda de carro por uno nuevo y lustroso, martillaba levemente los encastres y atendía su trabajo concentrado.*

*No era la primera vez que el carpintero iba a su casa a arreglar algo o a entregar efectos nuevos, encargados por él mismo, ni tampoco era la primera vez que los dos hombres se entretenían en alguna conversación íntima, lo que había creado una especie de relación afectuosa y agradable.*

- Buen día, Antonio - dijo*
- Excelencia! - contestó el vasco, sobresaltándose.*
- No quiero distraerte ...*
- Para nada ... Un placer ...*
- Tu familia?*
- Bien, gracias ... Sus cosas?*
- Uf! Complicadas ... Creo que he llegado al fin ...*
- Qué dice?*
- Digo que me voy ...*

*Antonio se sobresaltó y lo miró serio.*

*Por ese hombre, su hijo Ángel, estaba a punto de recibirse como bachiller en el gratuito Colegio de San Carlos y frecuentaba la compañía de jóvenes de lo más granado de la sociedad que, como ese mequetrefe inteligente e inquieto, hijo de los Moreno, le acompañaban en las típicas correrías de la adolescencia. Por ese hombre había podido confiar en la administración de salud para su familia, dejando de lado a los barberos y sangradores que, en el mejor de los casos, empeoraban más que lo que curaban, especialmente afecciones como la que padecía la pobre de Carola con sus dificultades respiratorias y su debilidad creciente. Por ese hombre había prosperado en su negocio ya que ahora podía hacer traer desde Barcelona los flejes de acero que servían para las cada vez más necesarias llantas que se aplicaban a las ruedas de los carros. Por ese hombre había conocido la dicha de vivir en una pacífica comunidad donde europeos, criollos, indios y negros convivían en una armonía próspera que se manifestaba en los domingos de toros o en las fiestas cada vez más frecuentes. Además, ese hombre le había brindado su amistad y su confianza quebrando sus reticencias y haciéndole perdonar su origen de desertor.*

- *Por qué?... por que te vas?... quiero decir ... Su Excelencia?*
- *Ja!, Mi querido amigo... Por que me voy?... Porque ya estoy viejo, cansado y harto de los mil problemas que no puedo solucionar.*
- *Por ejemplo?*
- *Por ejemplo, la Audiencia. No he podido lograr que se traslade de Charcas a Buenos Aires ... con toda la complicación que esto significa, imagínate, cada cosa que presenta mi despacho debe ir hasta allá y regresar ... meses ...*
- *Nada parece haber sido un problema para ti... digo... para Su Excelencia ...*
- *Ya está bien, Antonio. Estamos solos, soy solo Juan José para ti... Lo hecho, hecho está; hay cosas que la Corte no entenderá nunca y no se pueden modificar ... Lo que sigue es impredecible.*
- *Te vamos a extrañar ...*
- *Y yo a ti ... a ustedes ... a Buenos Aires ... A este plateado territorio que ... que hombres como tu me ayudaron a modelar ... - y se le pusieron los ojos brillantes haciendo que Antonio se abalanzase para apretarlo en un sentido abrazo.*

Juan José Vértiz solicitó ser relevado de su cargo en 1783. Esperó a su sucesor y partió para España al año siguiente donde finalmente falleció rodeado de su familia en 1799.

No tiene un monumento en Buenos Aires y la calle que lleva su nombre tiene un solo edificio en toda su extensión. Es el tramo de cuatro cuadras que bordean las barrancas Belgrano y dan acceso a la estación de ferrocarril, desde Pampa hasta Juramento; tramo que los porteños confundimos con la Av. Del Libertador. Magra ofrenda para quien fuera, sin dudas, el primer pro-hombre de nuestra historia pues la profundidad de los cambios, instituciones e ideas que llevó a cabo lo trascienden y conforman la base de nuestra cultura y nuestra identidad.

**5**

**1783**

**Nicolás Francisco  
Cristóbal Del Campo,  
Marqués de Loreto  
El "Bicho colorado"**

**S**i tuviésemos que definir la gestión de Nicolás Francisco Cristóbal del Campo Cuesta de Saavedra Rodríguez de las Varillas de Salamanca Solís García de Olalla y Sánchez Salvador, marqués de Loreto, en una sola palabra, esta sería: Nada.

Nada o casi nada se hizo de nuevo en el período de 5 años en que ejerció el virreinato.

Por entonces, y hasta su antecesor, el cargo era vitalicio. Cevallos murió ejerciéndolo y Vértiz renunció. Pero, quizás preocupados por la posibilidad de perder el control sobre sus delegados o de prevenir posibles exabruptos independentistas, la Corona reformó la orden y comenzó a otorgar "plazos de cédula" que oscilaban entre los 3 y 5 años, culminando con el tan temido Juicio de Residencia.

Hablar de Del Campo (Loreto) es hablar de la continuidad de lo planteado por Vértiz, de lo que quizás lo más importante sea el haber podido poner en marcha la Audiencia de Buenos Aires.

Hasta ese momento, todos los juicios, controversias, problemas legales o administrativos eran solventados en la muy mentada Audiencia de Charcas (en Bolivia). No solo era éste un organismo de orden legal sino que además funcionaba como "mesa de entradas" de todo asunto que incumbiera al Virrey.

Incómodo, sin dudas, y peligroso además, por la distancia y por el descontrol que suponía esperar varios meses para ver plasmada una idea o un decreto.

Le tocó a Loreto implementar la idea de Vértiz y, como buen noble y atildado caballero, la armó con todo el barroquismo del que era capaz, convirtiéndola en el punto de partida de una burocracia irreductible que, como monstruo apocalíptico, no ha parado de crecer hasta nuestros días (con los impulsos de Roca, Irigoyen o Perón, es claro). Este cambio puso en sus manos tanto papelerío y tantos temas pendientes frente a los cuales habrá pensado el Marqués, era mejor no hacer nada.

No es que Del Campo (Loreto) fuese un tonto o un inútil. Era un aristócrata que poseía - en España - una cuantiosa fortuna representada por posesiones en tierras, edificios y objetos de arte, pinturas y joyería de inmenso valor. Como el anteúltimo de nueve hermanos, había heredado el título por ser "el de mejor conducta" entre los tres varones en una familia plagada de mujeres que, según las costumbres y la ley, no heredaban esas cosas.

Era un aristócrata con todas las letras y , aunque era decidido y bastante buen administrador, hacía las cosas con esa cadencia cuidadosa y poco efectiva de los hombres de su condición.

Era, eso si, un tipo rígido, austero, frío, intratable. No tenía más pautas que la ley ni más consideración que las que debía a su posición y su rango. Era impopular y ciertamente algo vengativo.

Encaró, bajo instrucciones precisas, la demarcación de límites con las colonias portuguesas del norte, hecho que manejó como una campaña militar y que le ocasionó cometer una cierta cantidad de errores que, tiempo más tarde debería de resolver su sucesor, Arredondo.

Es cierto, sin embargo, que los lusitanos tenían como política sistemática agregar todo lo que pudiesen a costa del territorio español, complicando los acuerdos y llevando las cosas a la larga. De todas maneras, varios puntos de conflicto debieron ser solucionados con peleas y refriegas de las que el sucesor debería hacerse cargo.

En lo municipal y más cotidiano, Vértiz había dispuesto el empedrado de las calles aledañas a la Plaza y, como toda obra pública, los trabajos se demoraban provocando el enojo de muchos vecinos. El argumento esgrimido por unos era que el retumbar de las ruedas de los carros sobre el empedrado produciría daños en los cimientos de las casas aledañas provocando rajaduras o hasta derrumbes. Otros aducían que de esa forma deberían herrar a los caballos y poner llantas de hierro en las ruedas de los carros para poder transitar, a lo sumo, unas pocas cuadras, con el consiguiente gasto extra que significaba. Los más progresistas aplaudían la idea reconociendo la ventaja de tener calles que podrían ser fácilmente transitadas y limpiadas, sin baches barrocos e insalubres.

Loreto no atinaba a decidir entre las quejas de uno u otro lado, demorando cada vez más los trabajos y gastando cada vez más papel y dinero en estudios inconducentes y controversias entre "ingenieros".

*- No se dan cuenta estos cholos que se quejan, que el asunto no está en las piedras de las calles sino en las muchas casas de adobe que aún quedan en pie - vociferó Antonio mientras Mariana, su mujer, algo ofendida por lo de "cholos" (ella lo era), doblaba prolijamente unos manteles de hilo peruano recientemente adquiridos por su esposo*

*- Cuando todas sean de ladrillo y mortero - continuó - verás como ninguna se raja o se derrumba. Y el gasto ... el gasto es mínimo ... además las herraduras y las llantas también son útiles para transitar por el campo - concluyó, pensando en lo que todo esto significaba para su negocio.*

*- Ahá ... - comentó Mariana inexpresivamente*

*- Si. Es así. El progreso no se detiene, créeme ... - y marchó a hacer números en su taller.*

Tuvo razón Antonio. Con demoras, con peleas y con las dudas del virrey, finalmente quedaron empedradas varias cuadras del centro, utilizando un sistema de construcción ideado por los asesores "ingenieros".

Los barcos estaban (y están aún hoy) diseñados para presentar sus mejores performances cuando navegan con su carga ideal y no vacíos. Los navíos que arribaban al puerto de Buenos Aires, casi siempre llegaban con muy poca carga o casi ninguna, esperando llenar sus bodegas aquí, por lo que traían piedras o adoquines que completaban el "lastre" necesario para una correcta travesía. Estos adoquines eran descargados en el puerto y reemplazados por las mercaderías que se exportaban. Por otra parte, las carretas que bajaban al río-puerto cargadas de mercaderías para ser transbordadas a los barcos debían volver al centro llevando una carga de esos adoquines que se depositaban en las esquinas en las que se estaba trabajando. Genial. Insumo costo cero y pavimento importado ... Más tarde, en el siglo XIX, los adoquines los fabricarían los presos del penal de la Isla Martín García y se distinguen de los coloniales por ser más pequeños y cortados en ángulos más vivos. Muchos de aquellos adoquines aún cubren algunas calles de Buenos Aires o están ocultos (a modo de contrapiso) debajo del pavimento actual. En San Telmo y Belgrano se han rescatado

algunas cuadras del viejo empedrado devolviéndole a esas zonas su "toque" colonial.

Otro tema que muestra la ineficiencia de la administración del "Bicho Colorado" (así le decían a Loreto por su cabello rojo y su tez siempre encendida) y que resulta curioso por lo trágico y olvidado fue la recientemente descubierta odisea de los colonos de Floridablanca.

Es este uno de los episodios más dramáticos de las épocas coloniales y el que demuestra más cabalmente el fracaso de una administración que resultaba lenta e ineficaz.

Hemos visto que Vértiz insistió en la colonización de la Patagonia enviando excursiones hacia el sur y corriendo la frontera del "desierto" a varios cientos de kilómetros de la capital virreinal en un intento, exitoso, de controlar los esporádicos malones y vigilar el flanco sur. Las expediciones de Viedma, del pobre y esforzado García y los informes de los marineros que rondaban las costas ya sea pescando o ahuyentando a los balleneros ingleses, proveían de una importante e interesante cantidad de documentos que avalaban las teorías del virrey.

Estos informes llegaban a España y se convertían en motivo de arduas discusiones en el seno del gobierno central.

Al Conde de Floridablanca, ministro de indias de Carlos III, convencido de los informes de Juan José, se le ocurrió la idea de fletar directamente desde Cádiz una flota con familias de colonos que debían instalarse en las costas patagónicas "todo lo más allá posible" de la desembocadura del Río Negro.

Partieron 230 personas arribando a San Julián (Chubut) para instalarse en un enclave cuyo nombre de entonces se desconoce y que los investigadores antropólogos de la UBA, el CONICET y la Univ. De Sur han llamado: Floridablanca, en honor a su mentor.

Debían depender directamente del gobierno central (Madrid) aunque sus informes y notas deberían recorrer el habitual camino de remitirse a la Audiencia de Charcas, llegar luego al virrey del Río de la Plata y de allí marchar a España, para regresar por el mismo camino.

Las dificultades que tuvieron que afrontar los colonos fueron tremendas. Viento, frío y enfermedades que, de todas maneras, les permitieron

construir un poblado, asentar algo de ganado, plantar algo de grano, todo mientras vigilaban a unos sorprendidísimos indígenas que los amenazaban con algo más que gritos e insultos.

Las tribus de la región (tehuelches) eran una rama local de los araucanos (mapuches) chilenos, nómades, aguerridos, aunque menos agresivos que éstos y con cierta tendencia a permanecer largas temporadas en asentamientos precarios recolectando pieles (de guanaco o zorro) que canjeaban con sus primos chilenos o con las colonias aucas (pampas) del sur de la actual Provincia de Buenos Aires.

Muy pocos colonos resistieron el desafío. De los 230 iniciales, a los pocos meses solo quedaban unos 80 o 90 organizados en varias familias que, derrotados, decidieron abandonar el proyecto y regresar.

Como obedientes ciudadanos, cursaron la solicitud de abandono por la vía legal y se quedaron a esperar la respuesta..

Vértiz debe de haber fruncido el entrecejo palpitándose un desastre pero cursó la nota recibida desde Charcas a España y envió a los hermanos Viedma a investigar lo que sucedía.

Más de dos años tardó la documentación en ir y volver por los cauces burocráticos, pero finalmente llegó con la orden Real de abandonar el proyecto "ante tanta miseria y dificultad".

Lo patético del caso es que en ese ínterin, las cosas en Floridablanca habían cambiado. Los colonos lograron establecer una pacífica relación de intercambio cultural y comercial con los indígenas quienes comenzaron a integrar sus experiencias y sus familias en una suerte de convivencia en la que credos y costumbres de ambas comunidades eran respetados y sostenidos por ambos lados.

Aprendieron, a instancias de los indios, a manejar los cultivos protegiéndolos del viento y del mal tiempo; supieron como hacer crecer fuerte y sano al ganado (principalmente ovino) y enseñaron a los tehuelches a ordeñar y utilizar el grano y las hortalizas. Mejoraron los problemas de salud que, virtud del escorbuto, habían diezclado a los compañeros y aprendieron a moverse por la región sin necesidad de fortificaciones o retenes militares.

La colonia prosperaba y se estaba convirtiendo en una exitosa experiencia para sobrevivientes y aborígenes quienes ahora tenían un punto cercano al que recurrir con sus artesanías y sus cueros sin tener que viajar hasta los vados de los grandes ríos del norte (Negro o Salado).

Entonces llegó la orden. Debían irse. Y como toda Orden Real no era discutida ni se podía ignorar, so pena de males mayores (léase: represión), tuvieron que abandonarlo todo, incendiar sus casas y regresar, ante la atónita perplejidad de los tehuelches, dejando atrás el único y exitoso intento de integración étnica total que se dio en los dominios coloniales.

Obviamente los indios no supieron o no quisieron continuar de por sí la experiencia y contribuyeron a la destrucción del enclave tomando todo lo que los españoles dejaron atrás. Hoy no quedan ni las ruinas. Solo unas pocas piedras que han dado base a los estudios antropológicos que mencioné más arriba.

Francisco de Viedma visitó la zona tiempo después y le escribe al virrey un informe que, por su claridad, la precisión de sus opiniones y la profundidad de sus ideas, merece ser considerado como un documento básico para futuros estudios sobre la zona. Habla de toda la gesta patagónica y menciona los dolores de la gente que intentó colonizarla, refiriéndose a San Julián en alusión a lo que podemos suponer fue Floridablanca. El informe llegó tarde. Vértiz ya se había ido y Loreto lo recibió en 1784.

Debe de haberlo "cajoneado" junto a muchos otros papeles que nunca vieron la luz. Y así terminó la historia, una historia en la que el verdadero protagonista fue la información y los mecanismos de comunicaciones del virreinato.

El tema de las comunicaciones era un asunto complicado. Ir a Córdoba, por ejemplo, podía demandar de 4 a 5 días de traqueteo en carros de caballos o 6 a 7 en carretas tiradas por bueyes, jornadas que se hacían parando en las varias postas de los caminos que no eran más que huellas caladas en campos sin alambrar y tan difíciles de "navegar" como el mismo mar.

Las postas eran unas construcciones más o menos precarias de adobe y madera (aunque las había un poco más sofisticadas de piedra y argamasa), blanqueadas (para que se pudiesen distinguir desde lejos) y rodeadas de

corrales. Se ubicaban a más o menos cuatro leguas una de otra (unos 20 kilómetros) y ofrecían diversas comodidades.

La más conocida - hoy - y que aún se mantiene en pié es la de Cruz Alta, al comienzo de las estribaciones serranas y que contaba con dos habitaciones para huéspedes y una cocina, famosa en todo el entorno por la calidad y cantidad de los platos que allí se servían. Tenía, también, una "estancia de baño" donde los viajeros podían refrescarse, lavarse, hacer sus necesidades y prepararse para continuar limpios y descansados. Otras postas famosas eran las de Cabeza de Tigre y Yatasto. Ambas se conservan aún, como museos.

Antes de partir en cualquier viaje por el territorio del virreinato, el viajero tenía que cumplimentar un trámite esencial: El "pasaporte" para cada uno de los que se trasladasen. Este requisito se solventaba en la oficina del Administrador Principal de Correos de Buenos Aires, que en la época de Loreto era D. Manuel Basavilbaso, jefe de una institución que funcionaba desde 1748 y que había sido creada desde Lima para ordenar el tráfico de personas, documentos, encargos o epístolas. El pasaporte, que se extendía tanto para viajar por tierra como para embarcarse y hacer la travesía marítima a la metrópoli, era esencial y su falta hacía que, en las postas, no se cambiaran los caballos obligando al pasajero a permanecer demorado o a tener que regresar.

El correo contaba con varios "chasquis" (del quechua "chaq-kis" - el que recibe o el mensajero), jinetes entrenados que cada 15 o 20 días hacían el recorrido de Buenos Aires a las otras ciudades llevando en sus alforjas hasta 7 "arrobos" (unos 60 o 70 Kg.) de correspondencia o efectos menores. El costo era de medio real por legua (un real = 0,10 pesos de entonces, tiempos en los que un peón ganaba unos 7 pesos por mes) y el pago era por anticipado sin recibo ni sellos. Lo que en carro demoraba los días que dijimos, los chasquis lo hacían en menos de un tercio, conectando a Córdoba, por ejemplo, en dos días o menos. Había también mensajeros privados que recorrían distancias "punto a punto" con correspondencia, órdenes y que utilizaban el servicio de postas como base para sus viajes pero cabalgando a campo traviesa sin tener en cuenta la "huellas" que, poco a poco se iban convirtiendo en las rutas de hoy. (La más antigua es una especie de híbrido entre la RN7 y la RN8 que conectaba a Buenos Aires con Luján por la calle de las Fuentes (Rivadavia) hasta el "Árbol Solo" y

desde allí, bordeando el río hasta el santuario, primera etapa obligada de todo viaje al norte)

*Antonio Arregui decidió hacer un viaje a Córdoba con su familia, impulsado por las recomendaciones de los médicos que le recetaron el aire puro de las sierras para intentar paliar el catarro persistente que aquejaba a su niña Carola.*

*Eligió el mejor de sus carros - un "brick" estilo inglés con pescante y cuatro cómodos asientos para los pasajeros, techado y tirado por dos robustos jamelgos; cargó una montaña de enseres, ropa y utensilios para el viaje y partió a casa de unos parientes de los Yabar Ezpeleta que les esperarían en su estancia de la zona de las sierras.*

*El viaje fue un éxito. Casi dos meses de vacaciones en los que vio - por primera vez en su vida - la difícil cotidianidad de la gente del campo.*

*Observó como se "paraba rodeo", como se ordeñaba, como se mataba, como se cuereaba, como se sembraba y se protegían los pastos y las cosechas y, fundamentalmente, como se generaba la riqueza que iba convirtiendo a las ciudades coloniales en las impresionantes urbes que son hoy en día.*

*Cuando regresó a Buenos Aires, feliz, descansado y con su hija algo mejorada, el virrey era otro.*

**Nicolás de Arredondo**  
Esclavista y vigilante.

**A** Don Nicolás Antonio de Arredondo Pellegrin Ahedo Zorrilla de San Martín y Venero, le tocó un momento difícil.

Su mandato comienza con el telón de fondo de la Revolución Francesa y con todo lo de imaginativo, reformista y contra-cultural que la juventud ilustrada de la época habría de aprender de los escritos y documentos que, tímidamente, comenzaban a circular por El Plata.

Era español, militar y muy dado al orden y la disciplina. Había nacido en 1720 y sabemos que tuvo un hijo (Joaquín), nacido en Barcelona en 1768 que también se desempeñó de manera notable en colonias, con cargos en Cuba y las Antillas.

Nicolás había tenido destacada actuación en la campaña española en La Florida (USA) y en varias de las aventuras carlistas en Europa y América.

Carlos III había muerto en 1788 y le sucedía su hijo - Carlos IV - un monarca bastante menos lúcido y menos preparado que su padre pero que tenía a un tal Manuel Godoy como ministro y asesor. Hombre de pocas pulgas el Godoy este, decidió terminar definitivamente los conflictos limítrofes con las colonias portuguesas en América e instruyó a sus funcionarios para que "imprimiesen efectiva actitud" a la solución del tema.

El nuevo mandatario llegó a la llamada Guardia de Luján, donde lo esperaban altos dignatarios del gobierno anterior. Venía acompañado de su esposa Da. Josefa Mioño Bravo y Hoyos, señora de grandes pretensiones y humos aristocráticos. Almorzó en Luján siguió viaje hasta la aldea de Morón, allí pasó la noche y prosiguió su viaje al amanecer hasta la chacarita.

*"La Importante comitiva se completaba con la presencia de los miembros de la Real Audiencia, del Tribunal de Cuentas y del Cuerpo de Individuos,*

*con sus Maceros y habiéndose apeado a la puerta y formándose en dos alas el señor de Loreto al medio, entraron en el gran patio y saliendo el Excelentísimo Señor nuevo Virrey al encuentro, adelantándose el Señor Loreto por medio de las dos filas, se saludaron y abrazaron y después de los primeros cumplimientos y antes de entrar al salón, el Señor Loreto, tomando la izquierda, le entregó el bastón en señal de ejecutarlo del mando y el nuevo Virrey le dio el que llevaba, que expresó no era el correspondiente, por que no estaba proveído, ni había considerado que sucediese esto.”*

Los altos funcionarios, luego de saludar como correspondía, pasaron al amplio salón y tras ellos los otros acompañantes de las comitivas:

*“Entonces el señor de Loreto le presentó el nuevo Virrey a la excelentísima Señora y luego, habiendo salido a la sala, sentándose en la silla del dosel de la izquierda, recibió los cumplimientos de todos y pasado en todo esto mas de media hora, se determinó salir a tomar los coches que en el mismo orden en que habían ido, volvieron a la ciudad. El Excelentísimo Señor nuevo Virrey se condujo en la carroza del señor de Loreto y a su derecha, a los vidrios, el Segundo Oidor Decano. La excma. Señora quedó en la chacarita para salir después de algún tiempo y quedaron acompañándola en el salón, el señor de Basavilbaso y otros sujetos. El nuevo Virrey, partió entonces cuando lo consideró, en una carroza con seis mulas y con él sus dos hijos, al vidrio (junto a la ventanilla) y la guardia correspondiente. Después seguían los coches de los particulares que quedaron acompañando a su excelencia.”*

Al momento de llegar, tuvo que enfrentar el primer escollo - piedra diría yo - ya que lo recibió el interminable tema de los empedrados de la ciudad, carmático asunto de todos sus antecesores y de los que quedarían por venir. Así y todo, logró empedrar toda la superficie de la Plaza, especie de barrial intransitable donde, a veces se hacían corridas de toros, y algunas calles como por ejemplo la De Las Torres (hoy Rivadavia)

La administración de Del Campo (Loreto) había permitido un cierto relajamiento en las costumbres. Los conflictos callejeros, las riñas y pequeños desmanes habían ganado las calles en abierto contraste con la pacífica convivencia de las épocas de Vértiz.

Arredondo mandó crear una especie de cuerpo militar, desarmado, que formado por civiles munidos de bastones, recorrían las calles poniendo orden e intimidando a los transgresores. Fue la primera policía.

No satisfecho con esto, dictó una orden por la que se prohibía la circulación de panfletos o libelos que atentasen contra "las buenas costumbres y la santa convicción". Quedaron así prohibidos los escritos de Rousseau, Montesquieu y los revolucionarios franceses, llegando al punto de ocultar el texto de la flamante Constitución de los Estados Unidos de América sancionada dos años antes en Filadelfia.

Otro acto conflictivo, de índole municipal, y que ocupó parte de sus desvelos fue que en épocas de Vértiz se había levantado - en la manzana que existía en el cruce de las avenidas Belgrano y 9 de Julio - una plaza de toros.

Los toros eran, entonces, una distracción dominical que reunía a todas las clases sociales generando un pingüe negocio para promotores y ganaderos. (tal como sigue siendo hoy en España).

Vecinos de la zona, entre los que se encontraba la familia Las Heras, se quejaban constantemente del mal olor, el gentío y las tropelías derivadas de éste, lo que no les permitía gozar de la paz de sus hogares en los días de corrida. Decidió cerrarla y levantar otra, más grande, con capacidad para casi 10.000 personas, en el predio de Retiro, donde hoy está la Torre de los Ingleses.

Pero sus quehaceres más importantes transcurrían por otros temas.

Debía mejorar el flujo comercial de cueros y sal que se despachaba a la metrópoli, temas que encaró sin demora y que pudo resolver de una manera original.

Para resolver el tema de los cueros, combinado con otro importante ítem que era el de la trata de esclavos, permitió que los embarques de negros pudiesen ser pagados con cueros salados ...

La cosa funcionaba más o menos así:

*"Un negro recién llegado se vende a unos 250 pesos. Un barco trae unos 300 negros que resultan en algo de 75.000 pesos (recuérdese que un peón ganaba 7 pesos por mes - N del A-) . Se compran 25.000 pesos en cueros -*

*que llenan casi el mismo espacio de bodega que los negros - y el resto va en metálico. En España, con los 50.000 de diferencia se compran mercaderías, vendiendo los cueros en otros 50.000 pesos. Las chucherías se cambian en África por más negros que se devuelven al Plata y todo comienza otra vez”* (de una crónica de la época)

La belleza del negocio residía en que los barcos encargados de la trata podían ser fletados desde cualquier puerto, despreciando lo que se entendía por contrabando y que el cobro de impuestos se hacía sobre los cueros, lo que era bastante más fácil de controlar que el mero metálico.

Para que no se escapara nada en toda esta transa tan particular, y en todos las demás asuntos comerciales del virreinato, se creó el Consulado. Era ésta una oficina que entendía en lo comercial y que trataba sobre cada uno de los conflictos de comercio que crecían proporcionalmente a la bonanza de las transacciones, como por ejemplo:

*“Construir buenos caminos y establecer rancherías en los despoblados... limpiar y mantener limpio el puerto de Montevideo, y construir en sitio proporcionado un muelle o desembarcadero en Buenos Aires, donde puedan hacerse las cargas y descargas sin riesgo de averías ni fraudes”.*

El primer secretario de la flamante institución fue un joven abogado criollo recién llegado de la universidad española de Salamanca que se llamaba Manuel Belgrano, hombre astuto e ilustrado que, como bien sabemos, tuvo mucho que ver con lo que pasó después.

Tanto fue el ahínco y eficiencia de los funcionarios como Belgrano o Leiva que el organismo terminó siendo una especie de secretaría técnica del virreinato en la que Arredondo se apoyaba confiadamente. El Consulado se transformó en un foco trascendental en la lucha por la autonomía de la colonia, demostrando la trayectoria de Belgrano y sirviendo de base para explicar un período y los problemas más importantes del virreinato. Las cartas, los informes y toda la documentación que prueban esto se encuentra en el Archivo de Indias - en España - y solo son posibles de ser consultados bajo expresa autorización oficial.

Otro de los importantes temas que signaron su gestión era el que más preocupaba a la corona y que tenía expresas órdenes del gobierno central: Los límites con las colonias portuguesas.

Es importante destacar aquí que Arredondo informó detalladamente a su sucesor sobre este tema en un documento en el que anota con mucho cuidado todo lo que hizo en este sentido.

Lo curioso de esto no es el documento en sí sino que haya trascendido hasta nuestros días puesto que, si bien era de norma que cada virrey informase a su sucesor de todo lo actuado, el celo burocrático y la manía de los españoles por esconder todo tipo de información importante (lo que ha permitido tantas versiones contradictorias en el análisis de nuestra historia) hacen del documento una pieza casi única. (los demás existen, pero en el Archivo de Indias ...)

Se sabe que fue redactado por Julián de Leiva quien debe haber resumido un inmenso cúmulo de escritos que se iban generando a medida que transcurría el gobierno.

No sería de extrañar que la habilidad de Leiva y la curiosidad e inquietud de Belgrano hayan permitido el escamoteo de alguna copia para su postrer uso ...

Quizás podríamos imaginar una escena como esta:

*- Vamos Leiva ... - dijo Manuel, estirándose en su silla con un contoneo descontracturante - Deja ya esos papeles y vamos a disfrutar del buen aire de la alameda ... es tarde y ...*

*- Ve tu. Quiero terminar con esto de "La pertenencia de Itapucú a la Corona de España" ...*

*- Uy! A ver? - y se levantó para espiar por sobre el hombro de su compañero.*

*- Quitá ya, Manuel ... Que esto es secreto ...*

*- Que va a ser secreto, si hemos copiado ya más de veinte pliegos ...*

*- Guardemos las formas, al menos*

*- Formas, mi peluca ... Terminemos juntos y nos vamos por ahí ...*

*- Si insistes*

*Y ambos jóvenes se pusieron a trabajar motivados por la osadía de birlarle algunos secretos a la pertinaz Corona.*

El caso es que en su informe, Arredondo consigna todo aquello que hizo e intentó hacer a fin de enderezar los desatinos de su antecesor respecto de los temas de límites con las colonias portuguesas.

Puede leerse allí el párrafo siguiente:

*Este es, Excelentísimo Señor, el estado actual de la demarcación de límites, retardada por las morosidades de los portugueses, que frecuentemente, y por sus intereses han retirado sus partidas demarcadoras. La narración, aunque abreviada de los puntos que abraza su inmensa proyección, presenta a la vista de Vuestra Excelencia un dilatado campo, cercado de innumerables dificultades, en que ejecutará su celo con más provecho la ilustración de Vuestra Excelencia si procede advertido de que, del fondo mismo del tratado preliminar de la demarcación, resulta la mayor dificultad de su cumplimiento: pues ningún punto, de cuantos se han controvertido y restan a controvertirse, puede tener resolución, sin que se acuerde antes por las dos Cortes, y vuelva la decisión al jefe de estas provincias -mal inevitable, pero de tanta consecuencia, que o hará eterna la empresa de la demarcación, u obligará a nuestra Corte a desistir del proyecto, acomodándose a algún partido qué acabe de poner en mano de los portugueses las riquezas que el Todo Poderoso depositó en las de nuestra nación. Ya en el día podemos asegurar que vamos casi a medias en el goce de este precioso mayorazgo, que reservó el Criador para los españoles; y si no mudamos de sistemas, vendrá a ser más de ellos que nuestro, el fruto de estas provincias, sin haber tenido parte en los gastos y peligros de la conquista. Aun teniéndolos sitiados por todas partes, a costas de levantar fortalezas y compañías de gente armada, se abren un nuevo camino cada día, por donde se avanzan más hacia el Perú y Montevideo. Estas provincias son el blanco a que hacen su tiro desde principio del siglo XVI, sin que los haya cansado la fatiga, ni saciado el fruto que les ha rendido esta. Ya se hallan bien adentro de ambos territorios, y cada día se van arrimando más. Ya ha oído Vuestra Excelencia en esta relación, que nos tienen usurpado los mejores minerales hacia Moxos y Chiquitos, y de antemano consta a Vuestra Excelencia las populosas estancias de ganado que tienen fundadas en la otra banda de este río. Si en el día salen por Montevideo todos los años de 800 a 900 mil cueros, no son mucho menos los que salen por el Brasil en cada uno. En el pasado de 1790 ascendió a medio millón de cueros el derecho del quinto que pagaron a Su Majestad Fidelísima los que se embarcaron en aquellos puertos: con lo que, abastecida la Europa con superabundancia, es consecuencia necesaria el envilecimiento del efecto, hasta perder el comerciante parte de su capital,*

*de donde se origina el caer al contrabando, que es el desquite de los perdidos.*

Y al final:

*Quizá la diestra política de Vuestra Excelencia sabrá remover ligeramente estos embarazos, y abrirse paso con el sombrero, por donde yo no sabría entrar sino con la espada. Este es el consuelo que me queda en lo mucho que habré errado en este expediente. Si sucediere así, como lo espero, se podrá gloriarse Vuestra Excelencia de haber triunfado del mayor enemigo que ha tenido la nación en esta América, de 200 años a esta fecha, y ella deberá tributar a Vuestra Excelencia los honores que se deben a un valeroso caudillo, que logra libertar a su pueblo de la opresión de un competidor que ya aseguraba la victoria. Yo le anuncio, desde ahora esta felicidad, bajo el gobierno de Vuestra Excelencia, y me doy la enhorabuena de haber vaticinado esta fortuna a todos los habitantes de estas provincias, guiado de las señales que dibujó la naturaleza en la persona de Vuestra Excelencia, y de las que ha dado de su política en el mando del Paraguay, con el aumento que le ha proporcionado su inmediatez a la real persona, en los años que ha servido de primer caballero a la Reina, Nuestra Señora.*

A Arredondo también le preocupaba mucho el asunto de la moral y las buenas costumbres (quizás instigado por su altanera esposa), tema que no solo se ligaba a la circulación de ideas "subversivas" sino que también se entroncaba con las influencias de la moral católica en la vida cotidiana y en las conductas sexuales de los porteños.

Coexistían en la colonia dos morales realmente dispares - quizás valdría decir, una doble moral...- Una, representada en la liviandad con la que se relacionaban las personas de ambos sexos y de cualquier extracción social, en la que el concubinato y las relaciones extra matrimoniales eran moneda común. Y otra, férrea, árida y desapasionada, modelada por los rígidos preceptos religiosos de una sociedad "temerosa de Dios".

En realidad tan temerosa no era puesto que en muy comunes ocasiones se llegaba al matrimonio luego de largos períodos de concubinato y, muchas veces, con la carga de hijos naturales o de parejas anteriores.

El amor se manifestaba a hurtadillas, en forma desatinada, furtivo, colorido de anécdotas en las que los lances o las venganzas estaban a la orden del día.

Aquellas parejas que lograban el consentimiento familiar podían tener "contacto carnal" y a nadie escandalizaban. El escándalo sobrevenía si la pareja se rompía antes del casamiento y, en ese caso, la mujer debía afrontar una deshonra irreductible, casi delictiva.

La promiscuidad era cosa común en las clases más bajas y no era raro que una familia - matrimonio e hijos - durmiesen todos en un mismo cuarto. Si se observaba con atención, podía verse en el campo a indios (o no tan indios), "corriendo desnudos sin hacer alto en el pudor ni en la decencia". Esto sorprendía a los visitantes extranjeros, especialmente los de raíz sajona, que veían aquí el estigma del demonio, aunque muchos (especialmente después de 1806) decidieron quedarse y vivir en estas tierras, seguramente tentados por ese "demonio" tan agradable de sobrellevar.

Si de estas correrías se presentaba un embarazo no deseado, la niña era obligada a casarse (con cualquiera), siempre que los plazos garantizaran un parto más o menos en término, entonces no pasaba nada. Si, en cambio, el tiempo entre casamiento y parto podía aparecer como demasiado corto, a la joven se la encerraba y se daba el vástago en adopción o se entregaba como "criado" para los quehaceres domésticos (*como en el caso de la esposa de Antonio Arregui*).

El matrimonio era un acuerdo de partes en el que el amor tenía muy poco que ver y se determinaba por la autoridad de los padres de los novios, ante la mirada de la iglesia que parecía vigilar atentamente toda conducta social y que era la única institución apta a certificarlo. Esto era un caldo de cultivo para el adulterio que, por supuesto, no se veía igual en hombres que en mujeres, llegándose hasta el punto que nadie se sorprendía si un marido engañado "tomaba la vida" de su mujer. Probado que era el adulterio, no existía delito y la figura de asesinato quedaba anulada. Ellos, en cambio, podían andar por ahí en correrías diversas y nadie decía nada.

El mejor destino que un padre podía darle a sus hijas, especialmente en las clases acomodadas, era un buen matrimonio, en general antes de los 20 años. Pero si en la familia había varias mujeres y no alcanzaban los bienes

para reunir dotes para todas, había algún “defecto de natales” (eufemismo que cubría tanto a hijas naturales como a productos de la mezcla de razas), o el padre era un ausente fallecido, la susodicha se quedaba “para vestir santos”, o sea, debía entrar a un convento.

Ingresar al convento de Santa Catalina (hoy aún en pié, pero restringido a un solo claustro, en la esquina de San Martín y Viamonte, declarado monumento nacional en 2001) era un “*destino seguro donde encauzar a sus mugeres ya fuese por excedente femenino, por incapacidad de procurarse un buen matrimonio, o por la necesidad de subsanar defectos*”.

Fue fundado en 1745 por monjas dominicas y había funcionado desde entonces como una alternativa a los prejuicios sociales de la comunidad.

Las novicias podían ingresar según su condición social a una de las tres categorías de reclusas: De velo negro (las más importantes), de velo blanco (menor rango) y las “donadas” (casi todas hijas naturales sin rango ni privilegios). Luego estaban las sirvientas y al final las esclavas (negras o indias). De todos modos, “profesar” no era una tortura. Las niñas se apartaban de la tutela paternal para quedar insertas en una protectora sociedad de mujeres, ganaban en honorabilidad y recibían una instrucción elevada con la que podían desarrollar inquietudes intelectuales y culturales que, en todo caso, se les negaban afuera.

El monasterio requería de ciertas condiciones para el ingreso de las novicias que no eran demasiado diferentes a lo que las costumbres sociales imponían, pero eran más laxas en lo tocante a las dotes. Con el dinero estipulado se financiaba una especie de “ahorro y préstamo” por medio del cual la cifra ingresada se podía retirar luego en forma de préstamo (con intereses, por supuesto) de igual monto o superior, dada la importante red de créditos que generaba el propio convento a raíz de esas dotes.

*El defecto a subsanar de Carola Arregui, la hija de Antonio, derivaba de su madre mestiza y de su enfermedad crónica. Esto la llevó a desear ingresar en el convento, convencida por el medio y las circunstancias que no podría conseguir un marido adecuado o acorde con la situación socio-económica de su padre.*

*El mal de Carola, además, le había imbuido de la inquietud de poder llegar a ser médico, tanto para entender lo que le pasaba como para poder*

*ayudar así a otras que portaran el cruel bacilo. Este era su más firme argumento; pero lo que terminó convenciendo a Antonio fue eso de los préstamos en contante y sonante que tanto necesitaba, dado el pozo financiero en el que se encontraba su negocio.*

*Y allá fue la niña para convertirse en monja, una tarde de la primavera de 1792.*

*Esa tare, en las fiestas de San Juan, algún tarado irresponsable detonó una bengala que aterrizó en el techo de paja del Teatro de la Ranchería, resultando en el incendio que lo destruyó totalmente.*

Arredondo fue llamado de regreso a España a fines de 1794, y no debe haber salido muy bien parado del Juicio de Residencia pues terminó sus días en un cargo de menor importancia, administrando asuntos municipales en algún rincón del territorio español. Murió en 1802, a los 62 años.

**7**

**1795**

**Pedro de Melo**

El olvidado

**D**on Pedro Melo de Portugal y Villena nació en Badajoz en 1733. Era un muy noble descendiente del linaje portugués, marino y militar cuyas aventuras americanas lo lleva a la gobernación de Paraguay en el momento en que Arredondo es llamado de vuelta a casa. Como galardones para el puesto, solo sabe acreditar el haber sido Primer Caballerizo de la Reina María Luisa, lo que por la cercanía que esto implicaba al inefable Godoy, era blasón suficiente como para nombrarlo Virrey del Río de la Plata ...

Llega a tomar cargo el 17 de Marzo de 1795, día en que, se decía, podría haber algún motín de los que comenzaban a resentir del poder de la metrópoli.

*"Corrió en la ciudad el rumor de que los afrancesados residentes tramaban una sublevación, contando con el apoyo de los esclavos, cuyo primer paso sería hacer volar la Catedral por medio de una mina, cuando se estuviesen celebrando los augustos misterios de la Semana Santa. ... . El Cabildo procedió contra los sospechosos, y el Alcalde de primer Voto, Don Martín de Álzaga, instauró un proceso contra cinco franceses que se tomaron, y a los cuales se dijo entonces, y se ha repetido después, que se les dio tormento para arrancarles la confesión del delito ..."*

Dos años gobernó el infortunado virrey antes que una muerte sorpresiva lo convirtiese en el primero que murió en estas tierras.

Como todos sus antecesores, Don Pedro tuvo que lidiar con el eterno problema de los empedrados, tema que no terminaba de solucionarse desde el decreto de Vértiz 15 años atrás.

El portugués le aportó una solución de compromiso: Hizo empedrar los "pasos de esquina", idea que alivió, por un tiempo, las tensiones que provocaba la obra.

Se ocupó, además, de continuar algunas de las obras en marcha.

Consolidó el Consulado (que él mismo había ayudado a crear desde su gobernación paraguaya); concretó la obligatoriedad de marcar con "seña distintiva" al ganado que se destinaba al comercio creando un registro para esto y redecoró y remozó la residencia virreinal dado que las reuniones y agasajos eran cada vez más frecuentes y numerosas.

Marcó la historia al comisionar a un inteligente marino: Don Félix de Azara para que concluyese el tema de los límites, esta vez hacia el sur.

Azara arma una partida y, con muchísima prolijidad y muy buen desempeño, lleva a cabo su tarea dejándola documentada en un extenso y completísimo "Diario de un Reconocimiento ..." al que considero una pieza histórica fundamental, llena de detalles e ideas que son muy difíciles de leer en la historia oficial (Recomiendo enfáticamente su lectura - ver la bibliografía).

No hubo de dejar muchas más obras. En el otoño de 1797, decidió revisar las defensas de la Banda Oriental recorriendo toda la costa uruguaya desde Colonia hasta la mismísima desembocadura del Maldonado. De regreso, a la altura de Pando, tuvo un accidente de cabalgadura que, un tiempo más tarde le provocó la muerte.

Padeció una larga agonía hasta que el 15 de abril de 1797, falleció atendido por las monjas Capuchinas y fue enterrado en la cripta de la Iglesia de San Juan Bautista (Alsina y Piedras).

El epitafio reza:

*"Aquí yace por afecto a las vírgenes esposas de Jesucristo el Exmo. Sr. D. Pedro Melo de Portugal y Villena que vivió 63 años, 11 meses y 16 días"*

A propósito de su entierro, Manuel Mujica Láinez escribe un delicioso cuento que transcribo aquí:

### ***El ilustre amor***

*Cuento*

*Manuel Mujica Láinez (fragmento)*

*En el aire fino, mañanero, de abril, avanza oscilando por la Plaza Mayor la pompa fúnebre del quinto Virrey del Río de la Plata. Magdalena la espía hace rato por el entreabierto postigo, aferrándose a la reja de su ventana. Traen al muerto desde la que fue su residencia del Fuerte, para exponerle durante los oficios de la Catedral y del convento de las monjas capuchinas. Dicen que viene muy bien embalsamado, con el hábito de Santiago por*

*mortaja, al cinto el espadín. También dicen que se le ha puesto la cara negra.*

*A Magdalena le late el corazón locamente. De vez en vez se lleva el pañuelo a los labios. Otras, no pudiendo dominarse, abandona su acecho y camina sin razón por el aposento enorme, oscuro. El vestido enlutado y la mantilla de duelo disimulan su figura otoñal de mujer que nunca ha sido hermosa. Pero pronto regresa a la ventana y empuja suavemente el tablero. Poco falta ya. Dentro de unos minutos el séquito pasará frente a su casa.*

*Magdalena se retuerce las manos. ¿Se animará, se animará a salir?*

*Ya se oyen los latines con claridad. Encabeza la marcha el deán, entre los curas catedralicios y los diáconos cuyo andar se acompasa con el lujo de las dalmáticas. Sigue el Cabildo eclesiástico, en alto las cruces y los pendones de las cofradías. Algunos esclavos se han puesto de hinojos junto a la ventana de Magdalena. Por encima de sus cráneos motudos, desfilan las mazas del Cabildo. Tendrá que ser ahora. Magdalena ahoga un grito, abre la puerta y sale.*

*Afuera, la Plaza inmensa, trémula bajo el tibio sol, está inundada de gente. Nadie quiso perder las ceremonias. El ataúd se balancea como una barca sobre el séquito despacioso. Pasan ahora los miembros del Consulado y los de la Real Audiencia, con el regente de golilla. Pasan el Marqués de Casa Hermosa y el secretario de Su Excelencia y el comandante de Forasteros. Los oficiales se turnan para tomar, como si fueran reliquias, las telas de bayeta que penden de la caja. Los soldados arrastran cuatro cañones viejos. El Virrey va hacia su morada última en la Iglesia de San Juan.*

*Magdalena se suma al cortejo llorando desesperadamente. (...) A las cuatro hermanas ese llanto y ese duelo las perturban. ¿Qué puede importarle a la mayor, a la enclaustrada, la muerte de don Pedro? ¿Qué pudo acercarla a señorón tan distante, al señor cuyas órdenes recibían sus maridos temblando, como si emanaran del propio Rey? El Marqués de Casa Hermosa suspira y menea la cabeza. Se alisa la blanca peluca y tercia la capa porque la brisa se empieza a enfriar.*

*Magdalena se desliza quedamente entre los odores y los cónsules. Se aproxima al asiento de dosel donde el decano de la Audiencia finge*

*meditaciones profundas. Nadie se atreve a protestar por el atentado contra las jerarquías. ¡Es tan terrible el dolor de esta mujer!*

*Sólo unos metros escasos la separan del túmulo. Allá arriba, cruzadas las manos sobre el pecho, descansa don Pedro, con sus trofeos, con sus insignias.*

*-¿Qué le acontece a Magdalena?*

*Las cuatro hermanas arden como cuatro hachones.*

*Chisporrotean, celosas.*

*(...)*

*Don Pedro Melo de Portugal y Villena, de la casa de los duques de Braganza, caballero de la Orden de Santiago, gentilhombre de cámara en ejercicio, primer caballero de la Reina, virrey, gobernador y capitán general de las Provincias del Río de la Plata, presidente de la Real Audiencia Pretorial de Buenos Aires, duerme su sueño infinito, bajo el escudo que cubre el manto ducal, el blasón con las torres y las quinas de la familia real portuguesa. Indiferente, su negra cara brilla como el ébano, en el oscilar de las antorchas.*

*Magdalena, de rodillas, convulsa, responde a los Dominus vobis cum.*

*Las vecinas se codean:*

*¡Qué escándalo! Ya ni pudor queda en esta tierra... ¡Y qué calladito lo tuvo!*

*Pero, simultáneamente, infíltrase en el ánimo de todos esos hombres y de todas esas mujeres, como algo más recio, más sutil que su irritado desdén, un indefinible respeto hacia quien tan cerca estuvo del amo.*

*La procesión ondula hacia el convento de las capuchinas de Santa Clara, del cual fue protector Su Excelencia. Magdalena no logra casi tenerse en pie. La sostiene el sobrino de don Pedro, y el Marqués de Casa Hermosa, malhumorado, le murmura desflecadas frases de consuelo. Las cuatro hermanas jóvenes no osan mirarse.*

*¡Mosca muerta! ¡Mosca muerta! ¡Cómo se habrá reído de ellas, para sus adentros, cuando le hicieron sentir, con mil alusiones agrias, su superioridad de mujeres casadas, fecundas, ante la hembra seca, reseca,*

*vieja a los cuarenta años, sin vida, sin nada, que jamás salía del caserón paterno de la Plaza Mayor! ¿Iría el Virrey allí? ¿Iría ella al Fuerte? ¿Dónde se encontrarían? -¿Qué hacemos? -susurra la segunda.*

*(...)*

*Han descendido el cadáver a su sepulcro, abierto junto a la reja del coro de las monjas. Se fue don Pedro, como un muñeco suntuoso.*

*Despídese el concurso. El regente de la Audiencia, al pasar ante Magdalena, a quien no conoce, le hace una reverencia grave, sin saber por qué. Las cuatro hermanas la rodean, sofocadas, quebrado el orgullo. También los maridos, que se doblan en la rigidez de las casacas y ojean furtivamente alrededor.*

*Regresan a la gran casa vacía. Nadie dice palabra. Entre la belleza insulsa de las otras, destácase la madurez de Magdalena con quemante fulgor. Les parece que no la han observado bien hasta hoy, que sólo hoy la conocen. Y en el fondo, en el secretísimo fondo de su alma, hermanas y cuñados la temen y la admiran. Es como si un pincel de artista hubiera barnizado esa tela deslucida, agrietada, remozándola para siempre.*

*Claro que de estas cosas no se hablará. No hay que hablar de estas cosas. Magdalena atraviesa el zaguán de su casa, erguida, triunfante. Ya no la dejará. Hasta el fin de sus días vivirá encerrada, como un ídolo fascinador, como un objeto raro, precioso, casi legendario, en las salas sombrías, esas salas que abandonó por última vez para seguir el cortejo mortuorio de un Virrey a quien no había visto nunca.*

---

La Real Audiencia tomó el cargo en forma interina, siendo la primera vez en la historia de una colonia que el poder se ejercía en forma colegiada.

La calle que recuerda al infortunado Virrey es una cortada de solo una cuadra que desemboca en la Av. Juan B. Justo entre Seguro y Carrasco.

**A**provechemos los días de duelo por el deceso de Melo, mientras la Audiencia trabaja girando órdenes y apurando papeles, para pispear un poco lo que sucedía en el mundo en ese momento.

Muerto Carlos III, le sucede su hijo, Carlos IV. Un tonto de marca mayor.

Cuenta una anécdota que, reunido el príncipe con su padre, y recién desposado con María Luisa de Parma, hablaban sobre la fidelidad en el amor. El joven sentenció que no temía a la infidelidad pues siendo Príncipe Heredero de la Corona de España, Enaltecido por la Gracia de Dios, ninguna mujer se atrevería a engañarle puesto que no existía en la tierra hombre más elevado que él. A lo que su padre - maduro ya - comentó: "Eres un estúpido, hijo mío..."

El caso es que Doña María Luisa, a pesar de la "altura" de su esposo, se enredó (y por muchos años) con un oscuro capitán de Guardias que, por efecto de sus influencias de cámara llegó a ser Jefe de Gobierno y el indiscutido mandamás de la época: Manuel Godoy.

Godoy gobernó con mano firme, rodeándose de caballeros cuasi-plebeyos que le asesoraban y medraban a su sombra, sin por esto evitar que se cometiesen muchos desatinos y malos entendidos que abonarían el campo a los movimientos independentistas de América.

Uno de los mayores problemas de la Corona era la dificultad de recaudar impuestos y balancear las cuentas reales. Había de todo tipo: alcabalas, cientos, servicio ordinario, sisas, quintos, etc. , etc. Muchos de ellos eran incobrables o se evadían con pingüe facilidad. Varios afectaban el comercio con las colonias y su fallida recaudación permitía que muchos "ultramarinos", "cholos" o traficantes vieran crecer sus fortunas personales a desmedro de las cada vez más exiguas arcas reales.

A alguien se le ocurrió resumir todo ese desbarajuste en una sola gabela general que gravase, en un porcentaje fijo (5%) las ganancias de todo comercio. No pudo ser.

En cambio, Carlos IV promovió la idea (que sí fue aceptada) de prohibir el sombrero de ala ancha y los capotes de alto cuello y hasta el piso que permitía a los hombres embozarse y conspirar en las esquinas. Se obligó a reducir los cuellos, cortar los capotes y doblar las alas de los sombreros en tres vueltas, poniendo de moda en España la costumbre sajona del clásico "sombrero de tres picos"

El matrimonio real, milagrosamente, dio a luz un hijo que, desde que tuvo uso de razón no hizo otra cosa más que conspirar contra su padre para sucederlo. Era el ambicioso de Fernando VII bien conocido por nosotros por la mala prensa que padeció en las jornadas de 1810. Tan cruel e insolente era que finalmente logró su cometido, destronó a su padre y encarceló a Godoy, influido por las componendas que su incontrolable ambición le inspiraban a armar con los franceses

En Francia, mientras tanto, las cosas no estaban mejor. La Asamblea había sancionado los Derechos Humanos asestándole un golpe mortal al absolutismo en boga y hombres como Danton, Marat o Montesquieu se debatían en feroces conflictos políticos y militares, intentando encauzar una Revolución que se les iba de las manos. Reinaba el Terror y se sucedían marchas y contramarchas que dificultaban las relaciones con amigos (España, Estados Unidos) y enemigos (Inglaterra, Portugal)

Desde el fondo de esos conflictos comenzaba a surgir la figura de un oscuro teniente de artillería, corso para más datos, que habría de generar un vuelco definitivo a la historia del Viejo Continente: Napoleón Bonaparte.

Aquí, en el Plata, también se cocían habas, y nadie estaba ajeno a la ebullición que vivía la metrópoli.

Circulaban libelos, notas y resúmenes de libros que no causaban ninguna gracia a las autoridades.

Jóvenes irrespetuosos pero ilustrados como Mariano Moreno o Manuel Belgrano, andaban por ahí diciendo cosas que, de no mediar una ciertamente laxa disciplina política, hubiese dado con ellos en la cárcel o el destierro como se hacía en Madrid con semejantes sediciosos. (A Álzaga,

por ejemplo, le hubiera encantado ponerlos a buen recaudo y cortar de cuajo las intenciones subversivas de estos muchachos que junto a Castelli, Rodríguez Peña, Vieytes y otros no paraban de criticar descaradamente las medidas de la casa matriz)

Nada de eso ocurrió y la mayoría de la proclamas no pasaban de chistes, bromas o frases ingeniosas festejadas por casi todo el mundo en las frecuentes tertulias de la villa, aún en las reuniones en la Casa del Virrey, con todo el desparpajo y la liviandad que, por esos días, dejaba abierto el hecho de que nadie estaba realmente gobernando.

*Antonio Arregui estaba desolado. No solo su negocio no levantaba cabeza sino que, con una hija metida a monja y un hijo que llenaba su cabeza con las ideas de sus exaltados compañeritos del colegio, veía a su casa convertida en foro de eternas discusiones políticas y sociales que no le divertían nada.*

*- No acepto esas ideas - vociferaba en la cena, agregando: - Quien sabe, manda... y quien es de sangre, sabe ...*

*- Padre ... - se animaba a discutir Ángel - ... que garantía existe que un noble y valiente guerrero del medioevo transmita su hombría de bien por 10 o 15 generaciones a un desgraciado personaje cuya única virtud es llamarse igual que él ... Eh? ...*

*Ante lo que Antonio callaba, enrojeciendo de ira y deseando haber contado con un padre que le hubiese provisto de tanta cultura como él le daba a su hijo.*

*Aún así, forzaba las cosas para que Ángel le ayudase en su empresa. Tampoco tenía demasiado éxito.*

*No era Antonio un hombre social ni podía, por su condición de inquilino y artesano, compartir la vida con los hombres importantes del virreinato.*

*Su confianza en Vértiz había sido más una generosa dádiva del campechano criollo que un ganado derecho habido por su riqueza o condición. Esto le importaba más por la necesidad de contar con apoyo para su negocio que porque le interesase en política o en pertenecer a algún círculo social en particular.*

*De todos modos, por esos días, había logrado convertir el antiguo alquiler de su casa en una compra bastante provechosa, ayudado por los ya ancianos Yabar Ezpeleta, pasando de inquilino a propietario lo que, automáticamente lo convertía en "parte sana" de la sociedad y le permitía concurrir al Teatro en funciones de gala, a las tertulias y a las reuniones abiertas del Cabildo.*

*Estas prebendas le interesaban poco o nada. Solo quería gozar en paz de una fortuna estable y ver crecer felices a sus hijos. Aparentemente, esto se le negaba también.*

*- No desea ayudarte - le decía Mariana, comprensiva - El quisiera estudiar, como sus otros compañeros ... ser abogado ...*

*- Pues me ayudará - gritaba tozudo el vasco - O si no ... será militar ... - decretó.*

*Mariana dio un respingo. Su sangre india le advertía de los peligros de esa orden. Un joven inteligente, educado y vital, metido a militar era garantía segura de terminar encarcelado o muerto por enemigos ... o por amigos ...*

*Dejó las tareas en manos del servicio y se encerró en su cuarto a llorar.*

**9**

**1797**

**Antonio Olaguer y Feliú**

Un legado que aún conserva el poder

**G**odoy sabía de la escasez de hombres capaces que pudiesen gobernar los territorios de ultramar, por eso no dudó en nombrar al Gobernador de

Montevideo en un rápido recambio ante el triste accidente de Don Pedro de Melo.

Montevideo era entonces una plaza menor más parecida a un enclave medieval - con su fuerte en lo alto del Cerro y sus pocas casas distribuidas en la colina - que una ciudad de la categoría de Buenos Aires. La había fundado Mauricio de Zabala en 1727 como Puerto de San Felipe y Santiago, aunque en las cartas náuticas de la época figuraba solamente como MONTE VI De E a O y era solo un punto en el mapa..

Olaguer y Feliú había nacido en España en 1740 y logró desarrollar una carrera militar y política que lo ponían al tope de la lista de candidatos a Virrey, sumando la experiencia de haber sido gobernador de Montevideo y haber sido oficial de Cevallos en la toma de Colonia en 1776, fechas desde la cual Olaguer estaba instalado aquí.

Rechonchote y muy simpático, conquistó enseguida a la sociedad porteña siendo el primer virrey que contrajo nupcias en estas tierras.

Se casó con la segunda de las hijas de Miguel de Acuña (Ana) a la que convirtió en la primera virreina del Plata. De este casamiento surge el hecho más curioso de esa época y que nos ata a él hasta el día de hoy.

En los días de la re-fundación, Garay distribuyó tierras aledañas a la villa en un "repartimiento" de "suertes" o "chácaras" que beneficiaron a varios de sus oficiales. Una de esas chácaras pasa por diferentes manos hasta ser adquirida por Basavilbaso (el del Correo), quien la ofrece como regalo de casamiento a su hija que desposaba a Miguel de Azcuénaga. El matrimonio se instala allí y comienza a explotar el comercio de la miel de abejas. Tuvieron varios hijos y la hija menor se casa , como dijimos, con Antonio Olaguer y Feliú. La pareja establece su residencia habitual en la quinta propiedad de los padres de Ana que Olaguer arregla y decora.

Se trata, nada menos, que de la actual Quinta Presidencial de Olivos, donada al Estado por su tataranieta, Carlos Villate Olaguer, en 1918. La casa, a pesar de las reformas y re-construcción que hiciera Prilidiano Pueyrredón en 1850, tiene muchas de las características de la original que habitó el Virrey.

Los otros virreyes vivieron en una casa llamada: La Casa Virreinal, hoy desaparecida. Algunos la ubican en la zona de Belgrano y Piedras, otros ni

la mencionan, pero mi memoria y algunos datos me indican que estuvo ubicada entre los edificios que conforman la Manzana de Las Luces.

Lo sé porque estudié en ella entre 1963 y 1968.

Funcionó allí la facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA hasta su traslado al actual edificio de la Ciudad Universitaria de Núñez, y fue demolida - vaya uno a saber por que oscuro designio - durante el gobierno de J.C. Onganía (1966 - 1968) dejando lugar a la actual playa de estacionamiento.

Era un edificio ventilado y cómodo que se adosaba a los que aún quedan en pie en la Manzana y consistía en una gran casa de tres plantas que circundaban un extenso patio central cuya entrada estaba sobre la calle Perú a la altura del 240 más o menos. Tenía dos magníficas escaleras de mármol, una en cada ángulo exterior y al piso superior le rodeaba una baranda de hierro forjado con remate de bronce, sólido y muy artístico. En el centro del patio hubo (yo no lo vi) un cantero con dos palmeras y un aljibe. La pared posterior del patio daba a los fondos de la Iglesia de San Ignacio, dejando entrever el frondoso jardín de la parroquia mezclándose visualmente con otras construcciones de la mentada manzana.

El Aula Magna fue la sala de audiencias y salón de recepciones. Yo la conocí arruinada, con agujeros en las paredes y plagada de sillas y entarimados para las multitudinarias clases teóricas de mi época. Aún así, la recuerdo majestuosa, con tres altos portales dobles que daban al patio y otras tantas ventanas con vista a la calle Perú, por donde me escapé la famosa "Noche de los Bastones Largos" (1966).

He querido contar esto porque el desatino de demolerla forma parte de la manía de esconder y destruir símbolos y monumentos que podrían aclarar mucho sobre nuestra historia y costumbres, máxime cuando nadie se hace cargo de semejantes actos.

Por supuesto, Olaguer y Feliú tuvo que lidiar con el tema de los empedrados.

Es bueno que ahondemos un poco en esto pues puede parecer que tan ilustres hombres no tenían otra cosa que hacer que ocuparse de tema tan banal como los baches o los pantanos de la ciudad.

No es así, y la cosa era bastante seria. Todos los porteños sabemos que en Buenos Aires llueve bastante, hay viento y las temperaturas del verano y del invierno, que son suaves, hacen que, junto a la sempiterna humedad, la tierra siempre esté mojada y proclive a convertirse en barriales asquerosos. Además, tengamos en cuenta dos cosas importantes. Una: Por acción de Vértiz, el comercio cotidiano de la ciudad era básicamente ambulante y dos: la población había crecido casi exponencialmente pasando de los 24.754 habitantes urbanos contados por Vértiz a los más de 40.000 que vivían en la "Aldea" a fines del siglo XVIII.

Todo esto hacía que las calles, especialmente las de acceso y las del centro, fuesen decididamente difíciles de transitar. El éxito de la colonia dependía precisamente del ir y venir de mercaderías desde y hacia el puerto (que tampoco era muy cómodo que digamos) y la vida cotidiana precisaba del buen tránsito por esas calles.

Ya hemos visto como se proveía de la materia prima para las obras, lo que generaba montañas de adoquines en varias esquinas y las protestas airadas de los detractores a la idea.

El caso es que la ciudad crecía más rápido que la voluntad de la administración, por lo que el tema de la pavimentación de las calles persiguió a todos los virreyes, a los alcaldes posteriores y a los intendentes, hasta bien entrado el siglo XX (Y por lo que vemos en nuestra ciudad, sigue siendo un dolor de cabeza para los gobernantes municipales del XXI).

Chanzas aparte, uno de los temas más álgidos que tuvo que enfrentar Olaguer y Feliú fue la difusión de las ideas revolucionarias que, como el agua que orada la piedra, no dejaban de gotear sobre las mentes de los criollos.

No bastaba con hacer uso de las normas de vestido impuestas desde Madrid por el inefable Carlitos IV ni alcanzaba con prohibir la circulación de tal o cual libelo o manifiesto. Había que buscar otras formas de acción que, aunque menos directas que el uso de la policía creada por Arredondo (llamados "botones" porque venían y te cortaban con la "charrasca" o facón el botón del capote si no estabas en regla), fuesen igualmente efectivas y aleccionadoras.

Así surgieron tres ideas que, a nuestros ojos, pueden parecer más un chiste que algo de corte represivo para tan grande problema.

Se le dio gran impulso al teatro que, al decir de Miguel Cipriano, fundador del Teatro de Montevideo, "... *distrae al pueblo de las ideas de libertad...*". Se fomentó el establecimiento de ciudadanos de Buenos Aires en las colonias de la Patagonia y, como medida especial y de gran auge, se dispuso la condonación de deudas para todo aquel que, de por sí o por sus hijos, quisiera ingresar a las filas de un ejército que comenzaba a organizarse de una forma más profesional que hasta entonces.

Si en toda la gestión virreinal hubo algún error ingenuo y catastrófico, ese fue esta última decisión. Fatal. Muchos jóvenes pensantes y revolucionarios pasaron a formar parte de las milicias, trasladando el germen de la libertad a lo que se suponía era el paradigma de la obediencia y el brazo armado del Imperio.

Uno de ellos fue nada menos que José Gervasio de Artigas que, de no ser convencido por Francisco Rodríguez (Farruco) de aceptar el envite, hubiera terminado siendo un matrero preso o un deudor arruinado más.

*Antonio Arregui masculló esto durante varias semanas hasta que, haciendo caso omiso de las lágrimas de su mujer, ordenó a su vástago a que entrara en las milicias considerando que si no era con sus manos, al menos le ayudaría con la condonación de deudas, que ya eran muchas y bastante cuantiosas.*

*Las festividades de fin de año encontraron al matrimonio Arregui brindando solos y tristes mientras afuera, en las calles, la algarabía popular recibía a un nuevo siglo con la esperanza de mejores días.*

La gestión de Olaguer y Feliú fue, en realidad, interina. La Audiencia (que era el organismo que gobernaba realmente) ya tenía recomendado a la Corona a su candidato para reemplazar al malogrado Melo - Avilés - Pero las comunicaciones se retrasaban (como siempre) y Olaguer hubo de tomar el cargo y ejercerlo por esos dos cortos años.

Al cabo, marcha a España para ocupar el puesto de secretario de guerra de Carlos IV en Madrid, donde moriría en 1810.

La discrepancia en las fechas en las que se va Olaguer y llega Avilés derivan precisamente de lo que decía antes. Avilés llega para dejar libre al bonachón de Olaguer y Feliú y ambos coinciden durante algunos meses.

Avilés había nacido en España en 1739 y falleció en Chile en 1810.

Venía de la Capitanía General del Reino de Chile que - no lo he dicho - no formaba parte del Virreinato del Río de la Plata ni del de Perú puesto que se manejaba en forma directa con la metrópoli (Será de allí que Chile ha sido siempre tan "diferente" ?)

Estuvo muy poco tiempo en El Plata, pero eso no quita que encarase una obra en cierto modo trascendental.

Se ocupó de promover la provisión de sal - importantísimo insumo industrial - impulsando el descubrimiento de nuevas fuentes de suministro y mejorando los métodos de extracción y transporte.

Le dio desarrollo a las poblaciones indígenas del norte (guaraníes), otorgándoles la propiedad de tierras que habían pertenecido a misiones jesuíticas abandonadas.

Esta medida, inspirada seguramente en el informe de Arredondo, tiende a consolidar las fronteras del NE aprovechando la buena disposición de los guaraníes y la infraestructura abandonada por los jesuitas.

Son 30 títulos que se otorgan dando origen a otras tantas colonias controladas (eso si) por hombres como Del Pino, Artigas, etc.

Es interesante mencionar aquí el tema de los títulos de propiedad extendidos a los indígenas, lo que, lejos de ser (o parecer) un chiste, es de gran importancia para el futuro histórico de esas comunidades (y de nuestra nacionalidad toda).

España, al momento de la conquista (siglo XVI) y en concordancia con el Vaticano, incluye en las cláusulas de los Patronatos una serie de directivas en lo referente al trato con los naturales, dando origen a las Encomiendas y reconociéndolos como "individuos dignos del mejor trato, exentos de esclavitud y merecedores de pago justo por sus esfuerzos" ... Eso sí, plausibles de ser convertidos a la Fe. Esta directiva convertía a los indios en aliados o enemigos, dependiendo de cuán dispuestos estuviesen a ser convertidos o a avenirse a las leyes del Imperio, pero siempre considerando que algún derecho tenían.

Como ejemplo de las contradicciones en las políticas coloniales, baste comentar la odisea de los Quilmes.

Así como los Amaicha, los Quilmes tenían su territorio en los actuales límites entre las provincias de Tucumán y La Rioja. Extenso predio que cuidaban celosamente de la injerencia extranjera y de los consabidos malos tratos de las administraciones coloniales. Así, pudieron resistir la conquista española por casi doscientos años. Eran conocidos y temidos por su capacidad para la guerra y para organizar a otros grupos indios contra los conquistadores. Después de numerosos intentos, fueron vencidos en el año 1666 y el castigo consistió en el "extrañamiento" de toda la comunidad hasta la provincia de Buenos Aires, hacia donde les hicieron marchar a pie.

El gobernador de Buenos Aires, don José Martínez de Salazar crea, en un terreno donado por el Alcalde Mayor Provincial don Juan del Pozo y Silva (antigua chacra de Quirós ), a tres leguas de la capital, la Reducción de la "Exaltación de la Cruz de los Kilmes", en el Pago de la Magdalena (actual pueblo de Quilmes), a más de 1500 kilómetros al sur de su lugar natal.

Muchos murieron en el camino, y muchos otros perecieron en el lugar donde los ubicaron, pero muchos otros lograron escapar del castigo. La historia oficial ha venido ignorando el hecho de que descendientes de esos quilmes han permanecido en el mismo lugar que sus antepasados defendieron.

En 1716 la Corona Española reconoció por Cédula Real (supuestamente respondiendo a favores directos que los indígenas le brindaron a la corona a principios del siglo XVIII), a las Comunidades de Quilmes y Amaicha el derecho de posesión de las tierras en documentos que no están probados y que generan actualmente variados conflictos en tierras que, se dice, ocupan algo más de 70.000 hectáreas. A mediados del siglo pasado los representantes indígenas las perdieron en juicios que no pudieron enfrentar. Esos juicios fueron ganados por latifundistas y este hecho significó que los quilmes debieron pagar, desde entonces, arriendo por la tierra que ocupan. La Comunidad de Amaicha, ubicada en una zona vecina, conservó su tradicional forma de organización comunitaria basada en el cacicazgo y por este motivo pudo hacer frente a los juicios y ganarlos.

Debe haber pensado, Avilés, que las largas costas, los miles de kilómetros de litoral marítimo y tanta distancia por mar hasta los mercados principales, ameritaban que la población conociese de las artes y los secretos de la navegación; entonces aprobó la creación de la Escuela de Náutica (respondiendo a una idea del secretario del Consulado, el movedizo Manuel Belgrano) como para entusiasmar a la juventud local a hacerse a la mar, cuidar del patrimonio y reglar en todo lo concerniente a las comunicaciones marítimas y fluviales.

Quizás influenciado por las mismas insistentes voces, permitió la publicación del primer periódico local: El Telégrafo Mercantil, con la idea de poner en público conocimiento las disposiciones y los vaivenes de los mercados de exportación, las leyes y las opiniones ...

El abogado español Francisco Antonio Cabello y Mesa publicó el primer número el 1º de abril de 1801 de lo que se considera el primer periódico de nuestra historia, un folletín de 8 páginas que salía dos veces por semana - miércoles y sábado - con el modesto nombre de Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de la Plata.

El Telégrafo llegó a tener 159 suscriptores en Buenos Aires y 77 en las provincias del Virreinato. En sus páginas, de formato "acaballado en cuarta" (hoy, A4) no faltó la publicidad. Se podía leer, por ejemplo:

*"En casa del contador de tabacos se vende una mulata de 15 a 20 años de edad, que sabe coser y bordar, en 350 pesos".*

Y que la casa del difunto Joseph de Cuenca - pasando el puente del hospital - se vendía, en 1.600 pesos.

Aparece allí, también, una clara y primera referencia a "Argentina". Nombre que comenzó a dársele al territorio que comprendía a Buenos Aires, sus intendencias linderas y el desierto.

*(En el facsímil que incluyo como Anexo I, puede advertirse la que quizás es la primera referencia oficial al nombre de nuestro país - N del A)*

Cuando llevaba publicados 110 números, fue clausurado por orden del Virrey del Pino, en octubre de 1802 porque *"ya no se toleraba tanta sedición"*

Escribieron en sus páginas, Cabello, Belgrano, Gregorio (el Deán) Funes, Domingo de Azcuénaga y Cosme Argerich, entre otros.

Otro error, si se quiere, a los ojos de una Corona celosa y paranoica en lo referente a la subversión, pues desde allí comenzaron a circular los encendidos artículos del propio Belgrano, desparramando las advertencias e ideas que encauzarían las mentes más claras a una independencia irreversible pero aún lejana. Del Pino, tiempo después, hubo de suspender su circulación porque *"ya no se toleraba tanta sedición"...*

Prácticamente aquí terminan sus obras y su mandato. La metrópoli, acosada de males mayores, necesitaba de su efectividad y parsimonia en otras latitudes y lo comisiona como virrey del Perú, hacia donde marchó en 1801 luego de esperar la llegada de su sucesor.

**11**

**1801**

**Joaquín del Pino y Rozas,  
Romero y Negrete**

El fin de una era

**D**el Pino era ingeniero, militar - por supuesto - pero entrenado en matemáticas y un tipo muy inteligente.

Nació en Baena, Córdoba, España, el 20 de enero de 1729 y estudió en la Real Academia Militar de Orán, logrando el diploma de Ingeniero Delineador.

Por estas habilidades, la Corona lo envía, en 1770, a que diseñe y dirija la construcción de la fortaleza de Montevideo, donde quedará luego como gobernador. De allí pasará a la Audiencia de Charcas y más tarde deberá hacerse cargo de la Gobernación de Chile.

Dos detalles de estas etapas:

En Montevideo dicta un bando que prohíbe la fabricación de botas o calzado de cuero vacuno "que habrán de hacerse de yegua o crías hembras solamente". Esto fue porque se destinaban a ello cueros que resultaban esenciales para la exportación y el cobro de impuestos, pero dando al traste con la incipiente industria del calzado.

En Chile se ocupó de temas de convivencia social dictando normas de urbanismo y "buenas costumbres" entre las que se destacan la prohibición del festejo de "San Lunes" (una especie de báquica extensión del domingo); fijó horarios para las pulperías prohibiéndoles, además que funcionaran como alojamiento nocturno; prohibió el juego y las apuestas, la blasfemia y cargar armas y ordenó que "ninguna persona deberá usar ropas que no concuerden a su sexo, estado o calidad ... por los inconvenientes que siguen de los disfraces, máscaras o embozos".

Parece que el tema del lvestido iba en serio y asustaba mucho a los funcionarios que temían más a la conjura que a los enemigos de afuera..

La moda de entonces en las colonias, era de corte variado. Los hombres vestían calzas (generalmente blancas o grises), con medias largas y zapatos de taco o botas de montar, cubriéndose arriba con camisas amplias, chaleco, levita o chaqueta de colores oscuros y capote o "poncho" si hacía frío. La gente más humilde, vestía las mismas calzas pero cubría sus torsos con abrigos de diferente factura y largo. El cabello se usaba corto y la peluca había sido abandonada por practicidad más que por moda,

aunque algunos "señoritos" dejaban su pelo largo y lo ataban con cintas oscuras. Las damas vestían largas faldas engrosadas de ligeros miriñaques, enaguas también largas, blusas y chalecos ajustados encima de torturantes corsés ajustados con hilos de seda. Las sirvientas y esclavas, vestían más o menos igual, salvo que reemplazaban el corsé con una pañoleta sobre los hombros que cruzaban por delante atándola a la espalda. En las colonias, el sombrero de ala ancha (o el tricornio) se obviaban, llevándose, a veces, sombreros de paja para protegerse del sol.

Hacia fines del siglo, los hombres comenzaron a usar pantalones de "bota manga" que tapaban, en forma recta, las botas o los altos zapatos. Las mujeres abandonaron el corsé y adoptaron una forma más "cauta" de la moda "imperio" en boga en Francia, sin llegar nunca a mostrar ninguna parte que insinuase sus formas. El pelo lo usaban recogido con peinetas y, en contadas ocasiones, lo adornaban con el clásico peinetón de carey que tanto hemos visto en la iconografía de la época.

Los disfraces, las máscaras o los embozos a los que se refería Del Pino eran los típicos mamarrachos que se usaban en las fiestas populares y que, sin duda, deben de haber servido como escondite para muchas tropelías, además de las "subversivas"

En 1801 ocupa el cargo de Virrey en el Río de la Plata y el comienzo de la guerra declarada entre España y Portugal le ocupa de lleno debiendo organizar milicias y atendiendo al refuerzo de las fronteras, especialmente las del territorio guaraní.

La guerra fue un corto pero sangriento conflicto (duró 17 días) que se desató más por cuestiones familiares de las monarquías reinantes que por cuestiones más serias. Le significó a Godoy consolidar su poder pero no supo advertir las consecuencias que esto le acarreó a las colonias, especialmente en la frontera brasilera. La noticia de la paz llegó tarde (como de costumbre) y cuando ya los portugueses habían tomado grandes porciones de territorio español el cual se negaron a devolver luego del armisticio.

Artigas, viejo conocido suyo de la etapa montevideana y Sobremonte, mediocre militar y peor diplomático, fueron los comandantes encargados de contener los intentos lusitanos de avanzar más. Las medidas tomadas por Avilés un par de años antes cediendo territorios a los indígenas le fueron de

gran ayuda dado el fervor con que el aguerrido pueblo guaraní defendió sus posesiones y, salvo la pérdida de Misiones, todo siguió en paz.

El gobierno de Del Pino fue pacífico y progresista, sus mayores esfuerzos lo volcó en obras que más tienen que ver con su profesión de ingeniero que con su relativa capacidad militar.

El tema del agua en Buenos Aires amenazaba con convertirse en un problema de extrema seriedad. Las idas i venidas de los aguateros y los pocos pozos de las fincas más importantes no alcanzaban para proveer de agua fresca y limpia a una población que, como hemos visto, crecía exponencialmente.

Decide la construcción de varias fuentes públicas (20 en total) determinando las ubicaciones en forma estratégica y diagramando las labores con técnicas que incluían el "cavado a tornillo", utilizado por primera vez en estas latitudes.

Es válido comentar a esta altura que, en esos años, dos ingenieros "del norte": Watt, en Escocia y Fulton en Norte América habían, hace rato, delineado y utilizado las primeras máquinas de vapor, elemento que habría de cambiar para siempre la faz del mundo inaugurando una revolución que, aún hoy, no se ha detenido (El camino del vapor a la electricidad y a la tecnología es una calle sin curvas ni saltos que arranca en los años del final del siglo XVIII y continúa, perdiéndose en el infinito de la creatividad humana)

En la España de entonces, especialmente en la lejana Buenos Aires, todo se hacía a mano, con la ayuda de nobles brutos (caballos, bueyes, mulas) con gran esfuerzo, alto costo y gran ineficiencia.

Otra de sus obras estructurales y que tuvieron gran relevancia económica fue la construcción del primer mercado abierto porteño: La Recova Vieja.

Recordemos que, hasta entonces, casi todo el comercio cotidiano se hacía en forma callejera, hecho que, a la altura del inicio del siglo XIX, convertía las calles del centro de la ciudad en un caos similar al que es hoy en día en un viernes de primavera.

Del Pino dividió en dos la Plaza Mayor, levantó unos arcos de mampostería y techos de tejas e instaló debajo unos 20 puestos de venta de mercaderías de primera necesidad.

Aquí es válido comentar un poco sobre un tema particular: El ladrillo.

En los primeros años del virreinato (y desde la fundación de la ciudad), las construcciones se hacían de bloques de adobe (barro crudo y paja secados al sol). Hacia 1780 se comenzaron a fabricar ladrillos de barro cocido y tejas (las que hoy llamamos coloniales o españolas). Pero cada uno de los fabricantes los hacía a su aire y a su medida, complicando muchísimo la obra de arquitectura por eso de los estándares y las medidas.

Del Pino estandarizó las medidas de todos los ladrillos, permitiendo una mejor diagramación arquitectónica y resultando en la que actualmente se utiliza.

En cuanto a lo social y político se destacan dos obras importantes: Creó, dentro del Protomedicato las cátedras de Anatomía y Medicina, poniendo al frente al Dr. Cosme Argerich (quien hubo de lidiar con una epidemia de viruela que afectó grandemente a la población) y concluyó en forma definitiva con el cruel comercio de intercambio de negros por cueros.

En otro orden de cosas, tuvo que obligar al cierre del Telégrafo Mercantil

Parece ser que los encendidos artículos de Belgrano y otros, molestaron nada menos que al Comisario Inquisitorial quien, con ayuda de la Iglesia presionaron al Virrey para que clausurase el periódico.

A cambio, Del Pino promovió la circulación de otro medio, llamado Semanario de Agricultura y Comercio de don Hipólito Vieytes y Pedro Cerviño que, tiempo más tarde en una serie de artículos de una de las primeras entregas Belgrano decía:

*"Si se tiende la vista por la vasta extensión de nuestras campañas, al instante se presenta la triste situación del labrador, éste, aunque dueño absoluto de una porción de tierra, capaz en otras tierras de mantener a un potentado, vive de ella escasamente y se halla sin recursos y sin auxilios para hacerla producir. Desconoce enteramente todo género de industria; labra solamente aquella porción que considera necesaria para su sustento,*

*y lo que es peor, desconoce enteramente aquel deseo que nace con los hombres de aumentar sus comodidades y sus bienes.”*

No había manera de hacerlo callar.

Del Pino era un buen tipo. Prudente, afable y amante de la justicia y el orden. Estuvo casado con María Ignacia Rameri con la que tuvo seis hijos. Falleció ella durante la estadía en Charcas y, en uno de sus viajes de inspección se casa con Rafaela Vera Mujica una santafesina, convirtiéndola en la primera virreina criolla.

Cuentan que Don Joaquín, llevado por deberes de servicio, visita las ciudades de Santa Fe y Córdoba. En el viaje se vincula con los Vera Mujica de Santa Fe. Del Pino se enamora de Rafaela que iba a cumplir 30 años, y el 1ro. de marzo de 1783 se casa por poder por hallarse en esos momentos retenido por el deber en Montevideo. Después de la boda, ella viaja a reunirse con su esposo y de allí a Buenos Aires, instalándose en la casa ubicada en la esquina de Belgrano y Perú, que es llamada desde entonces: La casa de la virreina vieja, confundiéndola con la Residencia Virreinal oficial y que terminó siendo el montepío de la ciudad hasta su demolición en 1967.

De este matrimonio nacen siete hijos, pero Rafaela debe cuidar trece, ya que hace de madre de los seis de su marido. La cuarta hija de este matrimonio, Juana del Pino y Vera, nacida en Montevideo, se casará con Bernardino Rivadavia.

El día 11 de abril de 1804, Del Pino fallece en Buenos Aires atacado de una grave enfermedad terminal que lo mantenía postrado hacía varios meses. Fue enterrado el 13 por la mañana en la cripta de la Catedral y la Audiencia asumió el mando.

A mi criterio, su muerte representa, simbólicamente, el fin definitivo de la etapa colonial.

Quedarán por venir tres virreyes más, pero estos se insertan en otra etapa: la de la política y la emancipación.

**S**i aceptamos que la gestión de Del Pino marca el fin de la extraña placidez colonial, que la aldehuela portuaria comienza a representar la cabeza de un país en ciernes y que el mundo – a principios del siglo XIX – es indiscutiblemente otro; debemos aceptar, también que los primeros años del 1800 marcan de una manera más o menos violenta el ingreso de esta incipiente sociedad a la comedia mundial en la que los poderes se expanden y el comercio avanza inexorable, comenzando a manifestarse con límites casi difusos, imprecisos, oscuros

Por entonces se cernía sobre el mundo la tormenta napoleónica con toda su carga de “modernas” concepciones sobre la gestión económica y la política de los Estados y los nubarrones de Trafalgar comenzaban a perfilarse en el incierto horizonte de los protagonistas de la historia. Unos querían la destrucción de los otros y estos otros no deseaban otra cosa más que la riqueza de si mismos a costa de la anulación de esos otros. Un caos de invasiones militares, caídas estrepitosas de antiguos regímenes monárquicos, influencias cada vez más fuertes del poder económico global y mucha, pero mucha, energía especuladora.

España hervía en medio de conspiraciones, traiciones, revoluciones y todos los “ciones” que se puedan imaginar. Godoy no atinaba a resolverlas y las bajezas de los monarcas (Carlos IV y su hijo Fernando, que sería VII) junto a la determinación (y las victorias) del Pequeño Gran Corso, cambiaban las relaciones de poder en una Europa convulsionada y atónita.

Inglaterra, tradicional enemiga de España, era ahora su aliada y Francia, su amiga de siempre, su enemiga enconada.

Pero ... no es que Francia e Inglaterra eran amigos? ... Y España? ... No peleó acaso contra los ingleses al lado de Francia en el asunto de la independencia Norteamericana? ... Complicado.

Ciertamente todo muy difícil de entender y movido por intereses que la historia aún no aclara manteniéndolo todo en la más sagrada oscuridad, a pesar de la lectura de los tratados rotos, de las intenciones traicionadas, de las ambiciones encontradas y de las familias reales desavenidas. Un momento de la historia en el que las palabras que se oyen son : Austerlitz, Trafalgar; y los nombres: Bonaparte, Pitt, Metternich, Nelson, Villeforge.

Este es el tiempo que toca a los cuatro últimos virreyes del Río de la Plata. Tiempo de imprecisiones, de vacíos de poder, de ambiciones personales, de invasiones y reconquistas. Tiempo de Sobremonte, de Liniers, Cisneros y De Elío. Tiempo, finalmente, de un camino irreversible hacia la independencia...

Vale aquí mencionar que existen muchos pensadores modernos que cuestionan la maternidad del virreinato en la gestación del país de hoy. No adhiero a eso. Creo más bien que los hombres que participaron del poder o aquellos que simplemente obedecieron o soportaron errores y aciertos de una época transicional, fundaron el germen de la quizás endeble pero tenaz personalidad de una identidad nacional que surgiría en las primeras décadas del siglo XIX

Si acuerdo con hombres como Juan Carlos Chiaramonte quien afirma que no existieron nacionalidades distintivas entre los pueblos que impulsaron las independencias, siendo que en realidad compartían los mismos rasgos históricos, culturales y religiosos conformando, de hecho, una sola nacionalidad, teniendo en cuenta además que las culturas indígenas más importantes habían sido ya absorbidas o simplemente aniquiladas a principios del siglo XIX:

*«El supuesto de nacionalidades formadas durante el período colonial no corresponde a la realidad de lo ocurrido y por tanto, la fundación de nuevos Estados no se asentará en sentimientos de identidad sino que más bien éstos serían producto y no causa de ellos» (J.C. Chiaramonte - Nación y Estado en Iberoamérica - 2005)*

Tan es así que, muchas veces y aún hoy, los intereses personales se confunden con los nacionales en una suerte de puchero ideológico en el que es cada vez más difícil distinguir lo socialmente correcto de lo espúreo o interesado.

Si bien la etapa que sigue es, evidentemente de construcción política y de conflictos postnatales, la influencia cultural y social de toda la gestión virreinal en la zona del Río de la Plata es de indudable formación de las características económicas, sociales y políticas de la nación por venir

**13**

**1804**

### **El Marqués de Sobremonte**

Y su polémico apuro

**R**afael Núñez del Castillo Angulo Boullón Ramírez de Arellano, tercer Marqués de Sobremonte, había nacido en Sevilla en 1745. Como todos, estudió la carrera militar y recaló en estas costas como Secretario del Virrey durante el gobierno de Vértiz. Este lo nombró Gobernador en Córdoba - cargo que incluía las actuales provincias de la región de Cuyo - donde se desempeñó con singular eficiencia por más de 15 años.

Córdoba lo respetó, lo admiró y lo recuerda muy bien. Barrios, zonas, y hasta un departamento de esa Provincia llevan su nombre. El Museo Provincial funciona en la que fuera su casa y contiene importantes colecciones de sus efectos personales y sus obras de arte y parte de su documentación privada que confirma de algún modo esta certera y próspera gestión administrativa.

En Buenos Aires, no hay calle que lo recuerde.

Su administración cordobesa fue impecable. Era un hombre muy observador, activo y diplomático capaz de escuchar a todos y evaluar diversas opiniones antes de emitir la propia, cosa bastante poco común en los dirigentes de la época.

Apenas asumió, mandó limpiar y arreglar las calles de la ciudad, hizo construir la primera acequia que llevó a Córdoba agua corriente del río Primero, mandó construir el paseo que hoy lleva su nombre y organizó las defensas contra las crecientes del río. Abrió la Escuela Gratuita y del

Gobierno, modificó el régimen de algunas escuelas conventuales, mandó abrir otras en la campaña, creó en la Universidad de San Carlos la cátedra de Derecho Civil y ante el Virrey dejó constancia de que era necesario instituir otras cátedras. Dividió la ciudad en seis cuarteles para mejor atención del vecindario; encargó el primer alumbrado público; fundó un hospital de mujeres dedicad especialmente a los "misterios" de los problemas de la femineidad...

Renovó y aumentó la composición del Cabildo y prestó especial atención a la Justicia, muy descuidada por la distancia con Buenos Aires.

Su trabajo no se limitó a la ciudad: Recorrió el territorio a su cargo y comprobó las malas condiciones en que vivían la gente del campo y de los poblados, agobiados por impuestos y malones. En algún momento ordenó que no se sacara trigo del territorio para paliar la situación de los habitantes. Obligó a los dueños de minas a mejorar las condiciones de trabajo de sus obreros e impulsó la minería en Uspallata (Mendoza); la explotación de plata y oro en La Carolina (San Luís) y Famatina (La Rioja), de oro en Jáchal (San Juan) y de cobre y plata en Punilla.

En cuanto a los indios, a los que pagaban tributo trató de cobrarles lo más acomodadamente posible. Para combatir los malones eligió la vía de crear y fomentar fortines y poblados: La Carlota, San Fernando, Santa Catalina, San Bernardo, San Rafael (en Mendoza) y Villa del Rosario.

Por supuesto, tuvo sus enemigos y, aunque pudo sortear con habilidad a casi todas las administraciones virreinales de Buenos Aires, no pudo con el genio y las trampas del no menos inquieto Deán Funes que le disputó el poder en todas la áreas imaginables.

Parece que la cosa comenzó con una disputa menor sobre la conducción de la Universidad. Que si Franciscanos o que si el clero secular, pero pronto se convirtió en una reyerta al mejor estilo Don Camilo en la que los enfrentamientos no pasaban de las agudices verbales de ambos intelectuales.

Era el dean Gregorio Funes, un tipo muy ilustrado, inteligente y ampliamente comprometido con lo que comenzaba a aparecer como embrión del partido independentista.

Ambos utilizaban a la prensa y las "cartas abiertas" para dirimir sus diferencias, haciendo gala de ingenio e ironía que mantenía el interés de la población educada de la Provincia.

Pero una cosa era cómo comparaban los cordobeses los dichos del Deán con la obra del gobernador, y otra cómo llegaban esas palabras a Buenos Aires. Cuando pisó suelo porteño, en 1797, como Subinspector General de las tropas veteranas y de las milicias de las provincias del Río de la Plata para ser nombrado virrey tiempo después, la mala prensa lo había precedido.

Estaba casado con una criolla: Juana María de Larrazábal, con la que tuvo 12 hijos. Cuando ella fallece, ya de regreso en España, y a sus 75 años, vuelve a casarse con "una dama que no tenía más de 40..." provocando el horror de su familia y de sus hijos ya mayores.

Lo que nos llega de Sobremonte no es su gestión cordobesa, su agudeza mental o su energía tan peculiar. Hablar de él es hablar de las "Invasiones Inglesas" ( de 1806 y 1807) y su figura está atada no solo a esos sucesos sino a la imagen del burócrata cobarde que huye, robando los dineros públicos, para abandonar a los porteños a su suerte.

Nada de eso es tan así y nada más inapropiado que denostar a un personaje que había prestado importantes servicios no solo a la Corona - soberana en estas tierras, recordémoslo - sino al propio pueblo cordobés.

Hagamos un par de reflexiones al respecto:

Dijimos, más arriba que las nubes de Trafalgar se cernían en el horizonte. Pues bien, Trafalgar ocurrió el 21 de octubre de 1805, frente a Cádiz, provocando un giro total en las relaciones de poder entre las potencias dominantes y cambiando al mundo totalmente y para siempre.

Esa batalla trascendental (en la que Horace Nelson pierde la vida) destruyó totalmente las armadas francesa y española, permitió que Inglaterra - de ahí en más - fuese la dueña absoluta de los mares y marcó el principio del fin de las ambiciones hegemónicas de Napoleón.

Después de Trafalgar, y por los casi 100 años venideros, los ingleses fueron amos y señores del comercio marítimo y sus propias ambiciones hegemónicas se comenzaron a plasmar en la colonización de los lejanos

territorios de África, India, Australia, Nueva Zelanda, China, el Mediterráneo o el Caribe, a bordo de las muy bien armadas, rápidas y eficaces "fragatas".

El poder y el control eran casi totales. Aún perdida la colonia Norte Americana, el comercio se dirigía a un único embudo productivo y la alicaída "Revolución Industrial" del siglo XVIII cobró nuevo impulso convitiendo al mundo entero en el predio ferial de la industria británica. En ese contexto, América del Norte aparecía, quizás, como la única posible competencia... Pero aún faltaba mucho... y la región del Sur resultaba mucho más vulnerable y un enigma que – quizás – valía la pena dilucidar.

Los ingleses siempre ambicionaron controlar esta parte del mundo. El Virreinato soportó sus correrías desde siempre y las habría de seguir soportándolas hasta bien entrado el siglo XX.

Un informe de un buque español de 1791 dice:

*Excelentísimo Señor:*

*En los cuarenta y dos días de mi navegación he encontrado nueve embarcaciones, las más de ellas desde los 38° a los 46°, y de 90 a 60 leguas de la costa. Una fragata con bandera francesa, dos goletas, y tres bergantines, con la inglesa americana, y las tres restantes, realistas. A dos de ellas que pude hablar hice las amonestaciones atentas, y amistosas, que me prevenía V.E. en su instrucción. Ambos convienen en que pasan de sesenta los buques que se hallan en estas costas a la pesca de la ballena, los más ingleses americanos, algunos realistas, y uno u otro francés, que no saben haya establecimiento alguno, pues a su salida se les prohíbe por el gobierno, con el mayor rigor, y que solo en los casos de algún descalabro, o escasez de agua, se abrigan en uno, u otro surgidero. Incluyo a V.E. copia de sus roles, por lo que pueda convenir a esa superioridad.*

*Dios guarde a V E. muchos años.*

*Paquebote Santa Eulalia en el Puerto de la Soledad de Malvinas a 4 de marzo de 1791.*

*(Nota del gobernador Pedro P. Sanguineto dirigida al virrey Nicolás de Arredondo)*

No es de extrañar, entonces, que en algún momento la voracidad del nuevo imperio mirase con fruición hacia estas costas.

Tanto como aliados de España como enemigos de la misma, los ingleses siempre estuvieron rondando por aquí.

Recordemos que en la primera incursión de Cevallos mediante la cual arrebató ("recupera") Colonia del Sacramento a los portugueses, el comandante de la flota lusitana es un inglés llamado Mac Namara que termina muerto por las tropas del español.

Hay quienes cuentan hasta 12 invasiones, 6 de las cuales son anteriores a 1806.

- En 1582, sufre el primer intento de invasión. Edward Fontain, corsario inglés, intentó un desembarco en la isla Martín García pero fue rechazado.
- En 1587, el inglés Tom Candish, intentó apoderarse de la ciudad, pero en vista del peligro, las familias se internaron y Candish decidió retirarse.
- En 1658 se produce el tercer intento de invasión. Esta vez de parte del francés Timoteo de Osmat, por orden de Luís XIV, rey de Francia, pero el Maestro de campo, don Pedro de Baigorri Ruiz, a la sazón gobernador de Buenos Aires, logra defender con éxito el puerto.
- El cuarto intento de invasión estuvo a cargo del aventurero Mr. de Pintis, pero el vecindario que se unió para defenderse lo rechazó.
- En 1699 se produce la quinta invasión, esta vez a cargo de una banda de piratas daneses. Esta invasión también fue rápidamente rechazada.
- Durante el gobierno de Bruno Mauricio de Zabala, se produce la sexta invasión. El capitán francés Esteban Moreau, después de amenazar Montevideo, desembarca en Castillos donde las tropas bonaerenses lo rechazan. Moreau muere en el intento.

Luego, podríamos computar todos los intentos, finalmente exitosos sobre Malvinas, que por el lado Inglés fueron cuatro:

- John Byron llega al archipiélago Malvinense en Enero de 1765, y en la Isla Trinidad, que bautiza Saunders, establece un apostadero; luego funda Puerto Egmont en honor al primer Lord del Almirantazgo.

- El 10 de diciembre de 1769, el Capitán Antonio Hunt, comunica a Ruiz Puentes, quien fuera Gobernador, que había ido a ocupar en nombre de su Majestad Británica, el archipiélago Malvinense, estableciéndose nuevamente en Puerto Egmont.
- En 1788 los ingleses ocupan la Isla de los Estados.
- En 1790 son expulsados de la Isla Grande de la Tierra del Fuego, y recién para 1791 lo son de la Isla de los Estados, por orden directa del Virrey Loreto.

Por entonces ya había sido firmado el tratado del Escorial (1790), por el cual se prohibía a los ingleses navegar y pescar a menos de 10 leguas de tierras españolas, y establecerse en ellas; tratado que pretendía poner fin a tanto atropello.

Pero, después de Trafalgar, España e Inglaterra firman un armisticio y se convierten en aliados para combatir el tremendo poder que aún le quedaba a Bonaparte.

Esta alianza llega al punto de fomentar, entrenar y armar a una incipiente "guerrilla" española que lucha contra los franceses que han invadido su territorio y tomado el gobierno (José Bonaparte es "rey" de España), y de mezclar oficiales españoles e ingleses en un ejército que se debate impotente frente a la arremetida francesa.

No se sorprendan por lo que voy a decir, pero José de San Martín luchó en esa guerra a las órdenes de Beresford, en la batalla de la Albuera ... Si, Beresford, el mismo que veremos - vencido por suerte - en Buenos Aires en 1806.

(Aquí me van a criticar algunos de esos pavotes que siguen - aún hoy - diciendo que si no hubiésemos vencido a los ingleses en aquel entonces, hoy seríamos algo así como Canadá o Australia... Bah!...)

Entonces?... De donde vienen las invasiones de 1806 y 1807?

Algunos autores señalan que Inglaterra ya tenía planes de conquista de la zona del Río de la Plata desde 1801, cuando un tal Maitland le acerca a Pitt (a instancias de Miranda, prócer de Venezuela) un plan para la conquista de Chile y Perú a través del Río de la Plata! (Aún descartado, este plan dará vueltas en las mentes de muchos hasta bien pasada la gesta de Mayo y se

convertirá en un muy buen punto de partida para el estudio de las motivaciones de la Gesta Sanmartiniana).

Pero la verdad más pura es que esta intentona surge, solamente, de la ambición personal. Fue una aventura privada pergeniada en las ambiciosas mentes de Popham y Whitelocke y, por que no, de Beresford (aunque este actuó, quizás, como "soldado de fortuna " pagado por los otros dos). Que se configura en la idea de los aventureros *después* de Trafalgar (y no antes, como suponen algunos), momento propicio para ese y otros dislates por el estilo, abrevados, quizás, por otras circunstancias comerciales que veremos más adelante.

Los españoles podían sospechar que sus "aliados" de conveniencia podrían traicionarlos, pero contaban con la palabra del Rey Jorge y, sobre todo, estaban demasiado distraídos en sus líos internos como para ponerse a pensar seriamente en una aventura trasnochada de tales características.

De todas maneras, los antecedentes eran claros y no se podían descuidar las prevenciones. Sobremonte hizo lo que se suponía debía hacer: Reforzó la guarnición de Montevideo y se sentó a resolver los complicados asuntos de su administración. Uno de esos asuntos era, precisamente, la organización de milicias.

El coronel Juan Beverina - un estudioso de las invasiones y no demasiado amigo del marqués - reconoció en su libro *Las invasiones inglesas al Río de la Plata*:

*"El Reglamento de 1801 (obra de Sobremonte - N. del A)) representó el primer plan orgánico de milicias que contempló el establecimiento de las mismas en todo el territorio del Virreinato. Los efectivos de la época de Cevallos y de Vértiz quedaron ahora más que duplicados, al mismo tiempo que se tendió a extender el concepto de la obligación general del servicio militar".*

Desde siempre, los ejércitos coloniales se habían armado ocasionalmente reclutando "chusma" y mal entrenándola pues, a pesar de las reyertas comunes en la época, no era necesario ni barato contar con fuerzas profesionales regulares.

Esta era una teoría casi universal la que Napoleón había descalabrado, organizando el más poderoso ejército de la época, el mejor entrenado y el

más hábil y profesional. Hecho que los ingleses supieron capitalizar generando una nueva forma de reclutamiento que, especialmente en el mar, los lleva a la victoria de Trafalgar. España... siempre lenta... siempre atrás...

Los virreyes anteriores habían solicitado repetidamente recursos a la "casa matriz", pero los pertrechos, armas y hombres capaces no aparecían por ninguna parte.

Lo de las invasiones parecía el cuento de Pedro y el Lobo. Tan pronto como se detectaba el movimiento de barcos agresores se armaba una pequeña conmoción, se movían gentes de aquí para allá pero, en general, la cosa no pasaba de una falsa alarma que dejaba todo como estaba.

Comienza aquí a tomar protagonismo un aletargado personaje que al cabo de los hechos se va a convertir – como veremos más adelante – en el héroe indiscutido de las jornadas de 1806 y 1807: Santiago de Liniers.

Si Sobremonte y Liniers eran amigos puede suponerse, pero nadie lo sabe con certeza. Lo que si se sabe es que el 17 de junio de 1806, todo se precipitó. Liniers fue comisionado a la Ensenada con un grupo de milicianos y se aprestaron las defensas de Buenos Aires de forma tan precaria que solo parte de los hombres dispuestos encontró armas y pertrechos.

Deben de haber sido horas de tremenda conmoción y nerviosismo. Por fin, el lobo aparecía... y por las características apuntadas, era casi seguro que se iba a comer a todo el rebaño... No parecía haber ninguna escapatoria...

*Los acontecimientos superan el entendimiento de Antonio Arregui. Su negocio ha detenido la pendiente hacia la ruina gracias al préstamo de las Capuchinas, la condonación de deudas por la entrega de su hijo a las milicias y al sabio consejo de Mariana quien le instó a que redujese sus intenciones de expansión e inversiones y volviese a tomar trabajos de reparación y carpintería, que era lo que sabía hacer y lo que le dejaba mayor beneficio.*

*No entiende por que todo el mundo habla tan mal del Marqués. No lo conoce, pero a juicio de sus pseudo-parientes cordobeses, el tipo es inteligente, dedicado y buena persona. Hoy ha de conocerlo. Irá al teatro por primera vez en su vida y tendrá el placer de ser acompañado por su hijo, recientemente comisionado como alférez de milicia de infantería.*

*Quiere estar elegante, así que calza unos modernos pantalones rectos con "bota manga" (en lugar de las comunes calzas), se anuda un lujoso plastrón de seda blanca sobre la camisa de hilo del mismo color, se pone un chaleco de amplio escote y, sobre todo eso, viste una gruesa levita que le cubre hasta las rodillas. Hace frío y, de última, recoge un poncho de vicuña*

*- Por si Mariana siente frío - piensa, mientras lo dobla angosto y lo echa al hombro.*

*Mariana aparece vestida con un elegantísimo vestido gris, de seda, cerrado al cuello el que adorna con una cinta de raso de la que cuelga un dije que le obsequiaron los Yabar Ezpeleta. El pelo lo lleva recogido en rodete y adornado con un peinetón de moderado tamaño pero trabajado en carey y plata. Se cubre con un mantón rústico pero muy colorido, tejido por obreras indígenas del barrio de Las Flores.*

*Será una velada extraña y no exenta de sobresaltos.*

*Las funciones de teatro se llevaban a cabo en la Casa de Comedias, construida por Del Pino en 1802, que había reemplazado al antiguo e incendiado Teatro de la Ranchería y estaba ubicado a una calle de la esquina norte de la Plaza (Reconquista y Cangallo).*

*Era un espacio grande, muy bien iluminado, con arañas de candiles de aceite y velones de cebo colocados en "candilejas". Tenía más de 300 sillas, contaba con una amplia "tertulia" de 80 o más lugares y tres palcos. El más grande y central albergaría al Virrey y su corte durante la función. Esa noche se estrenaba "El Si De Las Niñas" de Moratín.*

*El Marqués llegó puntual, elegante en su uniforme militar, sin peluca, pero con el cabello largo atado con un gran moño negro y saludó en general a toda la platea, despertando murmullos y cuchicheos entre los asistentes. Se sentó y conversó algunas palabras con sus acompañantes. Los ujieres habían comenzado a apagar los velones cuando entró en el palco oficial un militar, vestido con la casaca azul y roja de campaña, la banderola de armas completa cruzada de derecha a izquierda, de la que pendía un enjorado sable largo y sostenía la pistola. Se acercó al Virrey y le habló al oído.*

*- Ese es don Miguel de Azcuénaga ... - dijo Ángel a su padre - ... el jefe de mi regimiento ...*

*El Virrey se levantó como impulsado por un resorte y habló con todos los que le acompañaban, abandonando el palco de inmediato.*

*La noticia corrió como reguero de pólvora entre la concurrencia: Una tropa extranjera había desembarcado en Quilmes y marchaba a paso forzado hacia la ciudad.*

*Ángel se sobresaltó y apenas pudo balbucear: - Tengo que irme - antes de salir disparado dejando a sus padres atónitos.*

*Mientras caminaban rápidamente hasta el coche, Mariana lloraba desconsoladamente y Antonio luchaba con pensamientos que corrían entre su mala suerte, la preocupación por sus hijos y el futuro de la ciudad y de su negocio.*

*Era el 23 de junio de 1806.*

Aquel día marcaría un punto de inflexión en la vida de todos. Un día en que la historia gira 90° para enfrentar a la sístera sociedad porteña con el conflicto universal de pertenecer – o no – al circo de un mundo que comenzaba a nacer “globalizado”.

Las imágenes que han permanecido en las mentes de los historiadores nos muestran diferentes cuadros:

A Sobremonte se lo pinta espiando desde el Fuerte los acontecimientos que se avecinan y a Liniers comandando una turba mal entrenada que se oponía a un experimentado William Carr Beresford y sus 1500 hombres de armas profesionales (...perdón: 1560...) en una lucha despereja, desorganizada, cruenta.

No son reales estas imágenes. Sobremonte puso en marcha un plan de contingencia, presagiando la debacle; y Liniers se quedó en Ensenada comandando un mal armado cuerpo que no llegó a entrar en acción.

*"Que hicieron los oficiales que luego declararon contra él? Quienes repartieron las armas y las municiones de manera tan deficiente? No se sabe", dice el historiador Antonio Castello*

Moreno dijo: *"Yo he visto en la plaza llorar muchos hombres por la infamia con que se les entregaba y yo mismo he llorado cuando vi. entrar 1.560 (que precisión!) ingleses, que apoderados de mi Patria se alojaron en el Fuerte y demás cuarteles de la ciudad."*

Derrota, *of course*, y los ingleses se apoderan de Buenos Aires.

Entonces ocurre lo que va a modelar para siempre la imagen del Marqués.

Antes de contarlo, permítaseme hacer un par de consideraciones respecto del Virrey y su exabrupto.

Sobremonte era, en primer lugar, un noble; en segundo lugar, militar y en tercero, funcionario de la Corona. Para los hombres como él había un solo precepto que reglaba su vida: La obediencia.

La obediencia era la razón última y única de todos sus actos. La obediencia era el precepto que había permitido que el Imperio (aún con errores y malentendidos) hubiese funcionado y crecido por más de 300 años.

Por otra parte, eran varios los documentos, ordenes y reglamentos que obligaban a tal o cual conducta y, en el caso de ataque - en una suerte de estrategia que él mismo había diagramado con Vértiz, años atrás - el Virrey debía resguardar su *"cargo y encomienda"* por sobre cualquier otra cosa, retirándose para poder lograr una defensa más global. Esto significaba que, amenazada la capital y su seguridad, debía abandonar la ciudad, intentando así evitar una capitulación irreversible.

Recordemos que, tanto entonces como hoy en día, los derechos de guerra y conquista son derechos adquiridos y solo se conculcan por acuerdo de partes, aunque no siempre esto es así. (hay millares de ejemplos de lo que digo en la historia universal reciente)

Conciente de estos mandamientos, lo cierto es que parte hacia Córdoba, poniéndole el broche a la imagen de cobarde y traidor que lo embarra desde entonces.

El episodio de los dineros públicos es una más de las causas que se le imputan, pero es de tal corte fantasioso que ni merece ser considerada por lo infame y lo impráctica. Yo supongo que más bien deben de haber sido algunos pesos y mucha documentación confidencial que el Marqués necesitaría en su pseudo exilio mientras planificaba el retorno.

Imagínese el lector el volumen, el peso y el trabajo que significaría llevarse semejante cantidad de metálico (no existían los billetes y se hablaba de varios *millones* de pesos de entonces) en carros o carretas y trasladarlos por 700 Km. de caminos inexistentes.

Hay quienes aseguran que la fortuna, finalmente incautada por los ingleses, fue trasladada a Londres y se la paseó por las calles en ¡17 carrozas! ante el aplauso de la multitud ... Pamplinas ... Lo poco que he podido saber de los dineros incautados por los ingleses es que pudieron haber sumado algo más de 400.000 pesos fuertes que, obviamente se metieron en los bolsillos de algunos oficiales sin demasiada alharaca.

Tampoco es comprobable la anécdota de su escala y captura en Luján y el "pago" de una parte del dinero a emisarios de los vencedores con la pseudo traición de Rodríguez Peña y el hermano de Liniers, conspirando para que los ingleses se queden y tomen el gobierno en forma definitiva ... Más fantasía ... Digna de la más frondosa novelística, que jamás ha de ser escrita, pero que ha modelado mentes que siguen creyendo en esa y otras falacias perversas de nuestra historia.

Quizás lo más certero y lo más claro sea lo que dijo el propio Beresford:

*"El virrey ha proclamado que piensa reunir todas las fuerzas de aquellos puntos de Córdoba, en cuyo lugar, así como en otras ciudades, existen unas pocas tropas de línea, y si un jefe activo y emprendedor se pusiese en acción, nosotros nos encontraríamos sin duda en una situación desagradable. Como quiera que el virrey no posee esas condiciones y siendo impopular, espero que contrarrestará las diligencias de algún oficial que pueda tener decisión y habilidad; y es con esa expectativa que no hice esfuerzo para detener a su Excelencia."*

La verdad es que si hubiese sido cierto lo del tesoro y lo de la huída, el inglés no hubiera escrito esa frase y hubiese mandado a detenerlo inmediatamente.

Hay quienes sospechan de la mano solapada de Álzaga en la defenestración del Virrey, sospechas bastante fundadas si se tiene en cuenta las actitudes anteriores y posteriores del encumbrado y ambicioso Alcalde de Primer Voto, quien luego tendría problemas con el propio Liniers.

De Sobremonte, en Buenos Aires, queda el sabor amargo de una injusta imagen, el cuento del abandono y un estribillo que cantaba la gente:

*"Ves aquel bulto lejano  
Que se pierde tras el monte?  
Es la carroza del miedo  
Con el virrey Sobremonte ..."*

O este otro, que formó parte de juegos infantiles hasta bien entrado el siglo XIX:

*"Al primer cañonazo  
de los leales,  
escapó Sobremonte  
con sus caudales."*

Los ingleses se instalan en la capital virreinal y, curiosamente, se amalgaman con sus enemigos vencidos departiendo en tertulias sociales, seduciendo mujeres, generando alianzas y proyectos (En los que toman parte personajes como Luis Liniers y Saturnino Rodríguez Peña) y decretan el alejamiento de los pocos oficiales que han comandado la resistencia ayudando, entre todos, a reconstruir las fuentes y las casa que rompieron en la batalla, amén de ayudar a curar a los heridos y contusos de ambos bandos.

El 1º de Julio de 1806. En una celda del convento de Santo Domingo, Liniers mantiene una secreta conversación con el prior, Fray Gregorio Torres. Acaba de llegar a Buenos Aires, después de solicitar y obtener de Beresford permiso para entrar en la ciudad, En las últimas jornadas, ha permanecido al frente de la batería de la Ensenada, distanciado de los combates que culminaron con la derrota de las fuerzas del Virreinato lo que lo coloca libre del compromiso, impuesto a los soldados españoles capturados, de no tomar nuevamente las armas contra los británicos.

Liniers, está decidido a lanzarse nuevamente a la lucha para liberar a Buenos Aires. Y así lo comunica, con emocionada determinación, al prior de Santo Domingo:

*- Estoy resuelto a hacerlo, reverendo padre. Hoy mismo, en el transcurso de la Misa, he hecho ante la imagen sagrada de la Virgen un voto solemne.*

*Le ofreceré las banderas que tome a los británicos si la victoria nos acompaña. Y no dudo que la obtendré si marchó a la lucha con la protección de Nuestra Señora.*

La promesa no es vana. Nueve días más tarde, se embarca en el puerto de Las Conchas (actual Tigre), y se dirige a la Banda Oriental, para combinar operaciones con el gobernador de Montevideo, brigadier Pascual Ruiz Huidobro, quien también planea ya un ataque para expulsar a los ingleses.

Mientras tanto, varias alternativas más tiene que vivir Sobremonte hasta ver definitivamente terminado su mandato.

Repudiado en Buenos Aires, decide pasar a instalarse en La Banda Oriental donde, a la luz de los acontecimientos vividos - y los por vivir - ve apagarse definitivamente su poca aurea de poder y debe, finalmente, regresar a España.

Se apuró Sobremonte? - Quizás . Se equivocó?. Es probable. Con su error abrió la puerta a la insurrección?. Sin dudas. Fue un mal Virrey y un traidor?. No.

Fue un muy buen gobernador de Córdoba, un prolijo funcionario y un hombre con toda la integridad que su cargo y las circunstancias demandaban.

Prueba de esto es que, vuelto a España, en el consabido Juicio de Residencia (en 1813) no solo logró ser absuelto sino que fue premiado con el ascenso a un cargo como asesor en asuntos de Indias. Mucho tuvo que ver en esto su "amigo" Liniers en las notas con ponderaciones y halagos que envía al ministro de guerra español declarando que en 1806 había sido imposible defender la ciudad e incluso reconociendo no haber contestado los oficios que el virrey le mandara en el momento. Llegó a pedir ascensos militares para Sobremonte y uno de sus hijos .

**14**

**1807**

**Santiago de Liniers y Bremont**

El héroe de la reconquista.

La historia de Liniers (el único Virrey que da su nombre a un barrio entero de Buenos Aires) es frondosa por demás. Es rica en aventuras sociales y comerciales, es jugosa en amoríos y lances de alcoba, es fértil en entredichos políticos y es trágica por la ocasión de los hechos que condujeron a su muerte.

Se ha escrito mucho sobre él y Paul Groussac en su "*Santiago de Liniers, Conde de Buenos Aires*", traza una semblanza completísima y no exenta de consideraciones críticas sobre la conducta del noble francés.

Fue el único realmente extranjero que ocupó el cargo y fue el único que lo ejerció más impulsado por la voluntad popular que por el designio de la Corona. Una Corona que para 1807 estaba tan ajada y deteriorada que no tenía casi fuerzas para oponerse al encumbramiento de un oriundo del país enemigo, un héroe popular y tal vez (solo tal vez), sospechado de espía.

El virreinato se debatía en conflictos políticos de toda índole: Españoles que apoyaban una Corona inexistente, criollos revolucionarios e independentistas, españoles enconadamente enemigos de los borbones pero "afrancesados", criollos "afrancesados" e inclinados a la Junta de Cádiz, etc., etc.; movimientos, todos, que comenzaban a conmovier la placentera vida de una etapa colonial irremisiblemente perdida .

Liniers fue testigo, protagonista y víctima de estos primeros vaivenes políticos y debió recorrerlos con la firmeza e integridad que le indicaba su fuerte y recta personalidad.

Jean Marie de Liniers y Bremont (Santiago, para los locales) había nacido en Niort, Francia, el 25 de julio de 1753. Estudió la carrera naval - militar y se destacó en acciones de guerra empleado por España que, en virtud del Tratado de Familia, intentaba disolver las diferencias nacionales de dos países gobernados por la misma familia: los Borbones.

Llega por primera vez al Plata en la expedición por la cual Cevallos ocupa Santa Catalina y la Colonia del Sacramento (1776). Regresa a España y continúa una brillante carrera como oficial naval. En 1788 lo envían otra

vez al Río de la Plata como asesor para organizar una flota de cañoneras. En ese viaje le acompaña su esposa - Juana de Menviel, española - y su primer hijo.

Al decir de Paul Guroussac, Santiago era un hombre parco, inteligente, algo tímido e introvertido pero muy seductor por su extensísima cultura y una facha esbelta y bien plantada que lo hacían destacarse en la tertulia y ante el género femenino, provocando una que otra envidia en los caballeros contertulios.

Animado en las reuniones, conquistaba a todos con una dicción impecable que no dejaba deslizar entonación ni palabra en francés ya que - seguramente - no deseaba irritar a sus interlocutores. Su castellano era perfecto y eso se nota en sus escritos (de los cuales he rescatado dos proclamas que agrego a los anexos del final).

Obviamente, y como tantos otros extranjeros, se enamoró de estas tierras y, en algún recóndito lugar de su corazón, habrá decidido entregarle sus afanes y su vida sin otra recompensa que la paz que prometían.

No tuvo paz.

Se establece en Buenos Aires (quizás ya en la casa que aún está en pie en la calle Venezuela al 400 del barrio de Monserrat) donde lamentablemente ve fallecer a su mujer.

Poco después, y ya instalado definitivamente aquí, se casa con María Martina Sarratea - a quien amó profundamente - y se dedica a colaborar en las obras de fortificación de Montevideo.

Del Pino le encarga la jefatura del control de las famosas 30 colonias guaraníes y, desde Misiones, realiza un excelente trabajo científico y social.

Muerto Del Pino, Sobremonte lo manda llamar para que organice las fuerzas navales de la defensa de Buenos Aires. En el viaje de regreso, en el barco que desciende por el Paraná, muere de parto su esposa María Martina y queda sumido en una profunda apatía y depresión debiendo hacerse cargo de los hijos que ha tenido con ella

Sabe que el Virrey le ha hecho ese encargo, en parte para sacarlo del ostracismo en el que está sumido y en parte para alejarlo, además de las barrabasadas de su hermano mayor - Luís, Conde de Liniers.

Luís (poseedor del título familiar) era un mequetrefe soberbio y mal mandado, pero seductor y simpaticón, modelo de los muchos tirifilos "paquetes" al estilo Isidoro Cañones, que la historia nos ofrecería de ahí en más. Se dedicaba a vivir de pequeñas estafas sociales, ostentando su título de conde, de las cuales su anécdota más jugosa quizás sea la de los "caldos concentrados". Este es un episodio por demás curioso y pintoresco ya que, de haberse producido un siglo y medio más tarde, seguramente ambos hermanos se hubieran hecho millonarios. (muy a pesar de Knorr)

Por una idea que vaya uno a saber como surgió, intentaron llevar adelante un proyecto industrial que consistía en la fabricación de unas pastillas que se obtenían de la gelatina resultante de hervir carnes las que mezclaban con granos molidos y almidón de maíz. Estas pastillas se conservaban casi indefinidamente y, sumergiéndolas en agua hirviendo, se obtenía en pocos minutos un caldo por demás nutritivo.

Luís pensó que se haría rico proveyendo este invento a naves y ejércitos y se lanzó a la aventura industrial con la irresponsabilidad característica de los de su especie. Se fundió, generando un escándalo de proporciones. Santiago tuvo que cubrirlo, poner la cara y asumir las pérdidas, sin que esto significase ninguna modificación en la conducta del tarambana quien, más tarde, llegó hasta a conjurarse con los ingleses invasores (junto con Rodríguez Peña, dicen) para generar una supuesta independencia del Río de la Plata con gobierno de los de Albión y de él, por supuesto. Por esas cosas del destino, murió en 1809, dándole a Santiago un par de años de respiro.

La otra historia que sacude la apatía del héroe – aunque algunos años después – es el tema de las habladurías que involucran al futuro virrey con la "pecaminosa" y controvertida "Perichona" (Anne Marie Perichon), tema que es un poco más jugoso pero igual de grave para la conducta pacata de la sociedad porteña de entonces.

Recordemos que Santiago era un hombre relativamente joven, vigoroso y dos veces viudo con 7 hijos a cargo.

Anne Marie Perichon de Vandeuil y Anville había nacido en la colonia francesa de las islas Mauricio alrededor de 1775. En algún momento (no hay acuerdo si fue antes o después de su llegada a Buenos Aires en 1797),

se casó con Tomás O’Gorman, un rubicundo irlandés con quien no tuvo muy buen matrimonio que digamos.

(El apellido O’Gorman se nos hace conocido por la trágica historia de Camila, su nieta)

Ana se establece en Buenos Aires y su trayectoria está plagada de hechos controvertidos, historias de amores escondidos y de seducciones varias puesto que, no solamente era preciosa sino que además ostentaba una simpatía y un “charme” que la hicieron acreedora al rechazo de toda la rama femenina de la sociedad de Buenos Aires.

Santiago cayó en sus seductoras redes en aquellos días de su tristeza por el duelo.

Se cuenta que andando él por las calles orgullosamente ataviado en vistoso uniforme militar, ella le arrojó un pañuelo desde el balcón de su casa que el gentil francés recogió para enredarse en la desenfrenada pasión que puso de punta los chismorreos de la Villa.

Dicen, también, que en casa de Ana - en la esquina de las actuales Reconquista y Corrientes - se juntaban conspiradores, espías, mercaderes, contrabandistas y gentes de dudosa calaña, entre los que se podía ver a Castelli, a Pueyrredón o al fatal hermano del futuro virrey, participando de jacarandosas veladas de jolgorio y diversión.

Alzaga (Alcalde de Primer Voto) la odiaba y odiaba la relación que el enhiesto y noble militar tenía con ella. Ergo, odiaba a Liniers ( o realmente estaba prendado de ella...como otros tantos...vaya uno a saber...)

El papel que le tocó jugar en la historia a esta conflictiva dama (La Maga, le decían por la calle) tiene mucho que ver con las acusaciones de traición y descuido que se le atribuyeron al desdichado Santiago, y es desde la alcoba de “la petaquita” (como él le decía, porque era petisa) que se gesta el mayor de los desaciertos atribuidos a Liniers: Permitir la huida de Beresford y de varios de los oficiales ingleses prisioneros luego de la victoria de agosto y en medio de una incipiente inquietud política. Beresford, dicen, también la conoció y llegó a participar – suponen – de alguna de las famosas veladas...

Personalmente, me sorprende mucho que a nadie se le haya ocurrido tomar alguna de estas historias tan llenas de encantadoras aristas y tan inspiradoras para construir una (o varias) novelas... En fin... Ya vendrán...

Pero la parte fundamental de la historia de Santiago de Liniers, más que su virreinato que duró dos años solamente, es su protagonismo en las invasiones de 1806 y 1807.

Complicada historia ésta de las invasiones. Enrevesada y difusa por la enorme cantidad de intereses encontrados, ambiciones desatadas y los odios o traiciones que pusieron al descubierto.

Quizás Liniers las conocía todas, quizás no, pero lo que parece bastante cierto es que toda esa ordalía de pasiones pudo haber tenido bastante que ver con el accionar desprejuiciado y no demasiado legal de una de las instituciones más poderosas del momento: La Compañía Británica de Indias Orientales (BEIC - British East Indian Company) de la que O'Gorman (quizás también el padre de Ana) formaba parte y que influyó decididamente en todos los acontecimientos que hubieron de venir.

Hay sospechas de que tipos como Miranda (en Venezuela), Rodríguez Peña (aquí), Beresford (en Inglaterra) y otros, eran parte efectiva o simpatizante de los manejos de este coloso comercial que junto a su homónima holandesa (VOC) fueron las primeras empresas multinacionales de la historia. Y muy poderosas, por cierto.

Sería más que interesante investigar este tema, puesto que, a mi criterio, de salir a la luz la actividad de esos gigantescos emprendimientos comerciales, la historia se podría ver de una manera totalmente diferente y entender muchos de los conflictos de esos siglos que permanecen aún ocultos en el maremagnum de una historia, a veces, incomprensible.

Volvamos a los días aquellos de 1806 y 1807. Perichona o no Perichona, la promesa que Santiago hace a la Virgen ese 1º de julio en Santo Domingo, se convierte en ferrea determinación que lo lleva a ser el héroe indiscutido de la reconquista, del control y del rechazo posterior de la gran fuerza que, en 1807, comanda Whitelocke.

No me extenderé en los detalles, pero si incluyo - como Anexo III - las proclamas de Liniers para el reclutamiento y la formación de las milicias que fueron las protagonistas "de línea" de esas jornadas, porque considero

que son documentos que perfilan de manera incontrovertible la personalidad e intenciones del héroe.

Maniobras militares de valor increíble (cruzar el Río en bote en medio de una sudestada, avanzar por los pantanos del Delta, de noche y agazapados); historias de coraje ciudadano (pelear casa por casa, moviéndose rápidamente con técnicas de guerrilla para no dejar entrever la inferioridad numérica); temerario arrojo (como el del cuento que agrego aquí); y una cruenta batalla contra 8000 ingleses de Whitelocke por parte de una milicia y una población decididas a triunfar en 1807, dieron por tierra con la aventura británica y marcaron el camino a la asunción del que, decía, fue el primer (y único) virrey elegido por la voluntad popular.

*12 de agosto de 1806. Por las calles que conducen a la Plaza Mayor, avanzan en tropel las fuerzas de la reconquista, envueltas en el humo de las explosiones y el retumbar de los disparos. Liniers, instalado con sus lugartenientes en el atrio de la iglesia de la Merced, ha perdido el control de las operaciones: sus soldados, mezclados con el pueblo que pelea a mano desnuda, no escuchan ya las voces de los oficiales, y se lanzan en un solo impulso a aniquilar al enemigo. Un diluvio de fuego se desata sobre las posiciones británicas en la plaza.. Allí, al pie del arco central de la Recova, está Beresford, con su espada desenvainada, rodeado de los escoceses del 71. Esta es la última resistencia.*

*Las descargas incesantes abren sangrientos claros en las filas británicas. A los pies de Beresford cae, ultimado de un balazo, su ayudante, el Capitán Kennet. El jefe inglés comprende que ya no es posible continuar la lucha, pues sus tropas serán aniquiladas hasta el último hombre. Ordena entonces la retirada hacia el Fuerte. Allí, momentos más tarde, iza la bandera de parlamento.*

*Volcándose como un torrente en la plaza, las tropas y el pueblo llegan hasta los fosos de la fortaleza, dispuestos a continuar la lucha y exterminar a cuchillo a los británicos. En esas circunstancias arriba Hilarión de la Quintana, enviado por Liniers a negociar la rendición. Esta deberá ser sin condiciones. La muchedumbre, terriblemente enardecida, es a duras penas contenida. Se exige a gritos que Beresford arroje la espada. Un capitán británico lanza entonces la suya, en un intento por calmar a la multitud. Pero eso no conforma a la gente, y Beresford debe aceptar, aun antes de*

*que sus soldados hayan depuesto las armas, que una bandera española sea enarbolada sobre la cima del baluarte.*

*Liniers está ahora a pocos metros de la entrada de la fortaleza, aguardando la salida de su rival vencido. Beresford, acompañado por Quintana y otros oficiales, marcha hacia Liniers a través de la multitud que le abre paso. El encuentro es breve. Los dos jefes se abrazan y cambian muy pocas palabras. Liniers, después de felicitar a Beresford por su valiente resistencia, le comunica que sus tropas deberán abandonar el Fuerte y depositar sus armas al pie de la galería del Cabildo. Las fuerzas españolas rendirán, como corresponde, los honores de la guerra.*

*A las 3 de la tarde del 12 de Agosto de 1806, el regimiento 71 desfila por última vez en la Plaza Mayor de Buenos Aires. Con sus banderas desplegadas los británicos marchan entre dos filas de soldados españoles que presentan armas, hasta el Cabildo, y allí arrojan sus fusiles al pie del jefe vencedor. (ver nota completa en Anexo IV)*

El saldo de la victoria frente a los ingleses arroja como resultado muertos, heridos y contusos. Es a partir de ese momento que comienza la atención en las calles, viviendas y hospitales de sangre instalados en distintos locales. Cosme Argerich Jefe del Real Hospital de Caridad, organiza los puestos de socorro en puntos estratégicos. Todos ellos se esmeran en curar las heridas de los combatientes aún las de los antagonistas ya que la responsabilidad y la obligación moral se impone frente a todo. Recibían también la ayuda de la población que preparaban las vendas con sábanas, manteles o ropa blanca y todo lo necesario para los primeros auxilios.

Ese 12 de agosto fue el sangriento parto del párvulo que se convertiría, luego, en la Nueva y Gloriosa Nación...

**El ángel y la victoria**

Cuento

(D.M. - 2000)

- Por qué?
- Por qué, que?
- Por qué te casaste? ... Si eras monja? ...

*Sonríe la anciana, recordando, y los ojos le brillan con la picardía de un deseo siempre presente.*

- Porque un ángel vino a buscarme.
- Cómo vino? ...
- Volando, llegó volando.
- Volando?
- Si. Volando
- Contame, por favor...

*Los ojos se entrecierran y los recuerdos aparecen vívidos, relumbrantes, con la misma forma, los mismos colores y los mismos aromas de entonces.*

*- Fue hace muchos años... La guerra... La invasión... Los ingleses... Escapamos a duras penas del Convento, en medio de los tiros, el humo y los cañonazos. Había un olor acre, ácido, penetrante. Pudimos ganar la calle sin un rasguño y nos quedamos por un momento allí paradas. Todas juntas. Las novicias, las internas, y yo. Poco a poco, el humo se disipó y ahí lo vimos. Todas gritaron muy asustadas, menos yo. Venía volando lentamente hacia nosotras; bamboleándose de izquierda a derecha con sus alas desplegadas, enormes, brillantes. Una era roja, blanca y verde con dibujos que parecían letras bordadas en oro. La otra, azul y roja, con un dragón rampante dorado y negro. La tercera...*

*- Como?... Tres?...*

*- Si. Tres. Tenía tres alas - dijo, frunciendo el ceño, molesta por la interrupción y continuó: - La tercera era blanca, más chiquita que las otras y dividida en cuatro por una cruz roja. Venía derecho hacia donde yo estaba, tranquila pero inmóvil por la sorpresa y , te confieso, con un poco de miedo. Cayó de rodillas justo frente a mí. Me miró, con esa mirada triste y sabia que tienen los ángeles, y yo le sonreí.*

*Sin dejar de mirarme se sacudió las alas que se le desprendieron cayendo al suelo en un último y lento flameo. Las miró, como agradecido y, tendiéndome una mano temblorosa, se desmayó. Pobre ángel! Grité, tratando de socorrerlo. Lo abracé y lo besé en la frente. No te mueras, ángel mío! Le decía - No... No... - me contestó él en un susurro mientras yo seguía besándole la frente y acariciando su cara húmeda de sudor y sucia de barro. Lo alzamos entre todas y así, caminando muchas cuerdas, lo llevamos a casa. Y lo cuidé. Tenía varios magullones, una pierna rota y estaba muy sucio. Olía a sudor, a pólvora y sangre... Olores por cierto muy raros para un ángel; porque dicen que siempre huelen a flores y a miel... La tía me ayudó a lavarlo, porque es casada y de eso sabía bastante, a vendarlo y a entablillar. Con el tiempo y mis cuidados, se curó. Muchas veces, después, me dio las gracias... con besos... y entonces nos casamos. El, feliz de mí. Yo feliz con él.*

*Y los ojos se clavaron en los años compartidos, en el deseo satisfecho, en los hijos, en los nietos, en el trabajo y la alegría que les trajo la familia.*

.....

*Ángel Arregui, espada en la derecha, la pistola montada en la izquierda y sus excitados veintiséis años, corre al frente de la tropa. Hay humo y estruendos por todos lados. Los hombres aúllan y gritan improperios mientras avanzan a bayoneta calada hacia el destruido portón del convento. Ángel grita también: - «A la carga!... Acabemos con ellos!... Muerte al invasor!... Victoria!... A la victoria!...» - «Cuidado, teniente!» - escucha a sus espaldas, alcanzando a percibir, tarde, que su hombre de confianza cae abatido por el plomo destinado a él. Se detiene y gira, para encontrarse con el rostro, ya sin vida del amigo. Alza la vista al cielo, dolido, exasperado, implorante, y entonces las ve. Allá arriba, en el campanario, las banderas del enemigo flameando orgullosas, aún sin percatarse de la implacable derrota. Se decide. Empuja al resto de sus hombres por el portal destrozado gritando: - «Al asalto!... A ellos!... Que sean todos prisioneros!... Sargento!, hágase cargo... Yo voy por las banderas...» Y se lanza temerario subiendo la escalera de a tres escalones por vez.*

*Abajo, apenas si se escuchan algunos gritos y pocos disparos. Arriba, en el campanario, el humo asciende empujado por una suave brisa que viene del*

*río. Ángel intenta destrabar las astas pero no puede. Pasa una pierna por encima de la baranda y se aferra firmemente con una mano a la pica más prominente. Destraba una, destraba la segunda y al querer soltar la tercera, una racha de viento inoportuna produce el gualdrapeo de la más grande enredando las pesadas telas en sus arneses de guerrero. Siente que pierde pié y aferra con más fuerza los palos intentando conservar el equilibrio. No lo consigue. Las astas ceden y se precipita al vacío abrazado al enjambre de trapos ondulantes que se tensan por el viento y la caída.*

*Con horror ve acercarse el empedrado, muy despacio le parece. Irá a caer sobre ese grupo de novicias que lo miran espantadas. Ojalá no hiera a nadie, piensa, al tiempo que su pierna golpea con fuerza contra el suelo quebrándose con un chasquido sordo y lacerante.*

*Siente, lejos, las voces y percibe claramente el beso en la frente. «No te mueras, ángel mío...» alcanza a oír justo antes de caer en el pozo del desmayo, dolorido... confundido... enamorado.*

---

Los ingleses vencidos, decía, y el pueblo de Buenos Aires, enardecido, derrumban definitivamente la autoridad de Sobremonte.

La Audiencia le pide que renuncie y es la misma Audiencia la que, haciéndose eco de la voluntad de los vecinos, nombra a Santiago de Liniers y Bremont como 10º Virrey del Río de la Plata.

Voluntades que se expresaban de mil maneras, encontrándose escritos y documentos que prueban que aquí no había mentira y que, por otra parte, aparecía un primer acto oficial de independencia del poder metropolitano, decidiendo – por acción de la ciudadanía – el destino de la sociedad que, en este caso se entronizaba en la figura de i un francés !...

*“De 13 años, me presenté voluntario al ilustre, y noble amigo de mis padres, el Excmo. Señor general D. Santiago Liniers. Me destinó a un cañón para conducir cartuchos. Tengo la carta honrosa que me dio para mi madre, al siguiente día de terminada la victoria”. (D. Juan Manuel de Rosas - Carta a Josefa López en 1879)*

*"La reconquista llenó de júbilo a todo Buenos Aires: todas las clases, todas las condiciones quedaron satisfechas. El comandante Liniers, o el reconquistador, como se le llamó desde entonces, reuniendo el sufragio universal, vio en sus manos de desagraviarse y asegurar su fortuna...El comandante Liniers era un hombre de un carácter formal, pero generosa y condescendiente: su trato era decente, familiar; pero sin vanidad ni ostentación: él no pudo por lo tanto dejar de ser el primer jefe de este país, que recibiese y agasajase con igual afabilidad a los pobres y a los sucios, a los negros y a los blancos, al soldado y al oficial, produciendo de este modo un gran trastorno en las viejas y tirantes abitudes"* (Ignacio Núñez (1792-1846), patriota, oficial y periodista)

Y otros tantos más ...

Su gestión fue básicamente política, diplomática y signada por las "operaciones" de los noveles partidos políticos que, envalentonados por el éxito militar y las encendidas arengas de Moreno o Belgrano, comenzaban a tramitar la saga que desembocaría en los hechos de mayo de 1810.

Alzaga conspiraba y las acusaciones de espía francés, traidor o simplemente descomprometido y licenciado, rubricaban el encono de la "intelligentzia" contrastando con el afecto incondicional que le ofrecía la gente común.

Debió sortear innumerables contratiempos: La rebelión de Alzaga; el malquistamiento de los Moreno (ambos, Mariano y Manuel) y otros criollos; las presiones del Cabildo, institución ésta que nunca había tenido mayor preponderancia más allá de lo estrictamente municipal pero que en esos días (azuzado por Alzaga) había adquirido una relevancia tal que opacaba la gestión de la Audiencia, organismo que sí era realmente importante.

Liniers actuó con firmeza, con inteligencia y dedicación, pero el peso de una política feroz, terminó por vencerlo. No había tiempo ni energía para empedrados, colegios, fuentes u obras de infraestructura. Solo la política hablaba ... y hablaba muy fuerte.

Cartas van y cartas vienen entre Santiago y Sevilla - donde se afincaba la Junta de Regencia de España, poseedora del poder colonial y reemplazante de una Corona ausente. Quejas y recomendaciones que concluirán en la

renuncia expresa. Sevilla la acepta y le confiere el título de “Conde de Buenos Aires”, con una pensión vitalicia. Renuncia a esto también.

Estamos en 1809.

Su sucesor, Baltasar Hidalgo de Cisneros, ya está en Montevideo. Hacia allí va Liniers a transmitir el cargo y regresar para marchar a Córdoba donde prepararía su viaje de vuelta a España después de haber entregado más de veinticinco años de su vida a este territorio.

Pasados los acontecimientos de mayo, instalada la Junta en el poder y bien entrado el año de 1810, la política vuelve a alcanzarle cuando un grupo de descontentos por el discutible accionar de la Junta (especialmente de Castelli) lo convencen de lanzarse en armas contra ésta. Nadie los apoya y deben huir ante la certera posibilidad de ser apresados por las tropas que la Junta envía a sofocar la supuesta rebelión.

Santiago, junto a otros cuatro, prisionero, maniatado, exhausto por haber caminado casi una legua atado a un carro, es conducido a un bosquecito en medio del campo cercano a la posta de Cabeza del Tigre. El pelotón de fusilamiento dispara a la orden. Todos caen. El, muy malherido, atina aver las botas del oficial que viene a darle el tiro de gracia.

- Que es esto, Juan José? – alcanza a preguntar antes que el controvertido Vocal de la Junta dispare su pistoletazo mortal.

Era el 26 de agosto de 1810

Y allí termina su historia. La historia de quien fuera el primer gobernante de estas tierras elegido por voluntad popular.

Los hechos y detalles de su caída y los acontecimientos que llevaron a ella, forman parte de la Gesta de Mayo y describirlos no es el propósito de este libro.

**15**

**1809**

**Baltasar Hidalgo de Cisneros**

El último?

**A**sí como la gestión de Liniers estuvo atada a las invasiones, la de Cisneros queda firmemente anudada a los hechos de Mayo. Es Mayo el que decide, aunque Baltasar, conteste de la dificultad que implica intentar gobernar en esos días, trate por todos los medios de ordenar las cosas. Ni España ni las circunstancias locales pudieron ayudarle.

Baltasar Hidalgo de Cisneros había nacido en Cartagena en 1758 y realizó una brillante carrera naval que lo impulsó hasta el grado de Almirante.

Fue altamente reconocido por su decisión y valor en la batalla de Trafalgar en la que participó a bordo del buque "Trinidad", la nave insignia española (aunque algunos historiadores dudan de esto y lo ponen al margen de tan importante evento)

Los ingleses lo toman prisionero y lo liberan con honores tiempo después para que pueda atender mejor sus heridas, de las que resulta sordo.

La Junta Soberana (la de Sevilla) considera que es el hombre adecuado para aquietar las turbulentas aguas del Plata y lo comisiona en reemplazo de Liniers en 1809.

Toma el cargo en Montevideo e inmediatamente se instala en Buenos Aires.

Siempre supo que su gestión sería más que difícil. Los enconos y las pasiones no le iban a permitir un gobierno pacífico, por lo que se abocó a dos tareas principales: Una, enderezar las alicaídas finanzas del Virreinato y la otra, evitar - en lo posible - el desarrollo de los intentos emancipadores tratando de calmar los ánimos de una sociedad que se debatía en el caos institucional.

En la primera tarea, las cosas no le fueron del todo mal. Mediante un par de decretos (en los que se nota la mano de Belgrano e influenciado por el alegato que Moreno publica bajo el título de "Representación de Los Hacendados") permite el libre comercio con puertos ingleses, tanto continentales como coloniales, lo que provoca la queja de importadores españoles obligándolo a modificar la medida abriendo Buenos Aires a más

puertos y emplazando a los ingleses a "concluir sus negocios en tiempo breve".

La efectividad de estas medidas se hace notable casi enseguida. De una recaudación impositiva que había caído de unos 500.000 pesos en 1805 a menos de 300.000 en 1809, pasa a más de un millón en 1810. Las quejas se callan.

En el otro asunto no le fue tan bien.

Debe reprimir ferozmente los levantamientos de Chuquisaca y La Paz, enviando tropas que dejarán miles de muertos y mucho más resentimiento. En Buenos Aires, deberá ocuparse de componer mecanismos de control y vigilancia que irritan a todos. Indulta a Alzaga (preso desde 1809) y crea el Juzgado de Vigilancia Política una especie de Mazorca destinada a controlar todas las reuniones

*"En mérito a haber llegado la noticia de que en estos dominios se iba propagando cierta clase de hombres malignos y perjudiciales, afectos a ideas subversivas que propenden a trastornar y alterar el orden público y gobierno establecido", y a perseguir " a los que promuevan o sostengan las detestables máximas del partido francés y cualquier otro sistema contrario a la conservación de estos dominios en unión y dependencia de esta metrópoli."*

Pero quizás la maniobra que anticipa su fin - y el principio de nuestra "Historia Oficial" fue el intento de contener las noticias que llegaban de España con la caída de la Junta Soberana de Regencia y el triunfo de los franceses sobre el ejército español.

En esa época el puerto aún no existía. Los barcos se seguían atendiendo "en rada" como en los primeros años de virreinato, aunque había un pequeño "malecón", muelle o escollera que más tarde daría pie al famoso "Muelle de las Catalinas", a la altura de lo que es hoy la calle Córdoba.

Las embarcaciones pequeñas y de poco calado (bergantines o bricks) podían arrimarse a él para descargar sus exiguas bodegas que, principalmente, transportaban el correo, documentos o pequeños paquetes ya que su velocidad y maniobra aventajaba a la de los grandes veleros de carga.

Los papeles oficiales, cartas o periódicos, se despachaban en barriles que, aunque ocupaban mucho espacio - aliviando de paso la carga - no permitían que sus contenidos se mojaran durante las largas travesías. Los periódicos venían en rollos, desarmados, y se armaban en la Aduana al abrirse los barriles. Luego los ejemplares se distribuían entre la población a través de las librerías o de puestos en la Recova

El 18 de mayo de 1810, uno de esos "contenedores" trae el periódico en el que se anuncia la prisión de Fernando VII y la caída de la Junta de Sevilla ocurrida tres meses atrás.

Enterado Cisneros, impide que esa noticia circule, confiscando los ejemplares.

El viejo truco de matar al cartero ...

Pero Belgrano y otros cofrades estaban cerca. La noticia se difunde igual y los ejemplares tienen que ser distribuidos de todas maneras en los días siguientes.

Ya sabemos lo que pasó. Cabildo Abierto el 22, Junta Grande el 23, Otra reunión más y Primera Junta (Segunda en realidad) el 25. Y ¡zas! Nos emancipamos de la Madre Patria, después de 230 años de vida colonial ... Todo en una semana ...

Cisneros no era un cabrón. Su prestigio como valeroso oficial en Trafalgar le otorgaban el respeto y el afecto de mucha gente, incluyendo a patriotas criollos, y la buena voluntad desplegada para intentar resolver las cosas hacían que fuese difícil moverlo de una posición que debe haber sido conciliadora y proyectista. Tanto es así que la Primera Junta (La Junta Grande) lo tiene como Presidente... Cargo que él acepta sin poner ninguna condición.

No hubo caso. La Junta del 25 (La Segunda Junta) termina destituyéndolo y lo embarca en un mercante inglés rumbo a Canarias.

Ya en España, él mismo pide su Juicio de Residencia del que es absuelto y comandado como Ministro de Marina cargo que ocupa hasta su muerte en 1829.

Buenos Aires tiene una calle de una cuadra en el barrio de Villa del Parque a la altura de Juan B. Justo entre Caracas y Gavilán que lleva su nombre ...

**16**

**1811**

**Javier de Elío**

El virrey al que le pegan un grito

La historia del virreinato no termina en Cisneros. Queda uno más. El Brigadier Francisco Xavier de Elio.

El mecanismo de nombramiento de virreyes se daba en base a propuestas al Rey o por recomendación de los antecesores que guardaban, bajo sobre lacrado, el nombre de quien sugerían podría sucederlos. Liniers propone a de Elío y, aunque quien lo sucede es Cisneros (por decreto de la Junta en el Exilio) el nombre de don Javier de Elío sigue flotando luego de la expulsión de Cisneros.

De Elío siempre había sido un hombre de confianza de las elites gobernantes, discreto militar y un buen soldado en lo referente a su disposición a la obediencia. Era por entonces, el gobernador militar de Montevideo, nombrado en 1806 por Sobremonte y confirmado luego por Liniers.

También tuvo que irse, y esta vez sin haber podido ejercer ni una pizca de su mandato ... o casi ...

Perdida Buenos Aires a manos de la junta que gobierna "en nombre de Fernando VII" y establecida la anarquía en un poder que desprecia a la Audiencia y al Consulado, la sede del virreynato se traslada a Montevideo y de Elío toma su cargo intentando calmar los ánimos... a fuerza de represión...

El 27 de febrero de 1811, los criollos Viera y Benavidez, a orillas del arroyo Asencio (Salto, Uruguay), manifiestan en una proclama militar su

compromiso independentista en lo que la historia llamará "El Grito de Asencio", que marca el principio de la larga Guerra de la Independencia.

De Elío es derrotado militarmente en la escaramuza que sucedió al "Grito".

Dije que casi no gobernó puesto que tomó una sola medida en los pocos meses que ejerció el cargo: Mandó evacuar la guarnición española de la Isla Soledad, en Malvinas, dejándolas abandonadas y "a punto" para la usurpación por los ingleses.

Como a Cisneros, la Junta de Buenos Aires lo embarca y lo fleta de regreso a España.

Ahora si ... Punto final ... Y principio de otra historia

Gobierna la Junta y el Virreinato del Río de la Plata pasa a ser un recuerdo más en la memoria de un imperio que se cayó de maduro.

## **EPILOGO**

**H**asta aquí el relato de la presencia y labores de doce hombres que timonearon la nave de la historia de una comunidad joven, perpleja, ambiciosa y vital, en el embravecido mar del final del siglo XVIII y principios del XIX.

Quedan: la Colonia de Cevallos, las instituciones y las obras de Vértiz, los empedrados de Loreto, la policía de Arredondo, las colonias indígenas de Avilés, las obras de arquitectura de Del Pino, los logros de Sobremonte (en Córdoba), la heroica reconquista de Liniers con su latente contenido de libertad y democracia y, al final, la emancipación a horcajadas de Cisneros y el fracasado de Elío.

Pienso que no es anacrónico creer que lo que pasó, sigue siendo. Siempre estamos ahí. Somos eso, somos ellos. Cuando digo "mucama", cuando me como un tamal o una carbonada, cuando escucho un tango, cuando camino por el irregular empedrado de San Telmo, cuando me escapo de la locura de Onganía por la ventana de la casa en la que estudié, cuando voto displicentemente porque - siempre - espero al "virrey" de turno, estoy allí. Soy ellos...

No creo que la historia sea el fluir de un río. Es el mar. Siempre está ahí. Va y viene, sube, baja, se remueve en olas, se agita, pero permanece.

La idea, de todas maneras, ha sido conectar un hilo entre la fantasía pura (que es lo real) y la realidad (que es pura fantasía).

Cuando vayamos a Liniers o deambulemos por las calles del barrio de Belgrano, por Loreto, Del Pino o Arredondo, cuando crucemos frente a la Quinta Presidencial de Olivos sabremos que esos hombres, con valentía e inteligencia, obstinación y errores, a veces; con orgullo y obediencia, siempre; marcaron el rumbo de un destino irreversible: El parto y nacimiento de la Nación que, con defectos, virtudes y conflictos, es hoy nuestra muy denostada y muy querida República Argentina.

Pero que fue de la familia del atribulado Antonio Arregui?

El fornido vasco murió poco después de los sucesos de 1810. Nunca llegó a salvar definitivamente un negocio que, de próspero en un principio se convirtió en una carga casi insoportable para su alicaída ancianidad. La tristeza y los sobresaltos económicos lo postraron hasta el final.

Mariana, desconsolada, tomó los hábitos en el mismo convento de su hija quien, poco después, murió a resultas de la larga enfermedad que nunca pudo curar.

Ángel, herido en aquel suceso de las banderas, recuperó su salud con los cuidados amorosos de la novicia que lo recogió y que dejó los hábitos para casarse con él.

Tuvieron una larga descendencia

Una biznieta, muy bella y de fuerte carácter, captó el corazón de Lucio Vicente López quien le obsequió un ejemplar de la primera edición de "La Gran Aldea" dedicado con fogosas palabras de amor.

Pero ella prefirió a otro, un joven profesor de química llamado Pedro Mésigos con el cual se casó...

Mi abuelo.

## **Anexo II**

### **Gobernadores del Río de la Plata**

1. Hernando Arias de Saavedra - "Hernandarias" (1617-1618)
2. Diego de Góngora (1618-1623)
3. Francisco de Céspedes (1623-1631)
4. Pedro Esteban Dávila (1631-1637)
5. Mendo de la Cueva y Benavides (1637-1641)
6. Ventura Moxica,
7. Pedro de Rojas,
8. Andrés de Sandoval,
9. Andrés de Sandoval (Interino) (1641)
10. Jerónimo Luís de Cabrera (1641-1645)
11. Jacinto Lariz (1645-1653)
12. Pedro Baigorri Ruiz (1653-1660)
13. Alonso Mercado y Villacorta (1660-1663)
14. Juan Martínez de Salazar (1663-1674)
15. Andrés de Robles (1674-1678)
16. José de Garro (1678-1682)
17. José de Herrera y Sotomayor (Interino) (1682-1691)
18. Agustín de Robles (1691-1698)
19. Manuel de Prado y Maldonado (1698-1701)
20. Alonso Juan de Valdés e Inclán (1701-1707)
21. Manuel de Velasco y Tejada (1708)
22. Juan José de Mutiloa (Interino)
23. Alonso de Arce y Soria (1714)
24. José Bermúdez de Castro (Interino) (1714-1715)

25. Baltasar García Ros (1715-1717)
26. Bruno de Zavala (1717-1734)
27. Miguel de Salcedo y Sierra Alta (1734-1742)
28. Domingo Ortiz de Rozas (1742-1745)
29. José de Andonaegui (1745-1756)
30. Pedro Antonio de Cevallos (1756-1766) (1ª Vez)
31. Francisco de Paula Bucarelli y Ursúa (1766-1770)
32. Juan José de Vértiz y Salcedo (1770-1776) (1ª Vez)

### **Anexo III**

#### *Proclama de Santiago de Liniers y Bremond para la creación de los Cuerpos Urbanos destinados a la defensa de Buenos Aires*

Es justo temor de que veamos nuevamente cubiertas nuestras costas de aquellos mismos bajeles enemigos que poco hace hemos visto desaparecer huyendo de la energía y vigor de nuestro invencible esfuerzo; la lisonjera y bien fundada esperanza de conservar en toda su opinión las victoriosas armas de nuestro muy amado soberano; y el mantenimiento y sostén de la alta gloria con que se acaba de cubrir esta felicísima provincia por el incomparable ardor con que habéis vencido y sojuzgado los escuadrones enemigos que osaron profanar con el estruendo de sus armas este afortunado suelo, me hacen esperar sin el menor motivo de zozobra que correréis ansiosos de prestar vuestro nombre para defensa de la misma patria que acaba de deberos su restauración y libertad. América, envanecida de alimentar unos habitantes que a costa de su sangre han

sabido comprar el glorioso triunfo de las armas españolas, guardará con la mayor veneración en el inmortal archivo de su fama la tierna memoria de un sacrificio tan grande como extraordinario, y podrá colocar sus heroicos hechos entre los que con veneración y asombro custodia el mundo antiguo. Yo mismo, yo mismo, compatriotas, soy testigo del animoso esfuerzo, del prodigioso entusiasmo con que os prestasteis todos voluntariamente a tomar las armas para arrojar de nuestras riberas y nuestro suelo al enemigo que tan injustamente le oprimía; yo, yo mismo he visto pintada en vuestro semblante la vergüenza y confusión al ver que corrían los instantes y se dilataba el tiempo de vengaros del ultraje perpetrado en la nación; y que no sólo no me ha sido necesario inflamar vuestro valor y recordar vuestra lealtad, sino que me fue absolutamente indispensable muchas veces prevalerme del amor con que me mirabais como a caudillo para moderar alguna pequeña parte de vuestro ardimiento generoso.

Así, para que no decaiga un solo punto la gloria de que para siempre habéis cubierto al suelo americano, para mantener con dignidad la alta reputación de las armas del rey católico, y para asegurar la quietud tranquila de vuestros hijos y la posesión de vuestros bienes, exige el respeto a la religión, la lealtad al soberano y el amor a la patria, de que sois tan dignos habitantes, el que renazcan en América los antiguos e inextinguibles timbres de las provincias de la monarquía española, resucitando aquí sus hijos aquel antiguo esplendor que ha constituido el carácter distintivo de su fidelidad y de su gloria.

A este propósito espero que, uniendo vuestra voluntad a mis deseos, vengáis a dar el más constante testimonio de vuestra lealtad y patriotismo, reuniéndose en cuerpos separados, y por provincias, y alistando vuestro nombre para la defensa sucesiva del suelo que poco hace habéis reconquistado.

Vengan, pues, los invencibles cántabros, los intrépidos catalanes, los valientes asturianos y gallegos, los temibles castellanos, andaluces y aragoneses; en una palabra, todos los que llamándose españoles se han hecho dignos de tan glorioso nombre. Vengan, y unidos al esforzado, fiel e inmortal americano, y a los demás habitantes de este suelo, desafiaremos a esas aguerridas huestes enemigas que, no contentas con causar la desolación de las ciudades y los campos del mundo antiguo, amenazan

envidiosas invadir las tranquilas y apacibles costas de nuestra feliz América.

Buenos Aires, 6 de septiembre de 1806”

**Y otra:**

“Uno de los deberes más sagrados del hombre es la defensa de la patria que lo alimente; y los habitantes de Buenos Aires han dado siempre mas más relevantes pruebas de que conocen y saben cumplir con exactitud esta preciosa obligación. La proclama pública el 6 de corriente convidándolos a reunirse en cuerpos separados y por provincias, ha excitado en todos el más vivo entusiasmo, y, ansiando por verse alistados y condecorados con el glorioso título de soldado de la patria, sólo sienten los momentos que tarda en realizarse tan loable designio. Con este objeto, pues, penetrando de la más dulce satisfacción por lo nobles sentimientos que les anima, vengo en convocarlos por medio de ésta, para que concurran a la Real Fortaleza, los días que abajo irán designados, a fin de arreglar los batallones y compañías, nombrando los comandantes y sus segundos, los capitanes y sus tenientes a voluntad de los mismos cuerpos; a los cuales presentaré en aquel acto un diseño del uniforme que precisamente deben usar, si ya no le tuvieren elegido.

Los días señalados para la concurrencia en el Fuerte son a las dos y media de la tarde, a saber:

Catalanes, el miércoles 10 del corriente

Vizcaínos y cántabros, el viernes 12

Andaluces, castellanos, levantinos y patricios, el lunes 15

Ninguna persona en estado de tomar las armas dejará de asistir sin justa causa a la citada reunión, so pena de ser tenida por sospechosa y notada de incivismo, quedando en tal caso sujetos a los cargos que deban hacerseles.

Buenos Aires, 9 de septiembre de 1806”.

## **Anexo IV**

Una crónica sobre las Invasiones...

4 de Agosto de 1806. Son las nueve de la mañana. En el fondeadero del río Las Conchas reina un movimiento extraordinario. Decenas de embarcaciones se aproximan a la ribera, y de ellas descienden los soldados de la fuerza expedicionaria de Liniers. El marino francés, que hace ya más de treinta años sirve a la corona de España, da así principio a la marcha que culminará con la reconquista de Buenos Aires.

En menos de una hora las tropas terminan la operación de desembarco. Bajan también a tierra más de 300 marineros de la flotilla y, al mando de su jefe, Brigadier Juan Gutiérrez de la Concha, pasan a engrosar los efectivos de Liniers. Este resuelve pernoctar en el lugar para iniciar el avance al día siguiente. Los soldados deben soportar esa noche una violenta lluvia que, con breves interrupciones, habrá de prolongarse hasta el día 8 de Agosto. Ese temporal tiene decisiva influencia en el desarrollo de las operaciones, pues Beresford, que se propone salir de Buenos Aires para enfrentar a campo abierto a las columnas de Liniers, se ve obligado a permanecer en la capital. Desprovisto de tropas de caballería, el General inglés considera imposible marchar a pie con sus soldados por los caminos que la lluvia ha convertido en ríos de barro.

Las tropas españolas y criollas acometen, sin embargo, la dura travesía por el lodazal. Salvo una compañía de Dragones, y la caballería voluntaria que comanda Pueyrredón, el resto de la fuerza debe marchar a pie. El avance, finalmente, se interrumpe en San Isidro. En la mañana del 9 de Agosto las condiciones del tiempo mejoran, y Liniers da nuevamente la orden de marcha. Al otro día el ejército se encuentra en los Corrales de Miserere (actual Plaza Once), a pocos kilómetros al oeste de Buenos Aires.

En la ciudad, Beresford verifica con alarma la creciente hostilidad de la población. La provisión de víveres se interrumpe y los negocios y pulperías cierran sus puertas. El jefe inglés comprende entonces que no podrá mantenerse por mucho tiempo en la plaza, donde sus tropas corren el peligro de quedar atrapadas y sin posibilidad alguna de escapatoria. Piensa ya retirarse a través del Riachuelo hasta el puerto de la Ensenada, para reembarcarse allí en la flota de Popham.

Al caer la tarde, arriba al fuerte un emisario de Liniers, el capitán Hilarión de la Quintana, quien presenta a Beresford una intimación de rendición, Este último la rechaza en caballeresco mensaje y, temiendo un sorpresivo ataque nocturno, atrinchera sus fuerzas en torno de la Plaza Mayor. Hombres y cañones son emplazados en el Fuerte, la Recova y los edificios y calles que rodean la plaza. El temido asalto, sin embargo, no se produce.

Esa misma noche, mientras los ingleses montan nerviosa guardia en el centro de Buenos Aires, las tropas de Liniers se desplazan en una marcha de flanco sobre el Retiro. En el transcurso del avance comienza la incorporación masiva y entusiasta de la población de la capital a la fuerza reconquistadora. Centenares de hombres y niños se pliegan a las filas de Liniers, reclamando armas para participar en la lucha. Los cañones son arrastrados a pulso, a través del barro, por cuadrillas de muchachos, hecho que permite a Liniers alcanzar su objetivo en la madrugada del 11 de Agosto.

Toda la ciudad está ya en rebelión. Desde las azoteas y balcones se hace fuego de fusilería sobre las tropas inglesas que intentan abandonar la plaza para salvar al destacamento del Retiro. Allí los hombres de Liniers consiguen aplastar rápidamente la resistencia de los británicos. De los 15 soldados que defienden el arsenal, ocho son muertos, cinco heridos y dos caen prisioneros.

Beresford enfrenta ahora una situación desesperada. Desde todas las direcciones convergen sobre la plaza grupos de la fuerza enemiga, avanzando a través de los techos y azoteas. Uno a uno, los puestos avanzados británicos son aniquilados. Es necesario tomar una decisión antes de que sea demasiado tarde. Esa misma mañana, Popham baja a tierra y sostiene una dramática conferencia con Beresford. Los dos jefes comprenden que la aventura ha terminado, y que es preciso actuar cuando

aún queda tiempo para salvar a la tropa. Resuelven entonces embarcar esa misma noche, en el muelle de la ciudad, a todos los heridos y a las mujeres e hijos de los soldados del 71 que, como era común en la época, acompañaban a la tropa en las campañas de larga duración. Las tropas, apenas despunte el día, abandonarán la ciudad y se dirigirán a marcha forzada al puerto de la Ensenada, donde se embarcarán inmediatamente.

Sin embargo, el ejército de Liniers y el pueblo de Buenos Aires impedirán que los británicos concreten su propósito.

12 de agosto de 1806. Por las calles que conducen a la Plaza Mayor, avanzan en tropel las fuerzas de la reconquista, envueltas en el humo de las explosiones y el retumbar de los disparos. Liniers, instalado con sus lugartenientes en el atrio de la iglesia de la Merced, ha perdido el control de las operaciones: sus soldados, mezclados con el pueblo que pelea a mano desnuda, no escuchan ya las voces de los oficiales, y se lanzan en un solo impulso a aniquilar al enemigo. Un diluvio de fuego se desata sobre las posiciones británicas en la plaza.. Allí, al pie del arco central de la Recova, está Beresford, con su espada desenvainada, rodeado de los escoceses del 71. Esta es la última resistencia.

Las descargas incesantes abren sangrientos claros en las filas británicas. A los pies de Beresford cae, ultimado de un balazo, su ayudante, el Capitán Kennet. El jefe inglés comprende que ya no es posible continuar la lucha, pues sus tropas serán aniquiladas hasta el último hombre. Ordena entonces la retirada hacia el Fuerte. Allí, momentos más tarde, iza la bandera de parlamento.

Volcándose como un torrente en la plaza, las tropas y el pueblo llegan hasta los fosos de la fortaleza, dispuestos a continuar la lucha y exterminar a cuchillo a los británicos. En esas circunstancias arriba Hilarión de la Quintana, enviado por Liniers a negociar la rendición. Esta deberá ser sin condiciones. La muchedumbre, terriblemente enardecida, es a duras penas contenida. Se exige a gritos que Beresford arroje la espada. Un capitán británico lanza entonces la suya, en un intento por calmar a la multitud. Pero eso no conforma a la gente, y Beresford debe aceptar, aun antes de que sus soldados hayan depuesto las armas, que una bandera española sea enarbolada sobre la cima del baluarte.

Liniers está ahora a pocos metros de la entrada de la fortaleza, aguardando la salida de su rival vencido. Beresford, acompañado por Quintana y otros oficiales, marcha hacia Liniers a través de la multitud que le abre paso. El encuentro es breve. Los dos jefes se abrazan y cambian muy pocas palabras. Liniers, después de felicitar a Beresford por su valiente resistencia, le comunica que sus tropas deberán abandonar el Fuerte y depositar sus armas al pie de la galería del Cabildo. Las fuerzas españolas rendirán, como corresponde, los honores de la guerra.

A las 3 de la tarde del 12 de Agosto de 1806, el regimiento 71 desfila por última vez en la Plaza Mayor de Buenos Aires. Con sus banderas desplegadas los británicos marchan entre dos filas de soldados españoles que presentan armas, hasta el Cabildo, y allí arrojan sus fusiles al pie del jefe vencedor.

En ese momento, el Comodoro Popham se dirige, a bordo de la fragata "Leda", hacia el puerto de la Ensenada. Desde allí, después de inutilizar la batería española, emprende viaje hacia Montevideo, donde se reúne con el resto de su flota. Popham, pese a la derrota, no ha perdido sus esperanzas. Sabe que ya navegan, rumbo al Río de la Plata, nuevas fuerzas británicas.

14 de Agosto de 1806. En Buenos Aires reina una enorme agitación. Se ha difundido la noticia de que el Virrey Sobremonte regresa a la capital, decidido a reasumir el gobierno. Esto, para los porteños, es inaceptable. Grupos de exaltados recorren las calles, exigiendo a gritos la destitución de Sobremonte. Frente al Cabildo, donde se hallan reunidos en asamblea extraordinaria los principales hombres de la ciudad, se concentra una inmensa muchedumbre, dando mueras al virrey y aclamando a Liniers, el héroe de la reconquista.

En el interior del Cabildo la asamblea se desarrolla desordenadamente, bajo la presión de la gritería que llega desde la plaza. Sobremonte debe ser separado del mando, ésa es la opinión multitudinaria. Sin embargo, los funcionarios españoles de la Audiencia, a los que se une el obispo Benito Lué y Riega, tratan de impedir que se concrete esa medida. Para ellos, Sobremonte no puede ser privado en forma alguna de su cargo, pues eso implicaría un atropello contra la autoridad del rey. Contra esos argumentos se levanta la airada respuesta de varios asambleístas. Uno de ellos, el criollo Joaquín Campana, afirma resueltamente:

*-¡Es el pueblo, para asegurar su defensa, el que tiene autoridad para decidir quién habrá de gobernarlo!*

En la plaza la agitación degenera en tumulto. Juan Martín de Pueyrredón se asoma a los balcones del Cabildo e incita a la multitud a exigir la entrega inmediata del poder a Liniers. La gente se arremolina y atropella contra los guardias que custodian las entradas del edificio. Muchos consiguen irrumpir en el recinto donde se celebra la reunión, y exigen enardecidos que se proceda sin más trámite a acatar la voluntad popular.

En medio del desorden, los miembros de la Audiencia abandonan el Cabildo, pero, provocar, con su ausencia, la disolución de la Asamblea. No logran, empero, su propósito. Los que permanecen en el edificio ponen término a la discusión y designan a Liniers jefe militar de la ciudad. Al tener noticia del nombramiento, la multitud estalla en una ovación ensordecedora. Así, la jornada del 14 de Agosto marca el fin de toda una época. El pueblo de Buenos Aires, al imponer la designación de Liniers, su caudillo, ha ejercido por primera vez su soberanía.

Se inicia el mes de Septiembre de 1806. El Comodoro Popham se encuentra con sus barcos frente a Montevideo, bloqueando estrechamente el puerto. La permanencia de la fuerza naval británica en el Río de la Plata señala claramente que, a corto plazo, habrá de producirse un nuevo ataque. Buenos Aires, ante la amenaza, se prepara febrilmente para la defensa. El día 6, Liniers lanza una proclama en la que convoca a todos los hombres aptos para empuñar las armas a incorporarse en los batallones que serán organizados para enfrentar la agresión. Estos cuerpos, por decisión de Liniers, se identificarán por el lugar de nacimiento de sus componentes. El caudillo crea así un nuevo ejército que nada tiene que ver con la fuerza profesional que hasta entonces existía en el Virreinato. El suyo será un ejército popular, con sus jefes y oficiales elegidos por la propia tropa.

La razón de esta medida es muy simple: Liniers sabe que no puede esperar ninguna ayuda de España, pues desde la victoria de su escuadra en Trafalgar, los británicos dominan en forma absoluta las comunicaciones oceánicas con la Península. El Virreinato, por lo tanto, está enteramente librado a su propia suerte. Para enfrentar la nueva invasión inglesa no queda, en consecuencia, más que recurrir a la movilización masiva de los

vecinos. Habrá que improvisarlo todo, apelando a la voluntad de lucha del pueblo.

A partir del 10 de Septiembre, y en medio de un entusiasmo extraordinario, se inicia la constitución de los cuerpos y la elección de los jefes y oficiales. Surgen así los batallones de Patricios, comandados por Cornelio Saavedra, un comerciante transformado en Coronel por el voto de sus soldados. En ese cuerpo, el más poderoso por el número de sus efectivos, se alistan voluntariamente los criollos naturales de Buenos Aires. Suman más de 1.300 hombres y la mayor parte de ellos son, tal como lo señalan las actas del Cabildo, "jornaleros, artesanos y menestrales pobres". De igual forma se organizan los restantes batallones: Montañeses, Catalanes, Andaluces, Asturianos, Arribeños, Migueletes, Cazadores, Gallegos y Húsares. Cada unidad procede a designar sus comandantes, eligiendo a los hombres que se consideran más capaces para ejercer el mando.

El ejército que forma Liniers suma pronto una fuerza de 8.000 soldados. Muchos hombres más desean incorporarse a las filas, pero no hay suficientes armas para equiparlos. En los arsenales sólo existen 4.000 fusiles, de los cuales 1.600 son los capturados a las tropas inglesas de Beresford. Liniers recurre entonces a la población, y requisas todas las armas de fuego de propiedad privada. Así se consigue aumentar en parte el armamento. La falta de pólvora constituye el obstáculo más grave, pues no se puede esperar envío alguno de España. La otra fuente de abastecimiento, Chile, tampoco está en condiciones de proporcionar pólvora a Buenos Aires en forma inmediata, pues los pasos de la cordillera están cerrados por las nieves invernales. En última instancia, este problema también quedará resuelto: los meses corren sin que el ataque británico se produzca y, a principios de Enero de 1807, al llegar el verano, son traídas con toda urgencia desde Chile varias toneladas de pólvora. Buenos Aires queda, entonces, en condiciones de enfrentar la invasión.

Diariamente, desde las seis hasta las ocho de la mañana, los voluntarios se concentran en las plazas y espacios abiertos de la ciudad, y proceden a adiestrarse en el uso de las armas y en la ejecución de marchas y maniobras. El impresionante espectáculo que ofrecen los ejercicios bélicos de esa inmensa masa de soldados acrecienta la fe de la población en la

victoria final. Buenos Aires, convertida en plaza de guerra, aguarda así el ataque británico.

12 de Octubre de 1806. En las calles de Montevideo la gente se aglomera para presenciar la entrada del Virrey Sobremonte. El gobernador de la plaza, Ruiz Huidobro, ha hecho todo lo posible para dar un solemne recibimiento al mandatario que, repudiado por el pueblo de Buenos Aires, ha resuelto pasar a la Banda Oriental. Sobre la ruta que sigue la carroza del Virrey han sido tendidos arcos de flores, y las tropas formadas en línea presentan sus armas. Pero la población no tarda en expresar abiertamente su oposición a Sobremonte. Días más tarde, cuando el Virrey recorre la ciudad, grupos de muchachos se abalanzan sobre su carroza y arrojan contra ella piedras y desperdicios.

La escena vuelve a repetirse poco después cuando el Virrey realiza un nuevo paseo en compañía de Ruiz Huidobro y su escolta. Esta vez, el pueblo, desde aceras, ventanas y balcones, vocifera sin contemplación alguna su condena:  
-¡Muera el traidor *Sobremonte!*

Jamás, hasta ese momento, gobernante alguno del Virreinato ha sido objeto de un atropello semejante. La violenta reacción popular señala así el resquebrajamiento de una subordinación que, durante siglos, permaneció inalterada. Sobremonte percibe claramente este hecho, y comprende que la rebelión que se produce en Montevideo y Buenos Aires contra su persona representa una gravísima amenaza contra la perpetuación del orden colonial. Decide entonces informar sin tardanza a la Corte, para justificar su conducta y comunicar los acontecimientos que han culminado con su virtual separación del poder. El 27 de Octubre redacta una larga carta dirigida al primer ministro Godoy, en la que expone el cambio revolucionario que ha tenido lugar en el Virreinato a raíz de la designación de Liniers por el Cabildo Abierto del 14 de Agosto de 1806. Estas son sus declaraciones:

"El abogado Joaquín Campana y dos o tres más de la misma facultad, mozuelos despreciables que le siguieron, fueron los que tomaron la voz en tal Congreso, y con una furia escandalosa intentaron probar que el pueblo tiene autoridad para elegir quién le mandase a pretexto de asegurar su defensa. Los autores de tales hechos cuidaron de preconizar su fidelidad al Rey para cohonestar su desacato al verdadero representante,

proporcionándose así un gobierno popular. Liniers, unas veces con apariencia de sumiso y otras con las de independiente, dispone de la imprenta para publicar con ella los papeles que se le antoja, y los que quiere cualquiera, pero lo que es más, los oficios que dirige a Vuestra Excelencia, sin consultar al Virrey, y por congratularse con el pueblo que es el que manda y a quien se somete... crea los empleos que se le presentan a su idea, y ve con la mayor indiferencia los excesos de su gente... junta sus voluntarios urbanos que han substituido a la Milicia, y por ellos y los veteranos (aunque parece que éstos se le resistieron) se hace hacer los honores de Teniente General, y se torna todo el aire de superioridad y de preeminencia en los actos públicos."

Simultáneamente, en Buenos Aires, el fiscal de la Audiencia, Antonio Caspe y Rodríguez, envía un informe en términos similares al gobierno de España:

*"No se puede confiar con las tropas de aquí, ni con las que se trata de levantar: vengan españoles, venga Virrey, hombre acreditado y sin relaciones con el país, vengan oficiales y no se permitan extranjeros con ningún motivo, y esto aunque se verifique la paz, pues lo que menos temo son los enemigos de fuera... es un malísimo ejemplo que Liniers continúe en el mando porque no debe tolerarse que el pueblo imponga su voluntad."*

Sobremonte y Caspe y Rodríguez alertan de esta forma a la autoridad metropolitana acerca de la grave crisis que se ha desencadenado en el Virreinato, y señalan los peligros que la intervención directa del pueblo en los asuntos públicos implica para la estabilidad y preservación de las instituciones coloniales.

A mediados de Octubre se presentan en el río de la Plata naves británicas, conduciendo a bordo un contingente de 2.000 soldados. Esas tropas, comandadas por el coronel T. J. Backhouse, constituyen el refuerzo que, cuatro meses atrás, solicitara Beresford a su superior, el General Baird, después de concretar la conquista de Buenos Aires. Los soldados han zarpado de Cabo de Buena Esperanza a fines de Agosto, sin tener noticias de que, en ese momento, Beresford ya ha sido derrotado y capturado junto con sus hombres por las fuerzas de Liniers. El auxilio, por lo tanto, llega demasiado tarde. Pese a ello, Popham, al entrevistarse con Backhouse y discutir con él la situación, resuelve realizar un nuevo ataque. Esta vez el objetivo será la ciudad de Montevideo.

El 28 de Octubre los barcos británicos se aproximan a la costa, e inician un violento cañoneo contra las fortificaciones de Montevideo. Mientras los proyectiles caen sobre la plaza, en las cubiertas de las naves los soldados aguardan con sus armas listas, esperando la orden de embarcar en los botes para lanzarse al asalto. La operación, sin embargo, no se realiza. Una pronunciada bajante en las aguas del río impide a las naves acercarse suficientemente a tierra para apoyar el ataque. Popham, ante la dificultad, resuelve poner término al bombardeo y se dirige con sus barcos río afuera. A la mañana siguiente la flota inglesa echa anclas frente a la localidad de Maldonado, y 400 soldados son bajados a tierra como primera fuerza de choque. En Maldonado, un reducido contingente español intenta oponer resistencia, pero es fácilmente derrotado. La ciudad queda, así en manos de los británicos, y Popham y Backhouse deciden aguardar allí la llegada de nuevos refuerzos para llevar adelante la conquista de Montevideo.

En esta ciudad, la noticia del desembarco de los ingleses y de la ocupación de Maldonado provoca tremenda consternación. Se aceleran los preparativos de la defensa, pues se espera que de un momento a otro aparezcan los británicos y realicen un doble asalto por agua y tierra. El Gobernador Ruiz Huidobro lanza una proclama en la que ordena la movilización de hombres, mujeres y niños para enfrentar el ataque. El documento, cuyo texto es pregonado por todas las calles y plazas, concluye con una dramática exhortación:

“Ha llegado el momento de desplegar la energía de vuestro valor. Decídase el ánimo de los habitantes de Montevideo a morir con honor antes que rendirse.”

La resuelta actitud de Ruiz Huidobro no es, sin embargo, respaldada por el Virrey Sobremonte, quien se niega a marchar al encuentro de las fuerzas británicas atrincheradas en Maldonado. El 1º de Noviembre, el Virrey celebra una junta de guerra con sus principales lugartenientes para trazar un plan defensivo. Ruiz Huidobro llega tarde a la reunión y, ante la discusión que tiene lugar, se abstiene de expresar opinión alguna. Sobremonte, molesto, le requiere finalmente su parecer. El gobernador de Montevideo responde con dureza:

-Puesto que usted tiene el mando, Excelencia, resuelva usted lo que le parezca.

Atónito ante la inesperada afrenta, Sobremonte sólo atina a manifestar:

-¡Señor gobernador, su respuesta ofende mi autoridad!

A esto, Ruiz Huidobro replica encolerizado:

-Dudo que le reste autoridad alguna, pues usted ha perdido a Buenos Aires, la plaza cuyo destino el Rey puso en sus manos!

Mientras en Montevideo el Virrey Sobremonte ve desaparecer los últimos vestigios de su poder, en Londres se desarrollan los acontecimientos que darán origen a la segunda invasión. Un clima de euforia reina en los círculos políticos y comerciales de la capital inglesa, ante la posibilidad de asegurar la conquista de los vastos dominios de España en América mediante una serie de audaces incursiones similares a la realizada por Popham y Beresford contra Buenos Aires. Dos expediciones se han hecho ya a la mar; una comandada por el General Samuel Auchmuty, quien tiene por misión reforzar a Beresford (en ese momento todavía no ha llegado a Inglaterra la noticia de la reconquista de Buenos Aires), y otra comandada por el General Robert Craufurd, quien debe llevar a cabo la ocupación de Chile. Se contempla, simultáneamente, la posibilidad de realizar un ataque contra México, y se encarga el estudio de dicho proyecto al General Arthur Colley Wellesley futuro duque de Wellington.

La puesta en marcha de estas empresas ha sido decidida por el gabinete presidido por Lord William Wyndham Grenville, quien, a raíz de la muerte del primer ministro Pitt, asumió la Jefatura de un nuevo gabinete. Grenville, a diferencia de Pitt, que propugnaba la emancipación de las colonias españolas, está resuelto a llevar a cabo la conquista en firme de los principales puertos y territorios de América. De esta forma se propone contrarrestar la expansión francesa en Europa y, al mismo tiempo, abrir a las exportaciones británicas los inmensos e inexplorados mercados americanos. El bloqueo económico que Napoleón amenaza imponer a Inglaterra quedará, así, frustrado. Los temores del gobierno inglés pronto quedan confirmados. Napoleón, en fulminante campaña, invade y derrota a Prusia y, el 22 de Noviembre de

1806, firma en Berlín un decreto por el cual ordena el cierre de las costas de Europa al comercio británico. El documento expresa claramente la voluntad del emperador de aniquilar económicamente a los ingleses: "Las Islas Británicas son declaradas en estado de bloqueo. Todo comercio y todo intercambio con las Islas Británicas queda prohibido".

Este hecho viene a acelerar los planes de invasión a la América del Sur. Para los británicos la apertura de los mercados de las colonias españolas se ha convertido ahora en una cuestión vital.

A fines de Diciembre de 1806 llegan a Londres los primeros rumores de la derrota de Beresford en Buenos Aires. La inesperada noticia queda confirmada un mes más tarde, y provoca extrema alarma en los círculos comerciales, pues ya han zarpado

Brigadier General de puertos ingleses, rumbo al Río de la Plata, más de 100 barcos abarrotados con toda clase de mercancías. Los planes de conquista cobran nuevo vigor, y Grenville decide lanzar sin tardanza un nuevo ataque contra Buenos Aires.

Un raudo velero parte inmediatamente hacia el cabo de Buena Esperanza, portando un mensaje para el General Craufurd, por el cual se le ordena abandonar la expedición contra Chile y dirigirse con sus fuerzas al Río de la Plata para unirse allí con las tropas del General Auchmuty. El 24 de Febrero de 1807, el ministro de guerra designa al General John Whitelocke Comandante en jefe de todas las fuerzas que operarán en la América del Sur. Whitelocke dispondrá de un ejército de más de 12.000 soldados para cumplir su misión (2.000 del Coronel Backhouse, 3.800 del General Auchmuty, 4.700 de Craufurd, y 1.800 hombres más que partirán de Inglaterra). Con esa poderosa fuerza la victoria debe, inevitablemente, ser alcanzada.

El 9 de Marzo se hace a la vela la fragata "Thisbe", que conduce a bordo al General Whitelocke y su estado mayor. Tres días antes, Whitelocke ha recibido del rey la designación de Gobernador de los territorios que serán conquistados, con un sueldo adicional de 4.000 libras esterlinas anuales. Ese nombramiento constituye la prueba de la absoluta certeza que los ingleses tienen en el triunfo de la expedición. A su juicio, el Río de la Plata, al que los diarios de Londres califican ya como el "futuro granero de

Sudamérica”, pronto habrá de convertirse en un dominio más de la corona británica.

---

## **BIBLIOGRAFIA**

- La Gran Aldea - Lucio Vicente López
- Blasones de los virreyes del Río de la Plata - Pedro Massa - 1945
- Juan José Vértiz - José Torre Revello - 1932
- Buenos Aires en el Siglo XVIII - Ricardo Lafuente Marchín - Biblioteca Evaristo Carriego - Municipio 1980
- Lecturas históricas argentinas - Ricardo Levene - 1978
- Eduardo Saguier - Un debate histórico inconcluso en la América Latina 1600/2000 - UBA - Conicet
- Eduardo Diaz Plaja - Otra Historia de España - Plaza y Janés - 1973
- La última Lllamarada - Ricardo Lesser - Biblos 1990
- Memoria dirigida al Señor Marqués de Loreto ... - Francisco de Viedma 1783 - ediciones Imprenta del Estado - 1836
- Orígenes de la burocracia rioplatense. La Secretaría del Virreinato, Cabargon, Buenos Aires. 1974
- La vida en el Buenos Aires Virreinal - Felipe Pigna
- Memorias de los Virreyes del Río de la Plata - Bajel 1945
- Graciela Braccio - "Vestir Santos" - Colonial Latin American Review
- Funcionamiento y quiebra del sistema virreinal - Oscar Acevedo - 2004
- La hoja - José María Mancuso - 2005
- Paul Groussac - Santiago de Liniers, conde de Buenos Aires - El Elefante Blanco - 1998

- Casas virreinales - Arias Divito y otros - Manrique Zago - 1997
- Hacer el amor ... - Ricardo Lesser - Longseller - 2006
- Maitland & San Martín - Eduardo Terragno - Univ. Nac. De Quilmes - 1998
- Historia de nuestros viejos teatros - Alfredo Taullard
- El Virreinato del Río de la Plata en la época del marqués de Avilés (1799-1801), Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires. 1964.
- Juan José Sebrelli - Historia de los partidos políticos en Argentina
- Los orígenes de la Argentina - Historias del Reino del Río de la Plata - Ricardo Lesser - Biblioteca General Cornelio Saavedra
- Informe del virrey don Nicolás de Arredondo a su sucesor don Pedro Melo de Portugal y Villena... - Buenos Aires, marzo de 1837 - Pedro de Angelis - Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
- Historia general de España y América - Demetrio Ramos Pérez —Ediciones Rialp, 1992
- Tulio Halperín Donghi, *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino (1791-1850)*, Buenos Aires, Ed. de Belgrano, 1982, p. 76
- Félix de Azara - Diario de un reconocimiento de las Guardas y Fortines - BNRA
- Amor Al Real Servicio, Don Joaquín Del Pino Y La Organización Del Uruguay Hispánico - Abásolo, Ezequiel - Editorial Marcial Pons.
- "El Tesoro de Sobremonte" - Ricardo Darío Primo
- A. J. Pérez Amuchastegui, en "Mas allá de la crónica", ed Codex, 1968
- Las Poblaciones Indígenas en Argentina - Bernardo Canals Frau
- Historias Ignoradas de las Invasiones Inglesas - Roberto L. Elissalde - Aguilar,
- Historia Argentina - Luis L. Dominguez (1493-1807.) 2º edición, Imprenta Del Orden - 1867.
- Estampas del pasado - José Luis Busaniche - Ediciones Hyspamerica - 1971

- Memoria dirigida al señor Virrey Marques de Loreto... por Francisco de Viedma - 1783
- Un cuento de Manuel Mujica Láinez sobre las exequias del Virrey Melo
- Olaguer y Feliú y la Quinta Presidencial de Olivos )
- Las reformas del Virrey Aviles en los pueblos guaraníes de Misiones (1799-1801)
- Cuentos de sexo y amor en la misteriosa Buenos Aires colonial - María Luján Picabea
- Sobre el casamiento y la esposa de Joaquín del Pino
- Disparen Contra El Marqués
- Las invasiones inglesas del Río de la Plata (1806-1807) y la influencia inglesa en la independencia de las provincias del Río de la Plata - Carlos Roberts p.153.
- Los mitos de la historia argentina. La construcción de un pasado como justificación del presente. Grupo Editorial Norma. Pigna, Felipe (2004)I
- <http://www.lagazeta.com.ar/liniers.htm> Liniers y la Perichona - Por Álvaro Abos
- Las doce invasiones inglesas ( 1763 - 1982) Maldonado Horacio
- La versión Británica de las Invasiones Inglesas a Bs. As. - nota extractada del libro "Los Libertadores" de Robert Harvey - Periodista
- Santiago de Liniers visto a través del testimonio de los actores de las invasiones inglesas - Sandro Olaza Pallero
- El Virreinato del Río de la Plata entre 1791 y 1805 - Economía
- La creación del Virreinato del Río de la Plata y las reformas borbónicas - economía